

RÉGIS DEBRAY

# El Estado seductor

Las revoluciones mediológicas  
del poder

MANANTIAL

Título original: *L'État séducteur. Les révolutions  
médiologiques du pouvoir.*  
Éditions Gallimard, París.  
© Éditions Gallimard, 1993.

Traducción: Horacio Pons

Diseño de tapa: Estudio R

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en la Argentina

**cultura Libre**

© 1995, de la edición en castellano,  
Ediciones Manantial, Avda. de Mayo 1365, 6º piso,  
(1085) Buenos Aires, Argentina  
Tel: 383-7350/383-6059  
Fax: 813-7879

ISBN: 950-9515-94-9

Derechos reservados

Prohibida su reproducción total o parcial

A SYLVIE MERZEAU,  
*cuya tesis de Estado, "De lo escri-  
turario a lo indicial", me reveló  
nuestra verdadera fecha de naci-  
miento: 1839.*

Debo expresar mis agradecimientos a Robert Badinter, presidente del Consejo Constitucional; Jérôme Clément, presidente del Comité de Administración del Arte; Max Gallo, ex vocero del gobierno; Sami Naïr, profesor de ciencias políticas; Christine Piot, historiadora del arte, y Hubert Védrine, secretario general de la Presidencia de la República, por la atención fructífera que tuvieron a bien prestar a este manuscrito, así como a Jacques Seguela por haber aceptado satisfacer mi curiosidad.

Agradezco igualmente, por su benevolencia, a Alain Gras, profesor en París I (Antropología de las Técnicas Contemporáneas), y a Jacques Perriault, director de investigación en el INED (Instituto Nacional de Enseñanza a Distancia).

Este pequeño libro no trata de moral ni de política sino de *mediología*. Esta disciplina se da por tarea explorar las vías y los medios de la *eficacia simbólica*. ¿Cómo pudieron y pueden aún simples vocablos, imágenes y palabras modificar el curso de las cosas? Pregunta inmemorial, que sigue siendo oscura. Su esclarecimiento exigía un método de investigación particular: el estudio de las *mediaciones* materiales que permiten a un símbolo inscribirse, transmitirse, circular y perdurar en la sociedad de los hombres. Expuse sus principios al interrogar, en gran escala, el poder de las ideas (*Cours de médiologie générale* [Curso de mediología general], 1991) y luego el de las imágenes (*Vie et mort de l'image* [Vida y muerte de la imagen], 1992). Para resumir en una palabra su inspiración, este método tiene por eje la conexión controlada de la historia noble de las creencias y las instituciones con la historia prosaica de las herramientas y las máquinas.

Al examinar hoy esta zona sensible donde se entrecruzan medios de transmisión y formas de gobierno, no se hace sino prolongar en el campo político francés el mismo hilo conductor que nos había servido, en más pequeña escala, para considerar la institución intelectual (*Le Pouvoir intellectuel en France* [El poder intelectual en Francia], 1979). Estos dos microanálisis hacen juego. En todo es-

criba, decíamos, hay un hombre de Estado. En todo Príncipe, y por la misma razón, hay un hombre de signos. A la función necesariamente política del productor de símbolos, responde la función necesariamente simbólica del responsable político. Cualquiera que transmita signos se ocupa de gobernar; cualquiera que gobierne se ocupa de transmitir. Y del mismo modo que los ámbitos y los procedimientos de la actividad intelectual se desplazaron en el transcurso de los siglos con la evolución de los soportes y los vectores de ideas, así lo hicieron los métodos de la acción pública y las formas del Estado. La vida política de una sociedad puede interpretarse como la dramatización de sus técnicas, de las que la creación artística sería, paralelamente, la "poetización".<sup>1</sup>

Reconocer que en una máquina de transmitir hay más que una máquina es sugerir que en el arte del gobierno hay menos arte de lo que se cree, y más mecanismo de lo que lo cree el artista mismo. Como todo esfuerzo de conocimiento objetivo referente a un dominio hasta ahora abandonado a la moral, la ideología o la psicología, el enfoque del mediólogo puede ser tachado de cinismo. De hecho, no le basta la palabra de los actores, pues los discursos del hombre de Estado le interesan menos que su panoplia: acústica de la sala, presencia o no de la imagen, megáfono o micrófono de corbata, alcance y plazos de la retransmisión. Tras el orden aparente de los valores busca el orden oculto de los vectores, pues éste le enseñará más sobre el primero que a la inversa. En el personaje político, considera en primer lugar un aparato colectivo personificado; y a sus ojos, en el plano que le es propio, esas sombras chinescas no cuentan más que como la encarnación de funciones maquinistas propias de tal o cual estadio del desarrollo técnico. Sin embargo, las figuras del juego político tienen un alma, unos ideales, una voluntad y a menudo una ética (más rigurosa, a veces, que la del medio intelectual). Al poner entre paréntesis la

1. François Dagognet, *Pour l'art d'aujourd'hui*, París, Dis voir, 1991.

interioridad, el mediólogo parece prestarles un cinismo que no tienen, como él tampoco. Esta idea preconcebida de distancia, puesto que lo es, inevitable y saludable, no le impide al autor ser, por otra parte, un ciudadano, un ser de fe y a veces hasta un amigo de los actores de una pieza cuyos resortes procura comprender aquí. Compatriota, compañero si es preciso, pero en ningún caso colega. La libertad de criticar tiene ese precio.

"El yo es odioso", y en el campo del saber más que en otras partes, pero la hipocresía lo es igualmente. No serviría de nada ocultar que este ensayo sobriamente académico encontró su punto de partida en los desengaños de un modesto servidor de la cosa pública. Del mismo modo que no pueden explicarse las costumbres de la *intelligentsia* sin haberse empapado poco o mucho en ellas, no pueden comprenderse los desarreglos o las nuevas reglas del Estado sin haber pertenecido a él, aunque fuera de costado. Hay algo inevitablemente melancólico en el rumbo del mediólogo, lo mismo que en el del ecólogo (pudiendo definirse la mediología como la ecología de los sistemas culturales). "H<sub>2</sub>O no es el descubrimiento de un pez", salvo si éste se encuentra en la arena. Un individuo no se interesa en su medio de vida, natural o técnico, mientras serios daños no le hayan revelado que no tenía nada de esa permanencia que le atribuía ingenuamente.<sup>2</sup> Lo lamentemos o nos felicitemos por ello, el Estado ya no es lo que era. La autoridad legítima ya no se baña en el mismo clima físico que hace treinta años. De este descubrimiento ingenuo, de este desencantamiento trivial, corresponde a cada uno extraer las consecuencias, en función de los valores que le son propios y que no tiene derecho a imponer y ni siquiera a proponer a ningún otro (y en particular a los altos funcionarios que se ajustan al nuevo estado de cosas o que creen poder regenerarlo desde adentro).

2. Robert Dumas, "La médiologie, un savoir nostalgique", *Critique*, n° 552, mayo de 1993.

Entre nosotros, el Estado daba fuerza a “la Santa Ley de la Antinaturalidad”, para hablar como Albert Cohen.<sup>3</sup> En lo que me concierne, tengo la existencia de un Estado unitario y centralizado por el peor de todos los males con excepción de todo lo que puede sucederlo –la desigualdad, la opresión y la matanza naturales como la fragmentación y el avasallamiento no menos espontáneos de la nación a fuerzas exteriores–. Me pareció que se podía resistir más fácilmente a la nueva ley natural del omni-mercado y del todo-comunitario dejando el oficialismo existente, desde el momento en que el Estado se abandonaba demagógicamente a la naturaleza de las cosas. Estos juicios de valor perfectamente contingentes y personales me condujeron a renunciar al Consejo de Estado.<sup>4</sup> La moral es indiferente a los discursos y ajena a las reglas: sólo existe en y por nuestros actos. La mediología como tal no recomienda ninguna y no implica toma de posición, ni a favor ni en contra. De la decadencia del poder público, este intento de análisis, limitado a las superficies y las interfases del poder del Estado, no pretende extraer consecuencias valederas para todos, sino simplemente poner de relieve entre muchas otras un foco de causas reconocibles por todos, aunque a la vez flagrantes y mal conocidas. A tal punto es cierto el proverbio chino: “El lugar más oscuro es siempre el que está bajo la lámpara”.

## I

LA REVOLUCIÓN  
FOTOGRAFICA

3. Albert Cohen, *Churchill d'Angleterre*, París, Lieu Commun, 1985.

4. Mediante una carta debidamente fundamentada con fecha 28 de diciembre de 1992, dirigida al presidente Marcel Long.

*Los nuevos signos e insignias del poder no traducen un simple cambio en la simbólica sino en la función y la naturaleza del Estado. Su genealogía se remonta a la aparición del daguerrotipo. Esta ruptura en nuestro régimen milenario de representación debía modificar nuestros cuerpos, nuestras almas y el orden del mundo.*

### *Un temblor de Estado*

Una vez disipadas las ilusiones de “la unión” europea, agotados los placeres que procura la segunda feudalización de Occidente, el renacimiento en Francia de un Estado republicano no es en modo alguno imposible. Nuestros hijos volverán a dar crédito a lo que ayer se llamaba el sentido del Estado.

Por el momento, forzoso es tomar nota de una singular pérdida de consistencia y de respetabilidad. La violación del deber de silencio y la explotación en caliente, por un ex consejero del presidente de la República, de documentos de Estado que antaño hubieran sido escrupulosamente entregados a los archivos públicos para su consulta luego de treinta y hasta sesenta años, no es más que un signo, entre otros menos anecdóticos, de una catástrofe silenciosa. Fenómeno tanto menos señalado por afectar a una entidad supuestamente estable y duradera por excelencia y etimología, el *Estado* (lo que es y permanece, lo que queda por debajo de lo que pasa).

El estremecimiento viene de lejos, y se descubre un poco por doquier en el paisaje.

Sociólogos y politicólogos detallaron en varias oportunidades

esos deslizamientos del terreno, esas imperceptibles sacudidas. A título de información, un revoltijo (y perdón por la extrema banalidad de las palabras): la promoción de lo local, lo urgente, lo "concreto" en vez y en lugar de los principios, perspectivas y visiones de conjunto; la decadencia de los sindicatos en provecho de las "coordinaciones" sectoriales y puntuales (enfermeras, camioneros, estudiantes secundarios, tripulantes de buques pesqueros, etcétera), de los partidos en provecho de las redes o esferas de influencia; el esclerosamiento de los órganos administrativos de largo plazo (Centro de Análisis y Previsión, Comisariato General del Plan, etcétera) y la multiplicación de las herramientas *ad hoc* de corto plazo (células de crisis, *task-force*, grupos de trabajo, etcétera); el vaciamiento de los programas y proyectos de sociedad, reemplazados por las "ecuaciones" o los "perfiles" personales; la normalización de las "filtraciones" y la extinción *de facto* de la noción de secreto de Estado, así como del secreto de la instrucción judicial y de la administración en general; el desgaste de los mecanismos y las instancias de representación, el Parlamento en primer lugar, a favor de radiografías de opinión flexibles, plurales y directas (sondeos y encuestas al minuto, programas de retorno instantáneo); la borradura a la americana de las fronteras entre vida pública y privada, que sustituye el debate de ideas por el examen de moralidad; el nuevo poder de arbitraje del periodista y el magistrado; la degradación de la idea y las realidades del "servicio público" (rebautizado "sector") y los nuevos prestigios del "corazón" (restaurantes\*, cruzadas, gestos), de la "aventura" (humanitaria, científica, industrial, del Cosmos, de la Familia, de la Creación) y, desde luego, de la "imagen" (corrección, error, problema, estrategia de). Los eslóganes hablan tan bien como las estadísticas.

\* El autor se refiere a los "restos du coeur" (restaurantes del corazón) que el cómico francés Coluche organizó para los indigentes (n. del t.).

Igualmente significativo a nuestros ojos, aunque de apariencia fútil, ese cambio de escenografía en la solemnidad aparentemente inmutable de la alocución presidencial televisada.<sup>1</sup> La música clásica o militar, la genérica-antesala ("Dentro de unos instantes, alocución del señor X, presidente de la República"), la visión frontal, las arañas, los oros y los terciopelos, la bandera tricolor, la interpelación al telespectador como "francesas, franceses", *La Marsellesa* final y todos los indicadores de la distancia simbólica, en el espacio de unos pocos años, cedieron su lugar a alocuciones dialogadas, al vocabulario más familiar, a los planos más cortos (hasta el primer plano sobre el rostro del jefe del Estado, marca de intimidad máxima), en un decorado menos oficial o más florido. Se procura fascinar por el acercamiento y ya no por la distancia, por la banalización y ya no por la heroización del jefe del Estado. El ostensorio del Símbolo se borra ante la ostentación del Individuo. Como si, ahora, ver bien fuera tocar con los dedos. El gusto por lo espontáneo ha invertido las más rígidas liturgias de Estado. Lo emotivo excluye lo ceremonioso. Importancia creciente de los "elementos no verbales del mensaje", calculan secamente las computadoras del marketing (expresión del rostro, 55 % de eficacia; la voz, 38 %; el discurso, 7 %). ¿Acaso no recomendó el Consejo Superior de lo Audiovisual a los partidos, en la campaña legislativa de 1993, que reemplazaran en las cadenas de servicio público el programa con texto por el *insert* y el *videoclip*? ..

En otra parte demostramos de qué manera la televisión desacralizó la imagen, así como la imprenta había desacralizado la palabra.<sup>2</sup> La inflación hace perder confianza. Degradación de la imagen

1. Yves Hélias, *La Symbolique du pouvoir d'État*, 1983 (véase Bibliografía).

2. Régis Debray, *Vie et mort de l'image. Une histoire du regard en Occident*, París, Gallimard, 1992 [*Vida y muerte de la imagen*, Barcelona, Paidós, 1994].



en "visual" que devalúa también al Estado audiovisual. Podemos felicitarnos por esta laicización, sin olvidar no obstante el carácter inexorablemente "religioso" de la organización colectiva, cualesquiera que sean sus emblemas y divisas (sagrado no es divino).

La demistificación del poder supremo se exhibe ostensiblemente en la reducción a la unidad de los dos cuerpos del Príncipe. Expliquémonos. No se conocen sociedades, con escritura o sin ella, en las que la jefatura no se aureole con una sacralidad más o menos difusa. Los soberanos paganos más bien eran divinizados en su persona. Los soberanos cristianos, antes bien, lo eran en su función, como delegados de Dios. Pero, siempre, Clodoveo necesita a Remigio, incluso cuando ya no es Rey sino Presidente.\* El que lo exige es el axioma de incompletud, propio de todo grupo organizado: el principio de legitimidad trasciende obligadamente la persona del Príncipe, aunque éste sea un militarote feliz. Cuando la unción del sufragio reemplaza al Santo Crisma, y la elección popular a la elección divina, no hay transición brutal de lo sagrado a lo profano sino deslizamiento hacia una sacralidad de compromiso, es cierto, pero de efectos persistentes. El libre pensador respeta la bandera, hace silencio para escuchar *La Marsellesa* y no interrumpe al Presidente cuando éste ha tomado la palabra. ¿Mera cortesía? ¿Etiqueta? Más que eso: coacción lógica. Cuyo presentimiento teológico fue la *Omnis potestas a Deo*.<sup>3</sup>

Lo sagrado del poder supremo se manifestaba no hace mucho en "los dos cuerpos del Rey": uno físico, el otro jurídico. Uno carnal, el otro simbólico. Seguimos distinguiendo, más prosaicamente,

\* Alusión a San Remigio, quien en 496 convirtió al cristianismo a Clodoveo, primer rey de los francos, ungiéndolo con el Santo Crisma que se menciona una línea más abajo. Este óleo fue utilizado en lo sucesivo para la coronación de los reyes de Francia en la catedral de Reims (n. del t.).

3. Véase Régis Debray, *Critique de la Raison politique ou l'Inconscient religieux*, París, Gallimard, 1981 [*Crítica de la razón política*, Madrid, Cátedra, 1983].

te, entre "el hombre y la función". "*Duas personas habet gubernator*", decía el estoico, prueba de que ese rasgo no es propio de la teología política de la Edad Media, en la que, sin embargo, alcanza su culminación. En un presidente de la República, imagen pasajera de una Nación permanente, coexisten también un individuo audiovisual y un principio esencial. Un humano demasiado humano, temporal y falible, y una perennidad soberana y colectiva. Como otrora el Rey, la Nación no puede morir. Invisible en sí misma, le es preciso por lo tanto encarnarse en unas realidades, por naturaleza precarias, pero sin hundirse con ellas.

En la era del primer plano, una Asamblea, incluso nacional, es demasiado colectiva para entrar en el cuadro y formar imagen. La televisión desplaza la función representativa de encarnación hacia la cumbre del Estado: Presidente y Primer Ministro. Éstos, por lo tanto, deben hacerse ver físicamente. "Mediante la despersonalización del poder del jefe del Estado en cuanto persona física y mediante la personificación de la función de soberanía en cuanto espíritu, alma y genio de Francia, la III República logró recrear simbólicamente su propia versión de los «dos cuerpos del Rey», metáfora que está en el corazón mismo del funcionamiento del Estado, ya sea monárquico o republicano".<sup>4</sup> Ahora bien, la telepresencia tiende a confundir el símbolo jurídico y el individuo físico. El Verbo y su encarnación. Un presidente de la República no es un francés eminente que habita en Francia sino un francés como otros habitado por Francia: el único en esta situación entre 55 millones de nacionales. La prueba: puede, durante el tiempo de un mandato, asegurar su representación en cualquier lugar del mundo. Respetar la autoridad de un presidente de la República es *ver doble* al mirarlo. Ver a través del cuerpo sexuado, datado, contingente, afectado de facticidad (lamentable como usted y yo, co-

4. Marie-Claude Genet-Delacroix, *Art et État sous la III<sup>e</sup> République*, París, Éditions de la Sorbonne, 1992.

mo todo lo que es esencialmente accidental), irradiar el invisible cuerpo místico. Ver al pequeño ser opaco que habita al grande que no se ve pero que, a cambio, lo viste de luz. Ahora bien, la televisión impide ver doble. No cree en lo invisible.

Hemos conocido, en los despotismos de ayer, la aberración inversa. Para visualizar la trascendencia de la función en relación con el individuo, los egipcios representaban a sus faraones en colosos de piedra, fuera de toda medida humana. Y Stalin enviaba a Siberia a cualquiera de sus fotógrafos autorizados que permitiera la publicación de una foto suya no revisada por él y no retocada. La sacralización del tirano soviético debe mucho al hecho de que sólo se exhibiera raramente, y de lejos. El ruso medio recién lo descubrió físicamente, en su endeble realidad, en su catafalco, momificado, durante la semana de sus funerales. Los regímenes absolutistas tienen alguna razón al preferir la imagen hecha por la mano del hombre a la imagen mecánica, tan fácilmente culpable de lesa majestad. En sus telas, Le Brun hacía del minúsculo Luis XIV un gigante: facilidades de la creación icónica. La fotografía no es tan cómodamente cortesana. Restituye la apariencia corriente de un hombre corriente. Su abundancia y su fluidez tienden a demistificar el misterio, así como a reducir, en las monarquías democráticas, el antiguo sacerdocio real al "oficio de rey". El icono idealiza a su original, la impresión lo materializa. Y la televisión, que acerca todo lo que se mantiene a lo lejos, hace ingrata "la grandeza". Si por *aura* se entiende, con Walter Benjamin, "la aparición única de algo lejano", el aura del Príncipe en "la era de la reproductibilidad técnica" padece tanto como la de la obra de arte. Frente a la célebre foto que muestra a un hombre de talla pequeña y un coloso tomados de la mano ante una tumba, en Verdun, hay que volver a movilizar en uno mismo toda la virtud olvidada de la doble mirada para ver a un Presidente y un Canciller, y a través de ellos a dos grandes países vecinos e igualmente soberanos, hacer causa común. Sólo una visión propiamente simbólica habría podido im-

pedir la lectura perversa de esta visión: a partir de ese día, la gran Alemania volvía a tomar en sus manos a la pequeña Francia.

Hay un vínculo extraño entre la sombra donde se mantiene el poder y su origen solar. El sol deslumbra y mata a quien lo mira de frente, como la muerte. El *basiléus* bizantino, luz de Cristo hecha carne, resplandecía demasiado para no cubrirse el rostro con un velo, y en Japón, hasta 1945, la gente se prosternaba en la calle al paso del auto de Hirohito, descendiente del sol, pues un mortal no puede cruzar su mirada con la de un dios viviente. En cambio, el emperador romano era visible, y Versalles estaba poblado de *voyeurs* y curiosos, morada real abierta a cualquiera que se presentara. El Rey Sol era visible en su vida cotidiana porque sólo abandonaba a las miradas su cuerpo exterior, su doble de carne. La pérdida de las trascendencias religiosas se compensó desde entonces en un arte del alejamiento que dio prueba de sus aptitudes. "En la cumbre de las ocupaciones —escribió Charles de Gaulle— uno no salvaguarda su tiempo y su persona sino manteniéndose metódicamente bastante alto y bastante lejos." Francia se sueña, los franceses se ven. ¿Era preciso no mirar demasiado a los segundos para seguir soñando a la primera? De Gaulle se guardaba de descubrirse demasiado frente a sus conciudadanos, en su intimidad o su cotidianidad (y fue por el efecto de una desaparición física que, *in fine*, retomó el poder del Estado). Hacer pasar durante un decenio la "grandeza" por la pantalla chica, como un camello por el ojo de una aguja: esta proeza tuvo como contrapartida la rareza de las apariciones, la teatralización del decorado, el traje y la voz, y una vigilancia puntillosa de "la voz de Francia". Cada vez que aparece un nuevo sostén del espíritu, el espíritu al que va a matar se apodera en seguida de él para una última llamada. El sobresalto de una mística secular (la independencia nacional) en el umbral de la televisión recuerda la expansión de la fe católica —y del latín— al comienzo de la imprenta.

Que la simbólica del Estado (es decir su corazón) sobreviva o

no al reino de lo "visual": he aquí la apuesta cívica del próximo siglo. La tele pone en peligro el desdoblamiento de los Príncipes, en el punto más alto de las visibilidades sociales. El jefe del Estado seductor tiene un cuerpo de más, el suyo. Ya no se puede ver a través. Prestaciones, desempeños, exhibiciones: lo que atestigua su presencia devalúa su autoridad. La creencia que liga su suerte a la tele será cada vez menos creíble, como la tele misma. Por introducirse demasiado en el torrente de imágenes, la autoridad se licua y la estatua del Comendador audiovisual se ahoga en sus reflejos, parodias e irrisiones en cascada. En videocracia, la personalización (física) tiende a arruinar la personificación (moral). La transparencia liquida la trascendencia.

\*

La emergencia en primer lugar del "Estado cultural" (1960-1980), luego del "Estado humanitario" (1980-1990) que lo releva en lo internacional, dio a la declinación del Estado clásico un cariz agradable. Nada asegura que el fenómeno sea duradero, pero merece una reflexión.

¿Lo Humanitario habrá sido a la Diplomacia lo que la Cultura fue a la Educación? Paralelo de los procedimientos. En Francia, la Dirección de Bellas Artes y luego la Secretaría de Estado de Bellas Artes estaban desde 1870 unidas a la Instrucción Pública y después, en 1932, a la Educación Nacional. Este servicio anexo se separa de la casa matriz y en 1958 se convierte, con Malraux, en ministerio con plenas facultades. En 1991, a su turno, una modesta Secretaría de Estado de Asuntos Humanitarios junto al ministro de Estado de Relaciones Exteriores se separa, se convierte en una administración con todas las de la ley y muy pronto lleva la voz cantante. Paralelo de las competencias: la Cultura se desarrolló contra la Educación, como lo Humanitario contra la Diplomacia. Paralelo de las paradojas. Teniendo la República por misión libe-

rar a la creación artística de las censuras y los controles de tipo monárquico o autoritario, ¿por qué intervenir en ella mediante una administración especializada? Si *sentimientos* de orden privado como la compasión, exentos por naturaleza de la razón egoísta y el cálculo estratégico, son el motor de lo humanitario, ¿por qué el Estado, la instancia del *interés* nacional por naturaleza, debe tomar a su cargo el impulso individual y sustituir a las ONG [Organizaciones No Gubernamentales] o a las asociaciones privadas como la Cruz Roja?

El crédito de los humanitarios ha crecido con el descrédito de los políticos en la mentalidad colectiva, y es natural que estos últimos procuren volver a dorar su blasón ayudándose con los primeros. El humanitarismo es el opio de los hombres de Estado: al principio, la inyección alivia. Permite no plantear claramente a la opinión el problema de las responsabilidades de tal o cual gobierno frente a tal o cual crisis exterior. Una expedición humanitaria, en efecto, tiene la inmensa ventaja de no tener un enemigo designado. Se toma el partido de las víctimas, por lo tanto no se toma partido (aun cuando las víctimas hayan sido escogidas sin decirlo). En consecuencia, no hay elección estratégica a efectuar: ni objetivos, ni aliados, ni definición. No se es de ningún campo y se es de todos. Es muy simpático, pero evidentemente insostenible a la larga. Y cada uno conoce el costo final, político, de la no-política humanitaria. Como lo demostró Alain Joxe en el ejemplo yugoslavo, en 1992 y 1993, "el rebajamiento político de Europa fue sellado por la humanitarización de la guerra de Bosnia", que deja a los Estados Unidos el monopolio del discurso político y la elección de las alternativas militares en la misma Europa.<sup>5</sup> Los beneficios de la prioridad de lo humanitario fueron estimados, sin embargo, superiores a sus inconvenientes por los profesionales del video-Estado. Realmente, permite "preparar golpes de efec-

5. "Humanitarisme et empires", *Le Monde diplomatique*, enero de 1993.

to" y mejorar la imagen. ¿Magra ventaja? ¿Frivolidad? Sólo en apariencia.

Es cierto, en todas las épocas todos los Estados hicieron su publicidad. Pero es un hecho que la comunicación del Estado se convierte en lo esencial de su acción. Esto se ve, abajo, en la agenda de un ministro, así como en lo alto en la "Casa" del Presidente, donde el modesto "agregado de prensa" de la prehistoria gaullista, perdido en un desván del Elíseo, ocupa en lo sucesivo, con el nombre de "célula de comunicación", una posición central en el dispositivo. Por doquier, los organigramas reflejan las costumbres del serrallo: la cima de cada pirámide toma directamente a su cargo sus "*public relations*" —publicidad que no tiene función de ilustración, como la propaganda de antaño, sino de estructuración de la acción en curso—. La fórmula de Pierre Schaeffer, " $P \times C = \text{constante}$ " (poder y comunicación, en cada grupo humano, están en función inversa), se aplica también y en primer lugar al Estado. Cuanto menos autoridad tiene, más cuida su publicidad.

Más allá de las peripecias del momento y sin confundir la visibilidad social fuerte con el peso administrativo débil de esos "espacios vendedores", preguntémonos si esos cambios de transporte no cumplen una función duradera y en lo sucesivo necesaria: colmar la falta-de-goce de la máquina administrativa, mucho más sensible en la videoesfera que en la grafosfera. El puesto básico en los despachos es el de "redactor". El mote del funcionario: chupatintas. Términos emblemáticos de la naturaleza fundamentalmente escrituraria de la actividad burocrática, en armonía con las civilizaciones de escritura. Pero desfasada y descalificada por la imagen-sonido. Impersonal y repetitivo, el ejercicio administrativo no está en condiciones de dar origen a una identificación, movilizar un afecto, dilatar una espera. Nada menos fascinante. Ida y vuelta de ordenanzas en los pasillos, aperturas y cierres de sobres, pilas de papeles que pasan de derecha a izquierda en un millar de oficinas, reuniones impersonales y sin gritos, un Estado

que funciona bien es un cero audiovisual, de una desesperante banalidad dramática, y no es fácil poner en escena esta austeridad (alojar ahí lo narrativo, lo emotivo, lo heroico, lo sorprendente, etcétera). ¿Cómo poner en relato y en imágenes un aparato de Estado que, en resumidas cuentas, es, en cuanto al *output*, una máquina de producir anónimamente el código, la ley y el reglamento, o sea kilómetros de impresos cada día? El desplazamiento de los proyectores hacia el todo-cultural y el todo-humanitario permite responder a la demanda de fábulas, de relatos, de carne, de maravilla y de extrañamiento. Desde este ángulo, Educación Nacional y Diplomacia son unos discapacitados mediáticos. ¿Qué puede hacer una cámara con un señor sentado detrás de un escritorio Vergennes que lee telegramas, los anota en los márgenes, vuelve a ponerlos en su bandeja, de donde aterrizan en unas Direcciones geográficas, desde donde otros señores sentados los reexpiden por intermedio del cifrado a las diversas embajadas? Un buen ministro de Relaciones Exteriores es en primer lugar una buena estilográfica. Prepara lo mejor posible la menor cantidad posible de viajes, pero anota y redacta muchas notas, informes y telegramas (la elección de la palabra justa en un proyecto de comunicado es en ese ministerio una ocupación vital pero visualmente árida). Ahora bien, en lo sucesivo se considera que el Estado ha de producir cada día una cantidad creciente de imágenes y sonidos, y un comunicado del Consejo de Ministros, un proyecto de ley o una circular no constituyen un "tema pasable". Antes de 1939, recordémoslo, una copia de un noticiero del tipo del Pathé-Journal podía ser presentada durante *tres meses* por quien la explotaba; después de la guerra, una demora de *dos o tres semanas* era juzgada aceptable por el espectador de una cinta de Gaumont-Actualité. El soporte filmico tenía una lentitud ventajosa. Con el vídeo, la actualidad se convirtió en cotidiana. Es preciso alimentar con acontecimientos a la máquina día tras día. Es imposible que los poderes públicos hagan durar una "acción de

comunicación" mucho más de dos o tres días. La caducidad casi instantánea de las *news* vuelve a poner cada mañana a Sísifo al pie de la montaña.

Así, pues, no es nada sorprendente que una cultura de gobierno, a la vez asfixiada y teledirigida por los medios, su ritmo y sus exigencias, haya sido llevada a "inflar" desmesuradamente ciertos sectores de actividad espectacular pero, en resumidas cuentas, menores. Sin ser falsa, la explicación por el recurso mediático parece insuficiente. ¿Una vulgar técnica de comunicación? Sí, pero que señala un cambio de elemento, de medio, de mediasfera. Ya no se gobierna a los hombres de la misma manera porque los hombres del año 2000 miran, escuchan y ríen de otra forma que en 1900. Ya no tienen las mismas creencias porque nuevas máquinas les han dado nuevos sentidos. Los términos de Estado, República, Democracia, Pueblo no cambiaron pero las cosas han cambiado bajo la envoltura. El molde del civismo se rompió con las máquinas de imprenta, la primera fisura tiene una antigüedad de un siglo y medio. Henos aquí en la *civilización indicial*. Ésta no solamente modificó nuestro modo de acceso a lo real; construyó *otro real*, distinto del de la *civilización simbólica* que la precedió. Lo que era creíble ya no lo es, pues lo que era real ya no lo es.

El "sismo silencioso" que evocamos al principio refleja en la superficie una conmoción tecnológica venida de lejos. Tiene por epicentro una revolución en nuestros medios de representación de las cosas y los seres.

### *La fisura indicial*

La primera resquebrajadura, el primer cortocircuito, la primera intrusión de lo que poco a poco iba a modelar el tiempo presente se remonta en Francia a 1839, presentación por Arago del procedimiento llamado daguerrotipo en la Academia de Ciencias

de París. Aquí se esbozan los deslizamientos progresivos de la videoesfera; el cine y la televisión prolongan el mismo movimiento de revelación fáctica, extienden la misma toma objetiva de impresiones al movimiento tal como fue (cine), al presente tal como es (televisión). Sobre esta cabeza de alfiler que ningún manual escolar de historia moderna menciona se edificó a término un nuevo Mundo, el nuestro. Como lo demostró Sylvie Merzeau, es aquí donde se esboza "la inversión de las relaciones de fuerza entre lo visual y lo escrito".<sup>6</sup> Para telegrafiar en términos teológicos el proceso emprendido por Niepce y Daguerre: la Encarnación dada vuelta como un guante, o la reconquista del Verbo por la Carne. La videocracia es un daguerrotipo gigante, excrecencia póstuma y cancerosa del Índice primero. En la grafosfera, el Estado podía presentarse como un Verbo hecho Carne. En la videoesfera, es una Carne a la búsqueda de Verbo.

En el siglo pasado, el lógico americano C. S. Peirce clasificó los signos en *índices*, *iconos* y *símbolos*. Tipología capital, que aún no dio a conocer todas sus implicaciones. Y el índice sigue siendo la zona problema, la menos "desarrollada" del arco simbólico. Una foto no es un símbolo, como una palabra; ni un icono, como un cuadro. Es un índice. No corresponde a una *intención* sino a un efecto mecánico, la captura automática de una irradiación luminosa. Un índice es un "signo realmente afectado por el objeto" (Peirce). La relación de un símbolo con su referente es *arbitraria*, efecto de una *convención* (asociando tal fenómeno a tal sema, etcétera): la palabra "perro" no tiene cuatro patas, y sólo un locutor de cultura francesa la comprenderá. La relación de un índice o un icono con su motivo está *motivada*: la foto o el retrato de un perrito se parecen al perrito, no importa quién se dé cuenta de ello. Pero el retrato está en una relación de analogía o de homología con

6. Sylvie Merzeau, *Du scripturaire à l'indiciel...*, 1992 (véase Bibliografía).

su tema, mientras que la foto está en una relación de contigüidad o de continuidad con él. Es una impresión. O un síntoma.

Como la pintura según Miguel Ángel, el Estado-símbolo suponía la superioridad de la Idea sobre la realidad, y la actividad política se emparentaba con una producción simbólica ("este hombre –se decía antaño– está escribiendo un capítulo de la Historia"). El registro fotográfico, en cambio, implica la primacía del Objeto sobre la Idea ("este hombre –se dice actualmente– ha sabido captar la situación"). Una foto lleva consigo algo irreductible al mundo del sentido, "pertenece fundamentalmente al orden de lo real y no al orden de los signos" (Jean-Marie Schaeffer). Es lo real que se afecta a sí mismo.<sup>7</sup> "Es un espejo que conserva todas las impresiones", decía Jules Janin, en 1839, del daguerrotipo. El Estado-espejo también obedece a lo real, como una placa de sales de plata. Es un dispositivo sin imaginación que convierte día a día en normas y decisiones una masa de informaciones objetivas, como emisiones luminosas, sin apuntar a una síntesis dinámica o al sentido general. Este Estado satelizado gira alrededor de la sociedad civil, su sol, como la imagen registrada alrededor de la cosa, con una deferencia totalmente funcional (la impresión respeta a su objeto). La política del reflejo no transfigura el hecho social y se niega a integrar el acontecimiento en una visión de conjunto. Registra punto por punto, responde al momento. El Estado-símbolo era solidario de una metafísica del Código. El Estado-síntoma remite a una física del Referente. Su norma de referencia es el *ready-made*, la encuesta al minuto, llamada "fotografía de la opinión", convertida en cinematografía en la encuesta televisada en tiempo real.

El nuevo personal político se pretende a la escucha, al acecho. Se moldea sobre y quiere adherirse al elector máximo, "la gente",

7. Jean-Marie Schaeffer, *Empreinte photographique et esthétique de la Darstellung*, en *La Présentation*, bajo la dirección de René Passeron, París, Éditions du CNRS, 1985.

usted y yo. Ayer, un visionario esposaba a Francia, a la Libertad o al Proletariado; hoy, los observadores esposan el terreno. Consultar al pueblo hace sonreír; auscultar una demanda nos pone serios. La lengua del contacto suplanta a la del contrato. El cerebro del responsable político demócrata ha reemplazado la tela de caballete por la película de emulsión rápida. Eslogan del Príncipe fotosensible: "El Estado no soy yo, son ustedes. Yo soy ustedes, ustedes son yo". El Estado Kodak es la sociedad misma, captándose en directo en un monitor, sin demora ni descodificación. El ideal de la efusión democrática (opuesto al distanciamiento republicano): moldear al representante según el representado, fundir el signo en la cosa. Reabsorber el mapa en el territorio, Francia como personalidad histórica en Francia como realidad socioeconómica, el interés general en la suma algebraica de los intereses particulares. El alma en el cuerpo. El índice no habla del mundo, pertenece al mundo. El humo no *significa* el fuego por una convención cultural arbitraria, *es* el fuego. La transmisión "en vivo" de los 100 metros llanos de la Olimpiada de Barcelona no es el símbolo de la carrera sino la carrera misma. El escenario del teatro, en cambio, no es la sala, y el tiempo representado por los actores no es el tiempo vivido por los espectadores. La rampa y sus candilejas materializaban en el teatro a la italiana este "corte semiótico". El Estado indicial (como el teatro contemporáneo que se avergüenza de ser aún teatro) quiere suprimir esta barrera simbólica para que el público se incorpore al espectáculo. Hacer subir al espectador al escenario. Todos en el asunto, todos *voyeurs*, todos interactivos. Se nos hace marchar a la presencia, no a la representación. A la foto, no a la pintura. En tiempo real, no en diferido. El Príncipe en su marco dorado se convierte en el Presidente en su marco de vida. Participativo y performativo, el heredero del retrato del Rey –Luis XIV por Le Brun– dijo adiós al espectáculo, que quiere decir distancia, enfriamiento, composición. Busca el mejor efecto posible de espontaneidad, el directo, el vivo, lo ca-

liente, lo fuerte (ideal de una comunicación oficial: el parto en directo, en el telenoticiario, de la señora ministra de la Familia, con corte del cordón a las 20.05).

Se nos hace marchar porque verdaderamente lo queremos. Para nuestro placer. El Estado indicial se adelanta a nuestros deseos, y lo aplaudimos porque nos aplaude. Somos nosotros quienes, prefiriendo el impacto de las fotos al peso de las palabras, pedimos a los testimonios de Estado que sean tan “verdaderos”, tan “ardientes”, tan “chocantes” como un reportaje fotográfico. No sólo hemos extendido la frontera de la memoria oficial, transformada por los actores públicos en memoria inmediata; modificamos sus elementos y su naturaleza. La persona moral “Estado” debe atestiguar y autenticarse a nuestros ojos por impresiones directas, o sea fotocopias. Puesto que la foto, el cine y la tele nos han hecho penoso, si no sospechoso, el segundo grado de la elaboración escrita: no lo bastante indicial.

Para acreditar un testimonio personal y subjetivo, en lo sucesivo hay que presentarlo como un proceso verbal (con el riesgo de amputarlo, truncarlo o modificarlo). Antes de la videosfera, un croquis tenía más valor que un calco, y un cuadro que un clisé. Hoy en día es a la inversa. El documento cuenta más que la obra. Abajo “la interpretación”, viva “el registro”. Abajo el comentario, viva el informe. Para vender su parte de verdad, uno la viste como fragmento de realidad en bruto, sin efecto de perspectiva.

“No hay nadie –ya prevenía Chateaubriand en 1831– que no se haya convertido, al menos por 24 horas, en un personaje histórico y que no se crea obligado a dar cuenta al mundo de la influencia que ha ejercido sobre el universo.” Desde entonces, el viejo tren de la vanidad se aceleró (efectuándose la celebración de cada uno por sí mismo casi en tiempo real) y democratizó (ha ganado a los dueños de los servicios secretos). Todo sucede como si el decreto de nombramiento en un empleo cualquiera “a disposición del gobierno” tuviera como anexo, para el dichoso titular, el contrato de

edición de sus futuras memorias. Estas crónicas sólo tienen en común el nombre con la augusta tradición de las Memorias de Estado, tal como nos la legó la edad simbólica.<sup>8</sup> Cuando son todavía serias, son al *Testamento* de Richelieu o a las *Memorias de guerra* lo que una foto de documento de identidad de Van Gogh sería al *Autorretrato con sombrero de fieltro*: cien veces más exactas, y cien veces más falsas. O lo que es un acta judicial a una página de las *Memorias de ultratumba*. Una huella a un rasgo. El *verbatim* de un mano a mano entre jefes de Estado –ese palabra por palabra garabateado a medida que se produce por el “tomador de notas” y puesto a continuación en limpio para comunicarlo al ministro y a los colaboradores– puede ser asimilado al *índice* del encuentro. Su reconstitución a posteriori o su relato por uno u otro de los interlocutores, a su *icono*. La exposición del resultado político, o su recapitulación, a su *símbolo*.

De Commynes a De Gaulle, las memorias de Estado habían recorrido a paso largo el territorio limitado por el símbolo y el icono. Retratos, máximas, escenas de género, análisis psicológicos: el material histórico era objeto de un tratamiento por el memorialista, y era este tratamiento el que importaba, no unas revelaciones más o menos escandalosas. El calcómano contemporáneo elimina el estilo y el punto de vista. Viste un montaje de índices como diario improvisado. Poco importan los trucos con tal de que lleven el sello de lo que está en bruto, en vivo y en directo. El *Verbatim* attaliano,\* delito sin precedentes en la tradición francesa, es absuelto por el público: qué importa que viole la ley si sirve a la vida y la transparencia. El Videoestado baja la cabeza en silencio.

8. Pierre Nora, “Les Mémoires d’État, de Commynes à De Gaulle”, *Les Lieux de mémoire*, t. II, La Nation, París, Gallimard, 1986.

\* Referencia a J. Attali, asesor del presidente Mitterrand que publicó un libro con información reservada del gobierno (n. del t.).

El pasaje de la mediación simbólica a la inmediatez mimética, del escrito a lo transcripto o de la ópera-ballet a la cinta magnética excede la mera inversión de los signos exteriores de poderío y de las posturas de fascinación. El deslizamiento del modelo escriturario al modelo indicial implica y explica el cambio de énfasis de lo abstracto a lo concreto, de la ley a la jurisprudencia, de la moral a la ética, de la prosopopeya a la anécdota, de lo universal a lo singular, del género al individuo, del emblema al rostro. Del Estado a "la sociedad civil". Transferencia de realidad, transferencia de credibilidad. El busto de Marianne,\* en las alcaldías, ha tomado los rasgos de Catherine Deneuve. La República, realidad fiduciaria como todas las cosas de lo político, gana con ello en encanto pero pierde en confiabilidad: las *stars* envejecen y mueren más rápido que los símbolos impersonales. Abolir el corte semiótico es un gran placer, pero se paga. Una abstracción sin cuerpo, como una alegoría, carece de atractivos; pero un cuerpo sin referencia simbólica carece de longevidad.

### *La insaciable demanda de cuerpos*

La revolución indicial suscitó en la sociedad una formidable demanda de cuerpos, como hay demandas de aire. Los cuerpos constituidos casi no lo tienen y la actividad burocrática pone la carne en penitencia. El Estado débil debe sin embargo satisfacer esta demanda social de lo físico, como las otras. La misma es bastante reciente.

La monarquía absoluta tenía por principio un cuerpo único, el Rey; la República de los principios, reunión de voluntades abstractas, era un régimen sin cuerpo (como suele decirse: sin sal); la democracia de la pantalla chica pone a todos sus cuerpos a régi-

\* Marianne: la república francesa (n. del t.).

men. La importancia dada a la imagen ha reemplazado "el control-represión" por "el control-estimulación" (Foucault). El programa intimista me susurra: "Sé cálido, relacional y transparente: siempre joven, como la elite luminosa que tienes ante tus ojos". El "sea espontáneo" es un mandato siempre paradójico, como el "sea desobediente, es una orden". Sin embargo, este equivalente subliminal del "*citius, altius, fortius*" de la divisa olímpica conforma una política de los cuerpos como cualquier otra pero sin política (así será la política del futuro: despolitizada); una normalización, pero sin normas; una enésima "cretinización en masa" (como dicen los amargados), pero emuladora y ya no punitiva o coercitiva. Es un adiestramiento esmerado, muy superior a todos los que lo precedieron, por ser sociológico y no estatal, personalizado y no autoritario. El milagro de esa teleenseñanza, de esos cursos de mantenimiento a distancia, es que cada cuerpo ciudadano pueda educarse en contacto con el ganador y el campeón, a "imagen del cuerpo" de los otros y por lo tanto, curiosamente, en ausencia del cuerpo propio. La difusión del deporte dispensa a todos de la práctica deportiva al hacer omnipresente al deporte, así como la política difundida nos dispensa de compromiso político al mismo tiempo que politiza la atmósfera o, más exactamente, atmosferiza lo político.

El adiestramiento de los jóvenes cuerpos en los patios de los cuarteles y los colegios formaba parte, desde Napoleón (que se preocupaba poco por instruir a los espíritus) de las tradiciones francesas. Las autoridades de la III República en sus comienzos, con Gambetta a la cabeza (que desde 1871 quería "poner en todas partes, junto al maestro, al gimnasta y el militar"), apadrinaron los ejercicios "gímnicos". Jules Ferry, al instaurar los batallones escolares y exaltar las sociedades de gimnasia, enrolaba los músculos al servicio de la Patria y el Progreso. Siempre con la misma meta: la guerra, de conquista bajo Napoleón, revanchista luego de 1870. Pero las clases de gimnasia seguían siendo com-



plementos del programa, y el ideal elitista del barón de Coubertin nunca fue el de nuestra "educación física". Sin duda, en los tiempos heroicos del anticlericalismo, en el enfrentamiento del alcalde y el cura, el alarde de los bíceps y las pantorrillas, municipal o nacional, jugaba en favor de la Laica. El desfile de los gimnastas delante del busto de Marianne se oponía a las tristes procesiones de los clericales fóbicos, caras avinagradas y pechos hundidos. La Iglesia educaba las almas descuidando los cuerpos, la República instruía a ambos, pero bajo la dirección de la Razón: *mens sana in corpore sano*. El diploma deportivo popular, adoptado por Léo Lagrange en 1937, tiene todavía por meta "estimular a la juventud de ambos sexos en la práctica *razonada* de la educación física y el deporte". La idea de Razón implica la justa medida, y en las balanzas republicanas el espíritu es más pesado que el cuerpo: el equilibrio justo quiere, por lo tanto, la preponderancia del intelecto sobre el músculo. El campo de deportes, sí, pero en la escuela. En 1895, el cuerpo se afirma, pero domesticado. En 1995 se liberó, pero es él quien manda. El Estado educador era un Verbo de carne pobre. El Estado seductor es una Carne de Verbo magro.

El cuerpo humano ha sido siempre un producto social, y la producción se intensifica, se acelera desde hace un siglo. Hay mucho camino entre el cuerpo-pecado del joven católico de 1880 y el cuerpo-trabajo del joven obrero de 1910, el cuerpo-batalla del joven hitleriano de 1940 y el cuerpo-ocio del joven ejecutivo de 1980. Después de haberse elaborado globalmente en el siglo pasado como máquina, nuestro cuerpo se produce de ahora en adelante como naturaleza. Pero esta naturalidad sigue siendo un artefacto (dietético, cosmético, deporte de mantenimiento). El cuerpo publicitario resaltado por la tele ya no es el cuerpo disciplinario hecho espectáculo por el cine de la preguerra. Está en forma, no en uniforme. El misticismo arcaizante del cuerpo cedía a la doble tentación de la gravedad y la desmesura que, en el delirio guer-

ro, no son más que una. Su versión mercantil o *soft* hace de él una herramienta sobriamente rendidora, a la vez ámbito de bienestar íntimo ("la bestia de placer" no está sentada en las horas de gran escucha) y medio de éxito individual. Todos conocemos el cuerpo legítimo en la videoesfera: *gym-tonic*, telefoneado, telegénico, bronceado pero no quemado, bioenergético pero controlado, esbelto sin flacura, *sexy* sin provocación, en una palabra: a la vez lúdico y contenido. Es aquel, intercambiable, de la *vedette* (de los negocios, la política, las variedades, la tele, la cultura, etcétera). En materia de gobierno, vale lo que un diploma de enseñanza superior (y no tener ni uno ni otro es un pesado *handicap*). Este estereotipo es vestido por Lanvin, alimentado por la *nouvelle cuisine*, desarrolla sus músculos con la talasoterapia, pero se quita el saco a la americana en los estudios y en el verano corre a lo largo de las playas. El cuerpo legítimo irradia un contento voluntario, buen humor más atrayente que una plebeya buena salud, pero menos peligroso que la Alegría, ese mito pretencioso común al socialismo y al fascismo de las preguerras. Puesto que la felicidad ya no es "una idea nueva en Europa", sino la euforia. La animación es un deber social que la tele y la radio nos recuerdan cada día.

Desligada de los viejos mitos de la fuerza y la virilidad, la corporeidad televisiva sigue siendo divina, pero sin la pesadez, el énfasis de la sacralización fascista. El cuerpo fascista era "templado en el acero". (Marinetti: "La guerra es bella porque inaugura la metalización del cuerpo humano con la que soñamos".) Adiestrado, endurecido por el deporte y el trabajo colectivos, se quería a la vez ejemplar y comunitario. Era el cuerpo de *un* pueblo, opuesto al cuerpo *del* pueblo de tipo comunista, de valor universal. Los programas culturales y de ocio titulados en Alemania "La Fuerza por la Alegría" (*Kraft durch Freud*) promovían "la belleza y la dignidad de una humanidad superior". Querían "guiar a las personas y proclamar unos ideales".

El cuerpo democrático sigue siendo un artefacto moral, un mi-

to tan poco natural, tan codificado como una bandera, pero se privatizó, mundializó y pacificó a la vez. Siguió la nueva jerarquía de las artes plásticas propias de la videosfera que prefiere el cuerpo de dos dimensiones al de tres, o la pintura a la estatuaria. El fascismo hacía la elección inversa, pues "el cuadro se adapta a una habitación, la escultura a una plaza". La estatuaria es de humor cívico. Florece en nuestras ciudades en los momentos de fuerte religiosidad política (Antigüedad, Renacimiento, III República), cuando la pintura de caballete, ese arte de interiores, sostiene e incluso supone el aburguesamiento y el repliegue domiciliario o intimista. El nuevo cuerpo escapa a la violencia aristocrática o nietzscheana como al equilibrio de la antigua república de las sabidurías humanistas. Leni Riefenstahl y *Los dioses del estadio* están lejos de nosotros. Jean Renoir también. Se ha renunciado a la "hermosa bestia rubia" como al joven obrero en *short*, con la bolsa a la espalda, "acostumbrado a caminar y a las mordeduras del cielo, alma cándida y no obstante sin ingenuidad" (André Chamson). El telecuerpo es optimista, sin duda, y conforme, pero no doctrinal y propagandista. Tampoco blasón de una clase, una raza o un pueblo, sino nómada y estrictamente personal. En las antípodas de las liturgias paganas de la masa. Nuestra corporeidad no está allí para albergar el odio, así como tampoco el amor, pegajoso tanto uno como el otro, sino para alimentar el imperativo catagórico de seducción, la cual resbala sin comprometer. Al pasar de una esfera a la otra, nuestras camisas blancas perdieron su cuello duro, desplazándose normas y vestimentas de lo envarado a lo emancipado, de lo estudiado a lo flotante. Y del traje negro, color protestante, nórdico y burgués, a los tejidos de colores de antes de la Reforma, que vuelven a hablar de la alegría de vivir y seducir. Hugo, Pasteur, Lavis: los pilotos de la especie humana, en la grafosfera, usaban levita, palidez y barba blanca, eran hombres de edad y pensamiento, sin carnación, bustos de yeso sonoros y ambulantes. Nuestros héroes sin rugosidades, desmaterializados por

el electrón y laqueados por los jefes iluminadores, curiosamente no tienen más carne que los gloriosos de ayer. Su cuerpo inocente y ligero, imagen piadosa para tiempos agnósticos, es aún un eufemismo, aunque más pigmentado y coloreado. Esos corredores sin piernas, esos trabajadores pulidos y sin sudor, son a nuestros pesados mayores lo que el plástico es al yeso, la opereta a la ópera o el deporte a la guerra.

Aligeramiento, abstracción por la imagen fluida de dos dimensiones, que favorece el apaciguamiento de las lides cívicas. La videopolítica puede soñar así en convertirse en la continuación ya no de la guerra sino del deporte por otros medios (conseguir "un buen resultado", "anotar un punto", etcétera), como conviene a la sociedad electrónica donde la vida debe carecer de gravedad y la seriedad de consecuencias. Es sabido que tenemos al deporte por religión universal y por misas solemnes a los Juegos Olímpicos de verano o de invierno, o el Mundial de Fútbol, despilfarros organizados. Hay en esto razones técnicas, desde luego. Un estadio es un espacio abstracto, un campo de visión a la vez abierto y circunscripto (decorado anónimo, semejante en todas partes y por lo tanto mundializable). El tiempo de juego es también un tiempo abstracto, sustraído al corriente de los trabajos y los días, como el de la fiesta o el rito, pero con azares y apuestas que cautivan de otra manera. La competencia deportiva es un drama (nada está jugado de antemano) pero no verdaderamente dramática (los perdedores no son unos vencidos). Guerra blanca, entre dos ejércitos con banderas y uniformes, un encuentro internacional es más que una diversión y menos que una matanza (no hay víctimas). Se inscribe en una duración intemporal (por no acumulativa). Es un negocio rentable pero en el cual el dinero se queda entre bastidores. Más allá de estas ventajas de representación, este salvajismo bien temperado (pero no exento de accidentes), programable y codificado, asignado, contrariamente a las antiguas operaciones militares (pero no a los modernos de-

sembarcos, cuya hora y cuyas playas son fijados de acuerdo con las necesidades de la transmisión) a ámbitos señalados por anticipado y a horarios precisos, constituye un punto de equilibrio entre el exceso de real que sería una verdadera guerra terrestre y lo no suficiente que es la Rueda de la Fortuna. El partido de fútbol despierta la prehistoria que duerme bajo la actualidad: el oleaje rojo y negro de las tribus bajo el rumor de los aficionados amontonados en las tribunas.

¿Qué es, en el fondo, la vida sin gravedad sino esta mentira: la vida sin la muerte? Vídeo, vida-diosa:\* la divinización de lo viviente se autoriza por el eterno presente del *live*. ¿Hasta dónde y hasta cuándo constituirá una ilusión este frágil decorado? Nadie lo sabe, pues la videopolítica es una invención bastante reciente. Hecha más de muertos que de vivos, la República en diferido de las Inscripciones y las Bellas Letras era secretamente necrófila. "Cuando durmamos con la actitud / Que da a los muertos pensativos la forma de la tumba" (Victor Hugo). A los grandes hombres, la Patria reconocida les erigía estatuas en las plazas, cadáveres eufemizados. Adornando el elogio fúnebre y el traslado de las cenizas, coleccionando los vaciados, máscara y mano, las fotos de perfil de los cadáveres ilustres, consideraba que un muerto es por principio más hermoso que un vivo. Vista de lejos, la III República se parece a una empresa de pompas fúnebres que organizara cada semana una subida al Panteón de los alumnos de delantal gris alineados detrás de una carroza fúnebre de plata. "Hoy, el 5 de Carlomagno..." En lo cual la Laica prolongaba a la cristiandad con sus estatuas yacentes, su calendario de los santos y sus religiosas-que-se-bañan-completamente-vestidas. La Democracia del "en directo", en cambio, es biófila. Los derechos del embrión, los bebés de probeta y los trasplantes de órganos la hacen soñar más que los manes

\* En el original "vidéo" y "vie-déesse"; "vi" y "vie" son homófonos, en tanto "deo" se asimila a "dios" (n. del t.).

de los ancestros y las reliquias de los fundadores. Tiene el lirismo del recién nacido, no de lo Antiguo, y el arte de ser mamá se volvió más electoral que el arte de ser abuelo. Nuestra ética colectiva se desvía de la Historia y los mitos de origen para fijar la Vida física y explorar sus fuentes: procreación médicamente asistida, estimulación ovárica, secuenciación del genoma humano. Un pueblo es una duración; cuyo hilo conductor es más cultural que material. La era de las democracias sin pueblo aumenta la sensación física de lo efímero porque rebaja el tiempo colectivo al lapso de una vida individual. La grafosfera era menos ansiógena por estar más segura de su profundidad de tiempo. Al fin y al cabo, la ligera ley del instante es más fúnebre que el tiempo inmóvil.

Lo más inquietante en la videoesfera, esta manera de biologizar la vida de los hombres, ¿no es también lo más inconsistente? Corre el riesgo de limitar lo humano, invirtiendo los tamaños relativos del alma y el cuerpo, pero no es tan fácil evacuar toda interioridad. Sin duda, lo viviente como tal es inhumano, o más bien no está casado con el humanismo. Lo vegetal y lo animal bastan para hacer una biosfera. Alienación por alienación, un día habrá que elegir verdaderamente entre una religión de la Humanidad que duerme en el culto de los muertos (ese ritual un poco afectado que Auguste Comte proponía a la República de los impresos) y este éxtasis paradójicamente suicidario que el índice omnipresente ha alojado en el corazón del espíritu público: el culto de la vida por la vida.

### *El índice: la curva y la carrera*

Lo indicial no es una cosa, sino un paradigma y una tendencia: en la realidad, no hay sino índices imperfectos. De una invención a la otra, las técnicas de reproducción mejoran la indicialidad de las huellas. La imagen virtual en relieve será mañana una nueva

progresión en esta curva asintótica hacia el facsímil. La tele es ya más indicial que el cine, que lo era más que la imagen fija (un perro fotografiado no corre ni ladra). Lo visual, sin embargo, no es más que una esfera entre otras del Índice. El fonógrafo aplicó al sonido, poco tiempo después, el mismo procedimiento milagroso que la fotografía a las formas: la supervivencia por el embalsamamiento. El rendimiento sonoro del CD es más indicial que el microsurco, que lo era más que las 78 revoluciones. El poema en la boca de un recitador es más indicial que un poema-figura de *Caligramas*, que lo es más que un poema en versos de *Alcoholes*. Un sueño también, en relación con la ensoñación. Una caricia es más indicial que una declaración de amor, un grito que una palabra y lo oral que lo escrito. Pero la pintura, a su vez, es más indicial que la literatura, al mismo tiempo que lo es menos que el cine. Una *exposición* de Matisse es menos simbólica que el *catálogo* de Matisse que, sin embargo, lo es menos que una *tesis* sobre Matisse. Una octavilla electoral con la foto en grande de un candidato sonriente y algunas líneas de su puño y letra autografiadas debajo (como una carta manuscrita dirigida individualmente a cada elector) es más indicial (o menos simbólica) que un largo programa tipografiado de anverso y reverso, flanqueado por una minúscula foto automática bajo una sigla abstracta. La caridad es más indicial que la Justicia, una iglesia católica que un templo protestante, un crucifijo que una cruz, y *Globe* que *Témoignage chrétien*. O un videojuego que un juego de cartas. El índice, según se ve, es más vendedor o más portador que el icono y, *a fortiori*, que el símbolo.<sup>9</sup> Más que un denominador común, lo indicial es una dinámica que conquista todos los dominios de una sociedad. Como la mediasfera es en-

9. Daniel Bounoux, *La Communication par la bande*, París, La Découverte, 1991, así como "Índice énergumène dans le poème et sur la scène", *Crise de la représentation. Recherches et travaux*, n° 43, Universidad de Grenoble III. Se deben a Bounoux los primeros mapas de esta *terra incognita*.

globadora, la tendencia es transversal a las categorías y a las dignidades. Es un baño químico que deja rastros en todos los objetos sumergidos en él. Empapada en la videoesfera, la austera Sorbona misma ve sus anfiteatros, el espacio de una "Ciudad del éxito", transformados en *sets*, con logos, *sponsors*, "animadores" vendidos de la televisión y "tres minutos para cada participante". El escrito, es verdad, no se confunde con el libro, y el retroceso de éste no impide el progreso de los soportes prensa, revistas, prospectos, etcétera. Pero ya no es la misma prensa. Se colorea y se ritma. Se convirtió en un anexo de lo visual más que del impreso clásico. El diario, objeto físico, mira más hacia la tele que hacia el libro, y se lo sobrevuela más de lo que se lo lee (una página de revista se aprehende ya como una superficie de pantalla). La misma lectura del libro, de lineal pasa a ser visual, y se hojea como se hace *zapping*. El contagio del modelo es una irradiación larga y tanto más activa por escapar a la lógica de las palabras (es su función misma). Por regla general, cuanto más *simboliza* la ciencia los datos sensibles, más apuesta nuestra cultura a lo *indicial*. Vuelve a fabricar "el estado salvaje" en todas las direcciones, esto compensando aquello. El niño es más indicial que el adulto, y el habla del bebé que la palabra articulada. Índice, infancia, placer, inconsciente y publicidad son sinónimos. La infantilización del consumidor, alimentada por la mayor parte de los "comunicadores" pero sostenida en profundidad por la extensión del tiempo libre y la abstracción creciente del mundo tecnocientífico, nos recuerda que esta regresión indicial es el complemento compensador de la progresión simbólica.

La carrera al índice, en los dos sentidos de la palabra, es una ascensión sin fin, como lo muestra la creciente crueldad del "teatro" político, con la siempre mayor credibilidad que esperan de ello los actores (para ser creído, sea cada vez más crudo).\*

\* En francés, tanto "creído" como "crudo" se escriben "cru" (n. del t.).

El Presidente mismo ha abandonado la pesada Mitchell por la Betacam al hombro. "Imágenes inéditas y exclusivas." "Durante siete semanas, nuestro equipo vivió con el jefe de Estado." "Entre con nosotros al Consejo de Ministros." El entrevistador del Presidente posa con desenvoltura sus asentaderas en una esquina de su escritorio. Entre gente "de onda", uno casi se tutea. En cuanto al ministro, helo aquí en su cocina. Besa a su mujer en la boca, juega con su caniche, recibe en las escalinatas a sus chicos de vuelta de la escuela, entona al atardecer una cancioncita y toca el saxo en medio de sus amigos. Si aún hace falta "hablar de política", a la antigua, será en un *talk-show* con personas anónimas. O si no alrededor de una mesa, como un director de información con compañeros y compañeras del servicio político, en punzante complicidad.

Pero pronto, *American circus* obliga, "la transparencia ayuda a vivir mejor", el jefe del Videoestado nos murmura confidencialmente sus "problemas de pareja" y los traumas homosexuales mal superados de su adolescencia: récord de audiencia, niveles de popularidad por el techo (a pesar de los refunfuños de la prensa escrita, ampliamente impopular y sin importancia estadística). El grito primal, entonces, ya no estará lejos. Implacable puja del voyeurismo, escalada de la competencia indicial. El emperador ya no asiste, desde lo alto de una tribuna, a los juegos del circo. Esto era "alto y bajo". Lo *in* y lo *out* cambian las reglas del *panem et circenses*. El *princeps* demócrata debe descender al circo y pagar, siempre más fuerte, con su persona. Seducir hasta morir —con el riesgo de reventar uno mismo—. Puesto que la arena está atestada y es su *via crucis*. Cantantes, gladiadores, promotores, curanderos, grandes testigos y santos laicos, ¡qué bochinche! En esa chocante barahúnda, ¿cómo hacerse notar? ¿Qué golpe sensacional podrá aún conmover nuestros ojos y nuestros oídos hastiados? En la videoesfera francesa, donde es preciso ser constitucionalista para ver en la V República "la restauración de un Ejecutivo fuer-

te", el Príncipe no es nunca sino el primero de los esclavos. Siempre es lícito para el artista, el filósofo, el escritor, exiliarse o apostar a la Obra contra el Acontecimiento (entre nosotros Gracq o Rezvani, Balthus o Rosset corrieron el riesgo). El político debe ocupar el terreno, día tras día, o desaparecer. Por lo tanto, pasar por la Máquina, convertirse en la herramienta de sus herramientas de difusión. La soberanía del índice pone al mejor en el nivel del mediocre.

Recordemos la rica ambigüedad del término "público" en el francés antiguo. En el siglo XVII designaba al pueblo o al "conjunto de los sujetos", pero también a los espectadores de una representación teatral o a los lectores de un libro. Cómo se asiste a una comedia, a qué distancia y con quién, bajo qué luces; cómo se lee un libro: en voz baja estando solo o bien recitando en público; se puede o no saltar de un canal a otro, a distancia: cuestiones triviales de largo alcance cívico. Por encima del comportamiento político está el imaginario social, pero por encima de este último están las maquinarias del ocio. Todo muestra una concomitancia entre la evolución de las técnicas de difusión, las prácticas culturales y las costumbres políticas. Las nuevas jerarquías gubernamentales responden a las nuevas jerarquías artísticas. Las artes que podrían llamarse de interés nacional por estar codificadas por una lengua (teatro, literatura, poesía) se borran frente a las artes de interés mundial por ser lingüísticamente no codificadas (música, danza, lo visual en general). En todos los dominios el símbolo pierde su competitividad frente al índice. Traducción de la decadencia simbólica, el retroceso comprobado de la lectura (descenso de la tirada promedio en la mayor parte de las categorías, erosión de los "grandes lectores", desafición de los jóvenes por el libro, etcétera) ha llevado a que el consumo audiovisual ocupe el primer lugar del empleo del tiempo del ciudadano: es la principal actividad humana al margen del dormir. Así, pues, un Estado que no ocupara la pantalla chica perdería "el contacto" (con unos te-

leectores que tienen pocas posibilidades de leer el *Boletín oficial*). Pero el telelector de 1990 ya no está cautivo de un programa o de un canal como en 1960. Videograbadora, control remoto y *walkman* son reformadores políticos, y nuestras más humildes manipulaciones cotidianas repercuten en la solidez de nuestras convicciones. Eclecticismo partidario (o musical), volatilidad del voto (o de la mirada), *zapping* electoral, el ciudadano tiene también la política de sus aparatos.

### *Las imágenes de Estado: la excepción francesa*

En Francia, las cuestiones mediológicas son siempre un asunto de Estado porque éste fue más (consciente y ampliamente) que en otras partes un asunto mediológico. Grafosfera y videoesfera son "estructuras abstractas" —lo que es por definición toda herramienta de inteligibilidad—, las que es evidente que "cambian de peso y de sentido según los lugares y los contextos nacionales".<sup>10</sup> La transición de una era a la otra ha gozado entre nosotros del beneficio de un brillo particular, dado que este país ofrecía el mejor ejemplo del Estado de texto (así como se dice: la canción de letra). Era el más libresco o el más intensamente simbólico de los Estados europeos. La Revolución Francesa fue la única en darse una "política de la lengua" (Michel de Certeau), pero ella misma fue una lengua hecha política. "La historia no es nuestro código" —la famosa interjección del constituyente del '89— admite por traducción: el proverbio no vale por un texto. Oponiendo al abigarramiento de la oralidad aristocrática y campesina las normas unitarias del Derecho escrito, la lengua nacional a los *patois* locales, el departamento a la provincia, la ley a las costumbres y el sistema

10. Según los términos de Marc Fumaroli, "Dictature de l'image?", *Le Débat*, n° 74, marzo de 1993, págs. 3-21.

métrico a los poco-más-o-menos del pie, la pulgada o la pinta, una, laica e indivisible, la República jacobina fue movilizada, modelada por las lógicas de ángulo recto de lo Escrito. El registro hace un pueblo, la tabla de líneas y columnas hace la producción, la Razón universal hace el Estado, la geometría\* hace patria: Robespierre y Napoleón, cada uno a su manera, compartieron ese sueño de sabio, eminente, compulsiva, cruelmente simbólico. Ambos fueron los brazos armados de "la Razón gráfica", la Página impresa extendida por la fuerza al terreno cuadrado, luego a Europa entera. El auditorio efímero y local es el pivote de la transmisión oral (ahora audiovisual) pero el depósito libresco sateliza al lector en torno al Libro, punto fijo altivo y estable, como París sateliza a las provincias, lo universal a las particularidades, o la República "positiva" a sus colonias "teológicas".

El Estado libresco fue más que ningún otro un Estado teatral, un Estado de tema que se pone en escena. Cuidémonos de oponer espectacular y escriturario. Lo que es dado en el espectáculo no es sustraído al lenguaje. La cima del Estado-espectáculo que fue el siglo del Rey Sol fue también una cima de la lengua, y todas las artes visuales del Gran Siglo (estatuaria, pintura, grabado, tapicería, monedas, etcétera) estaban bajo las órdenes de lo discursivo. Como la comedia-ballet, el ballet cortesano de Luis XIV aprovecha un libreto compuesto para él, sin el cual no se concibe. Los monumentos franceses del siglo XVII son unas alegorías de mármol, y los jardines, unas retóricas de verdor. Se puede ser el "rey de los desfiles", elegir uno mismo la tela, el color y el corte de los trajes cortesanos, hacer como nadie el *entrechat* triple y tomar a Racine por historiógrafo.<sup>11</sup> El ambiente reglamentario de la

\* El autor se refiere al hexágono como manera habitual de aludir a Francia (n. del t).

11. Jean-Marie Apostolides, *Le Roi-machine...*, 1981 (véase Bibliografía).

imagen y el sonido, hoy aún más restrictivo en Francia que en Italia o en el Reino Unido, para no mencionar a los Estados Unidos, se remonta a los orígenes del Estado francés. La monarquía absolutista (y en la misma senda la Revolución y el Imperio) no cuidó menos meticulosamente que la Iglesia romana las artes de lo imaginario. Nada de lo que podía afectar la vista y el oído le fue ajeno. El Gran Rey ni siquiera dejaba a su superintendente el cuidado de nombrar a sus historiógrafos. Pensiona a sus académicos, elige sus fábulas. Controla a sus pintores así como vigila la librería, el teatro y el correo. Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV no se hacen representar por azar o sólo por gusto como Apolo, Hércules, Júpiter. La heroización por la imagen —cuadros pero también y sobre todo monedas, medallas, tapicerías, grabados, almanaques— responde a un programa. Frente a la imprenta y la stampa, motores de propaganda pero también factores de riesgo, Enrique II y Carlos IX habían ya instituido monopolios y delegaciones de poder para todo lo que tenía que ver con la efigie del Príncipe. El imaginario público fue luego cuadrículado por intermedio de las *academias*, las *manufacturas* y otros talleres de gloria. El edicto de 1691 estipula: “Sólo corresponde a los reyes hacer maestros de artes y oficios”. “La monarquía francesa prevaleció sobre cualquier otra en la organización y el control de la producción de los signos del rey, precisamente durante el ministerio de Colbert. Esta producción fue decidida, pensada y realizada por organismos de Estado especializados y jerarquizados.”<sup>12</sup> Tradición de largo alcance, que la Primera y la Segunda República retomaron por su cuenta, como lo testimonia la acogida particular que Francia dio a la fotografía.

En el siglo XIX, Inglaterra desestimó las demandas de Wedgwood y Talbot. Este último, inventor del *calotipo*, que permitía ti-

12. Gérard Sabatier, “Imagerie héroïque et sacralité monarchique” (véase Bibliografía).

rar una cantidad ilimitada de pruebas sobre papel a partir de un negativo único, había logrado desde 1835 combinar la impresión química y la cámara oscura. Francia, en cambio, quiso firmar oficialmente el acta de nacimiento de la imagen industrial, otorgando por ley una renta vitalicia a Daguerre y al hijo de Niepce (fallecido en 1838) y presentando el procedimiento, por intermedio de Arago, en la Academia de Ciencias de París. Al comprar el descubrimiento y hacerse su propagador, el Estado hizo caer la invención en el dominio público. En 1839, una política se casó con una técnica. ¿Con qué objetivo? Para extraer de ella un beneficio a la vez como nación industrial (burlándose de Inglaterra en su propio terreno) y como soldado del Progreso universal. A partir de 1849, el ministerio de Instrucción Pública lanza las “misiones fotográficas”, destinadas a preparar “una enciclopedia universal de la naturaleza, las artes y la industria”. Envía a sus expensas a Maxime du Camp a Oriente, en compañía de Gustave Flaubert (“admirable época ésta —anota este último en 1853—, en que se condecora a los fotógrafos y se exilia a los poetas”). Una máquina capaz de hacer entrar “al universo en un álbum” no podía dejar insensible a un Estado que otrora había patrocinado la *Descripción de Egipto* así como la Imagen de Épinal.<sup>13</sup> Pero quien fue por lana volvió trasquilado. El Estado-Nación de la grafosfera se arrojó, se proyectó más que ningún otro, y el primero, sobre la novísima fotografía como sobre su presa. De mera curiosidad, con el tiempo ésta se convirtió, llevada por el dinamismo del impreso, transportada por el auge de la prensa popular (Émile de Girardin, 1836), supermultiplicada por la infinita “reproductividad” del papel, en una fuerza mundial devoradora. Y la pequeña máquina, por interpósita descendencia, llegó finalmente a acabar con el gran aparato moral y político.

13. André Rouillé, *La Photographie en France...*, 1989, pág. 122 (véase Bibliografía).

*La pantalla-filtro o la selección natural*

Cambio de "nicho", cambio de costumbres. Nueva ecología de las imágenes, nueva razón de Estado, nueva selección del personal político. Novedad muy relativa, desde luego, puesto que corona un largo proceso de invenciones. La telegenia concluye de un modo normativo lo que la fotogenia había inaugurado de un modo pintoresco.

Comprobando "el colmo de la monomanía egotista" a la cual conducía "esta alucinación que no duda en ganar el sufragio de todos los corazones mediante la presentación de semejantes jettas", al final de su vida Nadar preguntaba: "Si Niepce hubiera previsto el último puntapié de su aplicación, ¿no habría retrocedido?". Después de 1945, los físicos nucleares se hicieron este tipo de pregunta sobre la bomba; es frecuente entre los promotores del desarrollo técnico. Escuchemos a Nadar lamentar la masculinización de la coquetería inducida por su pequeña máquina. "¿Se quiere contemplar la infatuación masculina llevada hasta la locura? ¿Qué demostración más explícita que esta inexplicable inconsciencia de algunos candidatos, políticos profesionales que imaginaron como forma suprema y decisiva de atraer, el enviar a sus electores su fotografía, su propia imagen de mercaderes de palabras? ¿Qué virtud de atracción, entonces, puede suponer esa gente en sus rostros vergonzosos en los que se ostentan todas las bajezas, todas las fealdades humanas...?"<sup>14</sup>

Este virginal espanto hace sonreír. De hecho, la fotografía a la vez acompañó y aceleró el advenimiento del *yo* en la era democrática. En el personal dirigente, la "coquetería" se volvió virtud, una enseñanza remunerada, "cursillos" y "formación". Y la indecencia, una obligación profesional. Cuando lo alto y lo bajo se fusio-

14. Félix Nadar, *Quand j'étais photographe*, París, Flammarion, 1900 (reeditado por Éditions d'Aujourd'hui, 1979), págs. 133-135.

nan con el *in* y el *out*, *to be or not to be* significa: en el campo o fuera de campo. Estar o no estar en el cuadro, cuánto tiempo y con qué efecto. La grafosfera tendía a disociar "arribismo" y "exhibicionismo". Fue una época en que ponerse en primer plano era una señal de grosería redhibitoria, donde la distinción se proclamaba en la borradura (no sin ostentación, a veces). La videocámara portátil y la transmisión en directo ya no permiten la pose en un lugar especializado y la fatuidad estudiada. Imponen, además del alerta permanente, la excelencia en el juego de piernas y codos para triunfar en las aglomeraciones y colocarse en el campo de la cámara, en el ángulo adecuado, al lado o justo detrás del objetivo principal, Presidente, ministro, consejero o candidato. Los tenistas tienen ventajas, y los golfistas. Espíritu de equipo nocivo (la pantalla chica es demasiado chica). La práctica de los deportes colectivos da a este respecto malos hábitos.

La Escuela Nacional de Administración [ENA] tiene las ventajas y los inconvenientes de la buena plancha para hacer *waffles*, pero al menos forma al funcionario del Estado de acuerdo con criterios "intelectuales". Que la ENA reúna competencia y conformismo y produzca con bastante frecuencia espíritus de una lastimosa incultura (filosófica, histórica, literaria), de escasa capacidad de perspectiva y juicio personal, no impide que el criterio del concurso siga siendo la peor de las selecciones a excepción de todas las demás. Esta escuela es un "peor es nada" que los países vecinos tienen razón en envidiarnos. Honrados profesionales de la gestión dotados del sentido del Estado bastan para la alta función pública. En ese vivero de semifinalistas, seleccionados por lo escrito, las clasificadoras de la videoesfera separarán pronto a los semihábiles que deberán avanzar en la sombra, cualquiera que sea su línea de partida, calificando a los otros para la visibilidad social. Separación de los "administrativos" y los "políticos", de los especialistas y los generalistas, segundo tamiz selectivo.

El reemplazo en las primeras filas del hombre de letras por el



hombre de imagen rehace las siluetas lo mismo que las conductas.<sup>15</sup> Mucho más severa que la fotografía de antaño, la telegenia recomienda el rostro agradable y la palabra fácil (facundia, chanza, labia, ocurrencia). Se satisface con uno u otra, pero sólo la reunión de los atributos será consagrada. Al nuevo hombre moral corresponde un hombre físico, y el conjunto forma una nueva "raza" de animales políticos: abierta, franca, concreta, dinámica, relacional, cálida, simple, sonriente, de habla veraz, etcétera. Se ha reconocido el "anchor-man" (o woman), tipo ideal y competidor del hombre público. La identidad de las prácticas rivales hace la de las fisonomías y las psicologías. Este parentesco zoológico (hubiera dicho Balzac), o una comunidad de instinto mediológico, produce un medio de sociabilidad bastante exclusivo, designado como "clase político-mediática". Entre miembros a los que todo opone políticamente, "pasa la corriente", las mismas señales y el mismo buen olfato. Pero un individuo perteneciente a la especie y clasificado como "hombre de izquierda" no encontrará nada interesante que decir a otro "hombre de izquierda" que no pertenezca a la especie ("es curioso, nos hablamos y no nos entendemos"). De dos individuos se dice que pertenecen a la misma especie cuando son interfecundos (el asno y el caballo, por ejemplo). Lo político y lo mediático tienen hijos porque tienen "cosas que hacer juntos" (y no a la inversa). La interfecundidad explica lo que el técnico denomina "interoperabilidad" de los sistemas o el sociólogo "internupcialidad" (el ministro y la periodista se casan en justas nupcias, pero el matrimonio de un joven diputado con una joven profesora de latín y griego sería un mal augurio para su carrera futura). Se expresa más banalmente en esas cenas fuera de casa en las que el joven *quadra*\* ambicioso invita

15. A la izquierda, se pasa del perfil Léon Blum al perfil Tapie. A la derecha, del perfil Poincaré o Pompidou al perfil Giscard o Léotard.

\* "Quadra" alude a ciertos sectores políticos considerados arribistas, que en los años ochenta eran cuadrágenarios (n. del t.).

a su mesa a dos o tres *vedettes* de lo audiovisual y de la canción (basta de universitarios en la cena de conveniencia). Cuanto más se sube hacia las cumbres elíseas, más densa es la proporción del *show-biz* en los alrededores. El verdadero hombre de poder tiene por compañeros y compañeras a todos aquellos cuyas fotos se exhiben en *Lui* y *Paris Match*. No es una prueba de frivolidad sino de seriedad extrema y muy adecuadamente política.

La especie tiene un punto en común: la mirada egotista (que la unifica al mismo tiempo que la divide, pero el principio de su competencia interna le es al menos común). Mirada de uno mismo sobre los otros (soy el centro del mundo, que me rindan este homenaje). Mirada de los otros sobre uno mismo (¿qué sería yo sin todos ellos?). Quien concentra las miradas concentra los sufragios. El ego privado de cada uno se constituye y se mide por la mirada que el público le dirige: defecto ancestral del comediante, "histrión" diplomado y "comicastró" perdonado, que las redes de transmisión han hinchado en megalomanía muy corriente y extendido mucho más allá de las profesiones del espectáculo. La comunidad de los egos sin proyecto común, llevada al paroxismo en el *show-biz* y el *top-media*, tiene influencia en el Estado *patchwork*.

El cara a cara fascinado del funcionario y el periodista, del que el puesto de escucha es una variante entre otras, deja fuera de juego a un antiguo papel principal: el militante. El devoto camarada de base, lector y cuestionador, crédulo y creyente, sin presencia social ni relaciones útiles, con la boca y los bolsillos siempre llenos de libracos, mociones de orden, programas del Partido, extractos de los discursos "de antes" —en síntesis, la personalidad militante clásica—, se convirtió en algo negativo. El arte del dirigente: saber utilizarlo antes, saber escapársele después (de cada elección). Desde abajo, la visión está invertida. Los "no presentables" que habían "llevado a nuestro Partido al poder" a través de años de puerta a puerta y reuniones (donde su presencia era vivamente anhelada) no dan crédito a sus ojos cuando ven a hábi-

les y notables, sus vecinos, a quienes nunca habían visto militar en los años sombríos y que no les destinaban entonces a ellos, ingenuos militantes, más que sarcasmos y pullas, ocupar poco después de la victoria todos los lugares, empleos, tribunas, antepasados, comedores, mientras que sus propias cartas quedan sin respuesta y los Palacios nacionales se cierran ante sus narices. *Exeunt* los trabajadores sociales, lugar a "la sociedad civil": aquella que viéndose en la televisión y escuchándose en la radio, tiene una voz y un rostro para todo el mundo (un millar de VIP sobre cincuenta millones de franceses). Quienes se tomaron el trabajo electoral, sobre el terreno, no serán honrados en París, en el Estado de las imágenes.

En la videoesfera, bajo toda persona a la vista hay un ministro potencial. A los ojos del Estado mediatizado, el éxito mediático vale como certificado de aptitud profesional, y así como el deseo mimético era el gran amor de 1880, la mirada mimética constituye la gran carrera de 1980. El Estado "in" se unió así al culto de la "sociedad civil", cuyo prestigio intelectual juega con una homonimia. Hegel, que transformó esta fórmula nacida en el siglo XVI en concepto-faro del XX, entendía por este término "la diferencia que viene a colocarse entre la familia y el Estado", el universo de la riqueza o el sistema de las necesidades. En la práctica, ya no designa la producción anónima de las riquezas (bienes y servicios), sino la reproducción individual de las notoriedades. La competencia profesional, todos lo saben, ya no es competitiva frente a la legitimidad mediática. ¿Se ve a muchos industriales o antiguos "productores" en los gobiernos?

La oposición sociedad civil/Estado (*leitmotiv* de las últimas décadas) no deja de evocar el mito populista de "los pequeños contra los grandes", "los de abajo" contra "los de arriba". Lo *chic* de la primera antinomia no debe poco de su éxito a la grosería de la segunda. Error innecesario. De hecho, se entiende por "sociedad civil" a las elites dirigentes, y por sus "representantes" a las indi-

vidualidades que en su seno han seleccionado los medios, nuevos agentes de clasificación política y social. Las celebridades son unos privilegiados "pop", pero son más "people" que "pueblo". Son el espectáculo del pueblo.

En la antigua Francia, la "venalidad" de los cargos daba a la riqueza el acceso a los empleos públicos. Las funciones eran a su turno fuente de ingresos. Se las podía legar a los herederos y los nuevos titulares pronto eran ennoblecidos. En la nueva Francia, se compra un lugar, un partido, un ministerio, una comisión, un establecimiento público con su reputación, y el lugar ocupado permite a cambio incrementar la visibilidad (como antaño la riqueza). En este sentido, es la tele la que hace el Estado (al menos en sus alturas) y no a la inversa. Se compra, o más bien se vende a un gobierno, no la competencia (accessoria) y ni siquiera la persona (no por ello la mayor parte deja de pensarlo), sino la imagen. Y a cambio se recibe un aumento de imágenes. El progreso consiste en el hecho de que la notoriedad mediática no es ni hereditaria ni irrevocable (se la puede perder al perder el lugar, mientras que la función judicial o financiera se transmitía dentro de la familia). Antaño, la fortuna abría las puertas del servicio del Rey, el cual, en reciprocidad, ennoblecía la fortuna. La visibilidad abre las puertas del servicio del Estado, que a cambio reafirma a la primera. Ya no se arriendan las finanzas reales; se enajena la cosa pública, *via* "los empleos a disposición del gobierno", a unas *vedettes* que tienen la oportunidad de hacer de ella una empresa privada de relaciones públicas (convirtiéndose cada dirección administrativa del ministerio o del establecimiento público en el servicio de prensa personal del ministro o del presidente).

Aunque de rango inferior, la nobleza de toga se había aliado a la nobleza de espada a la cual sucedía. La nobleza de pantalla, nuestra nueva "casta espectacular", se alía en la actualidad a la nobleza de Estado y de Partido, que en principio es superior a ella. Ley de los ascensos sociales: el cazador se alía con el cazado.

El primero, para imitar y aprender; el segundo, para demorar su fin. Tal partido político desposa a una *vedette* para salir adelante, como otrora un gran nombre empobrecido a la hija de un mercader o un recaudador de impuestos.

Vemos así cómo se desarrolla un fenómeno de doble sector en las esferas estatales, como en el libro o el teatro: un sector subvencionado (falto de público) y otro comercial, puesto que rentable. El primero correspondería aquí a una administración profesional, reclutada por formación, pero con unos directores administrativos reclutados cada vez más por obediencia. Y el segundo, a la capa visible de los “responsables”, presidentes y empleadores, reclutados en el seno de la “sociedad civil”, por la imagen y la cuenta bancaria. La selección por concurso (procedimiento de mandarines importado de China por los jesuitas) sigue siendo apropiada para el cuerpo de administradores civiles, que irán a engrosar las administraciones de gestión; la selección clientelista o partidaria, para aquellos a los que se pondrá a la cabeza de las administraciones de misión. Pero la consideración de la nueva sociedad, y por ende de las cumbres del Estado, se desvió de la Alta Administración en su conjunto, oscura, sujeta a toda clase de obligaciones y castigable a discreción, en provecho de los advenedizos de última hora, los ennoblecidos de la imagen. Estos últimos reemplazan poco a poco en nuestras diversas jerarquías a los advenedizos de la retórica de ayer (juristas, normalistas, tribunos, etcétera), la antigua nobleza de las palabras.

## II

### DEL ESTADO ESCRITO AL ESTADO PANTALLA

*A cada mediasfera corresponde en Occidente una máquina crucial de transmisión: la Iglesia, la escuela, la tele. La logosfera había producido el soberano fabulador. La grafosfera engendró el Estado educador; la videoesfera, el Estado seductor. Para el orgullo del Estado, la historia de las técnicas de transmisión es una lección de humildad.*

### *Las tecnologías del hacer creer*

Nadie ha visto nunca un Estado. Ni a simple vista ni en el microscopio, ni en foto ni desde un avión. No es una cosa, como un territorio o una porción del océano. Es una cierta relación entre los hombres por la cual el derecho de mandar es independiente de la persona del que manda. Una colectividad se rige por un Estado cuando el vínculo de sumisión de hombre a hombre es reemplazado por una subordinación de principio. Esta despersonalización de la obediencia crea la institución, con su doble imperativo de *legitimidad* (el jefe es más que un soldado afortunado) y *continuidad* (los jefes pasan, la autoridad queda). La violencia puede dar a luz un poder de hecho, pero no puede ni suscitar ni perpetuar por sí sola el consentimiento. Este último supone una "dominación simbólica" (Weber), mediante la cual los sometidos incorporan los principios de su propia sujeción. Esta adhesión hace que la autoridad sea "natural", lo cual, en reciprocidad, hace "obligatoria" la adhesión. Si bien la institución estatal acompaña relaciones de fuerza materiales, las más de las veces de interés económico, funciona en sí misma como un fenómeno de creencia.

Es precisamente porque el Estado es en sí mismo invisible e

inaudible que debe hacerse ver y escuchar a cualquier precio, por medio de metáforas. Señalarse a la atención de todos por signos convencionales, observables y tangibles. Sin esta señalización, la creencia no tendría ni objeto ni relevo. Para el mediólogo, en el plano de la realidad que le es propio, el Estado puede estudiarse como *un vacío semafórico*: un espejismo de signos. Enseñas, sellos, medallas, emblemas, escudos de armas, estampillas: estas marcas dan testimonio de la aparición, a los ojos del historiador, en cualquier parte del mundo en que se encuentren, de algo como un Estado. Esta extraña persona moral debe atraer tanto más las miradas por el hecho de no ser nada (de positivo o manifiesto). Encontrándose la población de un Estado diseminada por un territorio más o menos vasto, los símbolos deben difundirse, intercambiarse y regularse a través del espacio. Lo que en Occidente hace del Estado, justamente después de la Iglesia, un precursor y un innovador en materia de transporte y transmisión. El elemento espiritual sólo se convierte en fuerza material al entrarnos por los ojos y los oídos. Es el espectáculo del Estado el que hace el Estado, así como el monumento hace la memoria. Estado y espectáculo (fiesta y ceremonia, según los grados de implicación decrecientes del público) son términos redundantes. Un Estado que no diera nada a ver y a escuchar, sin rituales, monumentos y documentos, sería peor que un rey sin diversiones: una nada. Lo que explica la frivolidad de las denuncias en boga del "Estado espectáculo". Son las modalidades del "espectáculo" las únicas que hacen época y sentido.

En los hechos, la historia audiovisual del Estado será sobre todo visual (a causa de la evanescencia de los cantos y las palabras anteriores a las técnicas de registro del sonido). Pero, como los discursos, textos e imágenes deben circular para convertirse en operacionales, la historia descriptiva y estática de los signos del poder, la historia de los historiadores, es incompleta sin el estudio de los medios de transmisión de esos signos, la historia de los mediólogos. Puesto que *una lógica de dominación depende siempre de*

*una logística de los símbolos*, y no se puede acceder a la primera sin pasar por la segunda.

Puede sostenerse que la tele "no cambió nada y lo transformó todo", como ya lo decía Rudolph Hirsch del impreso para los años 1450-1550. En verdad, no cambió nada de la obligación de persuadir, propia de todo poder establecido, *a fortiori* democrático. La televisión no inventó ni desinventó la retórica como ejercicio de la palabra persuasiva. La redefinió, como el libro impreso lo hizo con "el arte de la memoria", y en particular con las normas dos veces milenarias de la transmisión escolar de los saberes. El electrón y el microprocesador no inventaron ni desinventaron el hacer creer político. Simplemente lo *reciclaron*. De arriba abajo. Las funciones perennes se adaptan a las maquinarias cambiantes. La dominación del hombre por el hombre, único animal simbólico de la clase de los mamíferos, supone la intervención de símbolos desde el momento en que ya no es coerción pura y simple. El jefe debe dar señales, para ganar los espíritus y los corazones. Pero los signos mismos tienen una historia material, que declina una gama de soportes, radios de acción y velocidades casi inconmensurables, de modo que el universo simbólico es modelado por el avatar técnico. El primero, por lo tanto, no podría servir de contrafuego o de escapatoria al segundo, como lo había imaginado la Escuela de Francfort. La noción ingenua y tenaz de "espacio público", en la huella de Habermas, opone "la actividad comunicativa" (definida como "la interacción mediatizada por símbolos") a "la actividad técnica", como la salvación a la perdición. Vieja partición helénica ingenuamente modernizada por nuestros sociólogos. De un lado, la *praxis*, del otro la *tekhné*. "Intersubjetividad social", reino de la libertad donde florecen la discusión y la argumentación democráticas, *versus* "racionalidad instrumental", imperio descarriado donde la Razón está sometida a normas utilitarias, cuyos fines últimos escapan a la discusión. Como si la misma discusión pública de los fines no estuviera sometida a un con-

junto técnicamente determinado de medios (soporte papel, alfabetización, correo, libros, diarios, distribución, etcétera). Como si el *Homo sapiens* no fuera como tal un *Homo faber*. Como si el ejercicio de la ciudadanía no estuviera condicionado por la naturaleza de nuestras "redes pensantes". Como si la publicidad del siglo XX no hubiera puesto patas arriba la publicidad del XVIII. Antihistórico y atécnico, una cosa a causa de la otra, el modelo "espacio público" aparece como un callejón sin salida especulativo que más valdría abandonar antes que renovar.

La historia material de las transmisiones y la historia política de la libertad son inseparables. Dime, democracia, cuáles son tus vectores cardinales, y yo te diré dónde están tus valores, tu fuerza pero también tus padecimientos y tus vulnerabilidades. Puesto que en gran medida esos medios disponen de ti, de ti, insensata, que crees disponer de ellos.

Se ve en qué todo Estado es tecnócrata. Debe apropiarse de o controlar los sistemas técnicos de fabricación y transporte de los signos. Desde luego, no lo es de la misma manera bajo Felipe el Hermoso, Luis XIV o De Gaulle. Las máquinas de fabricar y transportar la imagen, el sonido y la palabra cambian, y él con ellas. Portador de sentido por naturaleza y productor de mensajes por función, sigue la huella de los soportes y propulsores de huellas. El Estado del pregonero juramentado no es el del telégrafo aéreo, que no es el del telégrafo eléctrico, que no es el del teléfono ni el de la televisión. Estos megaobjetos determinan estrategias simbólicas diferentes. Los sistemas técnicos corren más rápido que las doctrinas y las leyes, de modo que los textos deben alcanzar incesantemente a las máquinas.

En la realidad, información y creencia están ligadas. Para poder recaudar impuestos y reclutar una fuerza armada, el Estado debe recibir y emitir información, en un perpetuo vaivén del centro a la periferia. Recibir: recolectar los datos sobre el número de hombres y la cantidad de riquezas disponibles mediante la inves-

tigación y el censo (proceso que en Francia va del "gabinete de Políticas y Finanzas" de Sully hasta el INSEE\* de hoy, pasando por la "Oficina de Estadísticas" de Napoleón). Emitir: hacer conocer sus decisiones. El hacer creer está preso de un hacer saber, y recíprocamente. Solidarias de un mismo sistema, no son éstas dos esferas estancas (aun cuando aquí nos concentremos en el primer aspecto, dejando el "Estado informacional" a otras investigaciones más especializadas y notablemente más avanzadas). Un destacado estudio sobre "Las ceremonias de la información en Francia del siglo XVI al XVIII" analizó los entrelazamientos de la celebración y la información a través de los diferentes rituales de la publicación monárquica.<sup>1</sup> Los actos del rey deben ser conocidos por sus súbditos, y un ceremonial preciso, adaptado a los destinatarios, envuelve sus dichos y sus escritos. El registro mediante lectura solemne de un texto ante el Parlamento no es lo mismo que el pregón en las encrucijadas. El pregonero juramentado anuncia al son de la trompa (la trompeta, instrumento bíblico de la potencia), y los propaladores retransmitirán de lugar en lugar (trompeta y tambor sólo son audibles a una legua a la redonda). El cartel impreso es pegado a las paredes. Los mandamientos episcopales, leídos en el púlpito, relevan tanto a las órdenes reales como a las proezas militares, constituyéndose cada obispo o arzobispo en PC [puesto de mando] de retransmisión provincial. De este modo, tanto Príncipes de la Iglesia como sacerdotes, monjes y regentes son anexados como agentes de influencia e intercambio de informaciones. El Rey aparece, por lo tanto, como la cabeza de una red, organización piramidal de boca a boca de ramificaciones cada vez más finas, cuyos nudos se reparten en los espacios urbanos de mayor densidad (encrucijadas, puentes, plazas públicas, mercados, etcé-

\* Instituto Nacional de Estadísticas y Estudios Económicos (n. del t.).

1. Michèle Fogel, *Les Cérémonies de l'information...*, 1989 (véase Bibliografía).

tera). Así, pues, las relaciones de información no existen al margen de relaciones imaginarias de dominación simbólica, estas mismas ligadas a un estado dado, rudimentario en este caso, de los aparatos de visión y audición colectivas.

En Francia, el nacimiento del Estado moderno parece coincidir con la grafosfera. Es lógico si recordamos que los valores de universalidad, enteramente indexados a los progresos de la Razón gráfica, aparecieron con la escritura y se generalizaron con la imprenta. La transmisión oral, particularista y contextual por naturaleza, ignora la idea de interés general y el universal abstracto de la ley. Sin duda, el rey de justicia (San Luis) había precedido al rey de administración (Felipe el Hermoso). Y los primeros órganos administrativos de un protoestado se dejan discernir fácilmente en los bordes de la logosfera, alrededor del siglo XIV (con la inalienabilidad de los bienes del reino, la aparición de una cancellería fija, de la noción de lesa majestad y de un cuerpo organizado de letrados). Por otra parte, la palabra "Estado" no aparece en la Edad Media como no sea en latín, en genitivo y con minúscula (el *status* de la Iglesia, del imperio, etcétera), en el sentido de: estado de las cosas o situación. El término se absolutiza a fines del siglo XV: del *status regni* se pasa a *status* a secas. Es en esta época, entre Carlos V y Carlos VII, cuando aparecen las ayudas, primera forma de impuesto permanente (1435), el ejército profesional (1445) y la obligación de fijar por escrito el derecho consuetudinario oral (1545, ordenanza de Montil-lès-Tours). Pero es en la bisagra entre los siglos XV y XVI cuando, con la fijación de las nociones de "bien común", "provecho común" y "utilidad pública", se afirma verdaderamente una conciencia de Estado o el Estado como idea.<sup>2</sup> El rey se convierte entonces en emperador en su reino (su único emperador es Cristo, que está por encima de él). La idea

2. Alain Guéry, "L'État", y Alain Boureau, "Le roi", en *Les Lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. 3, *De l'archive à l'emblème*, París, Gallimard, 1992.

de patria, en consecuencia, va a desplazar a la de cristiandad, y aunque esta patria es un cuerpo místico, todo ocurre como si uno ya no fuera a morir por Cristo sino por su rey y su patria (Luis XI: "Yo soy Francia"). La eclosión de la idea de Estado puede fecharse por un punto de inflexión preciso en la emblemática: cuando a fines del siglo XV, bajo los Valois, las flores de lis dejan de representar a una persona o una familia para pasar a representar una entidad abstracta, Francia. A continuación es la imprenta, por el rodeo del grabado, la hoja, el cartel, el almanaque, etcétera, la que va a desmultiplicar las huellas, las marcas y los medios de memoria visual del Estado monárquico (más eficaz y estable que la memoria oral: se olvida más rápido lo que se escuchó que lo que se vio). La *propaganda* supone la reproductividad técnica del soporte, base de la difusión ampliada e indirecta de los signos, y las palabras "Estado" y "propaganda" se afirman conjuntamente (1597, *Congregatio de Propaganda fide*). Al fundar en 1663 la Academia de las Inscripciones, Colbert institucionaliza la propaganda real, o propagación controlada de los emblemas.

Una revisión de los visuales y rituales del Estado testimonia la laicización progresiva de los fastos y las legitimidades. Los prestigios hermenéuticos de la Cancillería relevaban poco a poco las reverencias carismáticas de la unción divina. Hasta su nacimiento como entidad secular autónoma, la producción simbólica estaba en su totalidad en manos de la Iglesia. Los espectáculos religiosos preceden y desbordan a los espectáculos monárquicos. Para dar una imagen, Corpus Christi [*Fête-Dieu*] precedió y permitió la Fiesta del Rey [*Fête-Roi*], dado que, "a imitación de Corpus Christi donde, en la procesión del Santísimo Sacramento, el cuerpo de Cristo era cubierto por un palio, en 1388 se tuvo la idea de llevar uno por encima del rey durante las entradas reales".<sup>3</sup> La perma-

3. B. Guénée y Fr. Lehoux, *Les Entrées royales françaises de 1328 à 1515*, París, CNRS, 1968.

	LOGOSFERA	GRAFOSFERA		VIDEOESFERA
TIPO IDEAL	MONARQUÍA FEUDAL (PRE-RENACIMIENTO)	MONARQUÍA ABSOLUTA 1650-1789	REPÚBLICA 1900	DEMOCRACIA 2000
EL UNO SIMBÓLICO FUNCIONA EN...	REY MAGO (la era de los milagros)	REY MAQUINISTA (la era de las maravillas)	"REY" MECÁNICO (la era de los motores)	"REY" TECNOLÓGICO (la era de los montajes)
ESTATUTO DEL GOBERNADO	EL FIEL (SUPRAPOLÍTICO) asamblea: la Iglesia	EL SÚBDITO (METAPOLÍTICO) asamblea: el Reino	EL CIUDADANO (POLÍTICO) asamblea: la Nación	TELESPECTADOR (INFRAPOLÍTICO) asamblea: el Mercado
NATURALEZA DE LA IMAGINERÍA DE ESTADO	HERÁLDICA (armas, emblemas, divisas) el escudo con flores de lis	ICONOGRÁFICA (galería de las figuras) el retrato del Rey	ALEGÓRICA (personificación de las ideas) Marianne	SEÑALÉTICA (logos, distintivos, eslóganes) Visual
PRESTIGIO DEL JEFE	LA SACRALIDAD (vínculo directo con Cristo: el rey es sagrado)	LA MAJESTAD (vínculo indirecto, el rey es mediador de lo sagrado)	LA GLORIA (vínculo indirecto con Razón y Progreso)	EL AURA (vínculo directo con la población)
LUGAR IDEAL DE EXALTACIÓN	EL ALTAR (la Iglesia)	EL ESCENARIO (el teatro)	EL ESTRADO (la escuela)	LA PANTALLA (la tele)
RITUAL DE PRESENTACIÓN	LA LITURGIA (para arrodillarse)	EL CEREMONIAL (para maravillar)	EL DISCURSO (para convencer)	LA EMISIÓN (para seducir)
NATURALEZA DE LAS FESTIVIDADES	RELIGIOSAS (procesiones, cánticos)	ARISTOCRÁTICAS O MITOLÓGICAS (fiesta cortesana: ópera, baile, concierto)	UTÓPICAS O CONMEMORATIVAS (fiesta de la Razón, 14 de julio)	MEDIÁTICAS O RECREATIVAS (fiestas de la música)
EL HACER-SIGNO SOBERANO	YO INTERPRETO (ésa es la voluntad de Dios)	YO INDICO (ése es mi capricho)	YO EXPLICO (ésa es la verdad)	YO INFORMO (ésa es la realidad)
LA OFERTA SIMBÓLICA	TENÉIS DERECHO A TOCAR (las escrúfulas)	TENÉIS DERECHO A MIRAR (la corte)	TENÉIS DERECHO A APRENDER (la escuela)	TENÉIS DERECHO A RESPONDER (la encuesta)

TRANSFIGURACIÓN POR LA IMAGEN	RELIGIOSA (es un santo!)	HEROICA (es un Apolo!)	PEDAGÓGICA (es un maestro!)	PUBLICITARIA (es una star!)
MEDIO DE ALIENAR	POR DEVOCIÓN	POR DESLUMBRAMIENTO	POR ADOCTRINAMIENTO	POR MANIPULACIÓN
TRANSPORTE FÍSICO DEL SIGNO	CAMINO/HOMBRE Velocidad: caballo	RUTA/HOMBRE Velocidad: caballo, barco	RIEL/HILO Velocidad: vapor, electricidad	ELECTRÓN/SATÉLITE Velocidad: luz
APOTEOSIS: ¿ADÓNDE VA EL MUERTO ILUSTRE?	A LA IGLESIA Panteón escatológico	AL PALACIO Panteón monárquico	AL MUSEO, A LA ALCALDÍA O A LA PLAZA Panteón cívico	A LA PANTALLA Panteón audiovisual
POSTURA DEL MUERTO DE HONOR	EL YACENTE (plegaria de los muertos)	LA ESTATUA ECUESTRE (oración fúnebre)	LA ESTATUA DE PIE (panegirico escrito)	EL PÓSTER (necrología)
USO DEL ESPECTÁCULO	ADORAR	ENCANTAR	ILUSTRAR	DISTRAER
TÍTULO DEL BEST-SELLER	EL PODER Y EL ÍDOLO	EL PODER Y DIOS	EL PODER Y EL IDEAL	EL PODER Y LA VIDA
LA MÍSTICA DEL YO REINANTE	CRISTO SOY YO Emblema: el fénix (s. XIII)	EL ESTADO SOY YO Emblema: el Sol (s. XVII)	LA NACIÓN SOY YO Emblema: el gallo (s. XIX)	LA MAYORÍA SOY YO Emblema: nada
LA OPINIÓN PÚBLICA	SIN	LA PALABRA POPULAR (rumor, grito, eco, murmullo)	LA PUBLICACIÓN DE UNA OPINIÓN PRIVADA (diarios, libros, panfletos)	LA RESPUESTA A UNA INVESTIGACIÓN ESPECIALIZADA (encuestas)
SU SUJETO	—	EL POPULACHO (opinión despreciada)	EL PÚBLICO O LAS PERSONAS INSTRUIDAS (opinión temida)	EL INDIVIDUO (opinión medida)
MANIFESTACIÓN DE...	—	LA SINRAZÓN de los particulares	LA RAZÓN universal	LA LIBERTAD individual
CONTROLADO POR...	—	IGLESIA/ACADEMIAS	ESCUELA/INSTITUCIONES	COMUNICACIÓN/EMPRESAS



nencia de la coronación en Reims (hasta 1825 con Carlos X) atestigua la del sustrato religioso. Pero la realeza construyó progresivamente referencias propias mediante el escrito. El Estado monárquico fue el pionero y el heraldo de la grafosfera en la última vertiente de la logosfera. Así como los legistas se emancipan de los canonistas y las escrituras reales de las Santas Escrituras, las Entradas, las *Lits de Justice* y los *Carrousels* se agregan al *Te Deum* cantado y a las plegarias públicas.

La larga sucesión de las ficciones visuales del Estado francés deja percibir, a través del batiburrillo de las imágenes disponibles, las grandes escansiones de la historia de la mirada. El emblema estatal comenzó por el símbolo, se prolonga en el icono y culmina en el índice. Es decir: los escudos de armas; el retrato del Rey; la foto del Presidente.

El predominio simbólico del código corresponde a todas esas imágenes más o menos enigmáticas o esotéricas que constituyen los jeroglíficos de la primera realeza —escudos de armas, monogramas o anagramas (como la cruz, el pez o el crisma para la Iglesia primitiva)—. Son también esas alegorías o esos emblemas grabados, bordados, esculpidos o pintados sobre diferentes soportes, piedra, tejido, papel, tela, etcétera. Las tres flores de lis simbolizan a Francia; la salamandra; a Francisco I; el ciervo alado o una columna de fuego, a Carlos IX: esto no es “figurativo”. Las primeras metáforas de la realeza provienen del Antiguo Testamento, sus signos son celestiales y los ángeles sostienen el escudo. Cuando, con el Estado absolutista, se pasa de una sacralidad de predestinación a una de representación, la figura del monarca se hace representar bajo sus verdaderos rasgos: el retrato del rey ocupa el lugar central en la simbólica de Estado, haciendo de los antiguos símbolos simples insignias valiosas (las armas y los emblemas). El predominio indicial llega por fin con la sustitución del retrato pintado o la estatua por la foto, luego el cine y sobre todo la tele.

Exceso del principio sobre el individuo, cuando el código sim-

bólico del poder trasciende su encarnación física; a continuación, aparición en primer plano del cuerpo del Rey, cuando este mismo se convierte en símbolo; nuevo exceso, con la República, del principio sobre los individuos, con las alegorías de entidades abstractas; y ahora, exceso inverso de los cuerpos sobre los principios. Del pre-Estado feudal al pos-Estado democrático, la imagen del poder parece pasar así por cuatro estadios: la simbolización impersonal, o el retrato moral del Rey; la encarnación personal, o el retrato físico del Rey; la racionalización impersonal, o la estatua de Marianne, y por último un retorno sui géneris a la encarnación personal, o la entrevista televisada del Presidente. Señalemos el carácter autófago de estas tipologías sucesivas, devorando cada ola de signos su propia carga simbólica por una proliferación desconsiderada. Demasiados emblemas matan al emblema, demasiados retratos del rey al rey, demasiadas alegorías a Marianne, y demasiada publicidad al Presidente.

Resumamos estas diferentes etapas mediante un pequeño cuadro mnemotécnico de las funciones y los órganos simbólicos del poder de Estado (análogo a aquellos de los que nos servimos para la historia de lo escrito y la imagen). Debe manejárselo con todas las precauciones de uso en cuanto a la aplicación de la idea de ruptura a una continuidad histórica.<sup>4</sup> Estos esquemas estrictamente pedagógicos, recordémoslo, no ponen el acento sobre la cronología de los umbrales sino sobre las variaciones mediológicas pertinentes o significativas (incluso anecdóticamente).

### *El fantasma mayor*

“*I want to be a machine.*” El célebre anhelo de Andy Warhol di-

4. Léase, a este respecto, Alain Gras, *Sociologie des ruptures*, París, PUF, 1979, y en especial la tercera parte, “Ruptures”.

ce en voz alta lo que el Estado videocrático no osa confesarse: "Quiero ser un tubo catódico". Como ayer: "Quiero ser una rotativa", o antes de ayer: "Quiero ser un púlpito de iglesia". Según domine (remontándonos en el tiempo) la imagen-sonido, el impreso, la palabra viva. Emisión en directo, libro escolar, sermón de la montaña. A cada período su fantasma mayor. El poder se imaginó unas veces rey de los animadores, otras profe de los profes, otras, en fin, papa del papa. ¿El pueblo soñado? Una grey, una clase de alumnos, un estudio de invitados (aplausos pregrabados). A cada mediasfera, su ámbito y su mito. En cada período se delira el dispositivo que asegure al hacer saber y al hacer creer el rendimiento máximo. Se trata menos de una voluntad que de una pulsión, y el "¿en qué sueña el poder?" ("soñamos con profesores de facultad, campeones de atletismo y natación...", *Dunóyer de Segonzac*, preguerra) es evidentemente más pertinente que el "¿qué quiere?". Es siempre la gran máquina de antes (que en verdad ya no sirve pero da decoro) la que él dice poner por las nubes; su yo consciente tiene con bastante regularidad un retraso de un sistema de difusión.

El psicoanálisis llama "ideal del yo" lo que el hombre proyecta inconscientemente ante él como sustituto del narcisismo perdido de su infancia. Este ideal individual reúne las funciones de identificación e interdicción. El ideal del "nosotros" actúa en el mismo registro. Tú debes predicar, tú debes enseñar, tú debes seducir y, si no lo haces, serás castigado. Cada novela interior determina una "estrategia" simbólica hacia el exterior, pero tal vez haríamos mal en dar a este término militar un sentido maquiavélico de astucia o de cálculo. Es una ingenuidad (inmemorial) acoplar siempre máquina y maquinación. ¿Cuándo se permitirá, por lo tanto, pensar al Estado sin un sujeto detrás? Inconsciente, la matriz colectiva no es cuestionable. Lo que forma un sistema nunca constituye un problema, cuando se está adentro. El ideal del nosotros no es un objeto en sí (de voluntad o representación) sino la focal a

través de la cual se nos aparecen los objetos. Cuando la República soñaba con ser una inmensa escuela, todo lo que incumbía a la imagen y el sonido miraba ávidamente hacia el pizarrón. Cuando la Democracia se sueña red gigante multimedia, todo lo que se refiere al pizarrón mira con avidez hacia la pantalla chica. A la vez sistema técnico, proyecto cultural y grilla de desciframiento, el foco mediológico de una época es un poco a la razón de Estado lo que el esquema kantiano es a la Razón pura: hace de puente entre las percepciones y las categorías (entre lo que los políticos tienen ante sus ojos y lo que tienen en el fondo de su mente). El fantasma mayor tiene un papel federal y dinámico, vector de conquistas y garantía de resultados. En los tiempos en los que la palabra era "una fuerza que marcha" y "el «listo para imprimir» el equivalente de «¡fuego!»" (en los tiempos, por lo tanto, de Hugo y Vallès), los hombres de acción escribían epopeyas, obras teatrales o historias de Francia. Cuando es la imagen-sonido la que hace agitarse a las multitudes, aquéllos hacen guiones y se ponen ellos mismos en escena. Ayer, los actores del drama cívico eran *autores* de libros (y viceversa); helos aquí, hoy, como *animadores* de *set* (y viceversa). La entrada a la liza del campeón, escoltado por sus padrinos y vasallos sentados en fila detrás de él, ya no es una *publicación* sino una *prestación*.

En el espacio de un siglo escaso, nuestras leyendas colectivas pasaron así de una escatología unificadora a otra, de una primera religión secular a una segunda, a cada mediasfera la suya. Del ecumenismo del Libro al del Mensaje. La Educación como emancipadora del género humano cedió el lugar de mito central de salvación (que tiene horror al vacío) a la Comunicación, a la que se le atribuye reparar nuestras deficiencias obtusas y preparar el futuro radiante. Así se refleja una mediasfera en el espejo de aumento de la esperanza colectiva. Ayer, evangelizar, regenerar, unificar era enseñar. Nadie era malo con conocimiento de causa. Una escuela que se abre es una prisión que se cierra, y un campo

de batalla menos. Esta bella ilusión salida de la Ilustración llegó hasta la fundación en 1946 de la UNESCO, cuya acta constitutiva lleva la utopía educacionista a una cumbre de ingenuidad sin igual desde entonces ("naciendo las guerras en el espíritu de los hombres, es en el espíritu de los hombres donde deben levantarse las defensas de la paz"). Hoy en día, regular, integrar, formar vínculos es comunicar: el malo, el desdichado, es aquel que se queda solo en su rincón y no sabe "hacer pasar el mensaje". No hay problema que no tenga por solución el "diálogo" debidamente equipado y asesorado. Una agencia de comunicación que se lanza es una tiranía que se hunde, y un poco más de sol entre los hombres. Allí donde las ideologías perversas de los tiempos bárbaros habían instaurado el conflicto y el odio, llega la publicidad, factor de cohesión social y de expansión democrática.

La estupidez no tiene edad, como otras invariantes, pero el ataque mediológico puede periodizar sus manifestaciones:

En Francia, el Estado *simbólico* asumió la forma del Estado *escolar*, y el Estado *indicial* la del Estado *publicitario*. La línea de falla puede situarse en el año 1968 (síntomas: introducción de la publicidad en la televisión y primera puesta en circulación de los niveles de popularidad). Aunque pensada bajo y por la Revolución Francesa, la revolución escolar ingresó en las costumbres en el último tercio del siglo XIX; aunque pensada y ya experimentada en América del Norte, la revolución *publicitaria* se nos impone en el último tercio del siglo XX. La frontera que separa a la tele pública de la comercial, al receptor como hogar doméstico de la emisora individual, a "la voz de Francia" de "la máquina tragamonedas" se esboza desde la década de 1970. Frontera no sólo jurídica (abolición del monopolio) sino estética. La paleotelevisión apuntaba a educar a una nación, la neo, a seducir a unos individuos.

La III República, *via* la escuela primaria gratuita y obligatoria, proclamó el derecho a la instrucción para todos; la V, *via* el instituto de encuestas y el programa de respuesta instantánea, asegu-

ra el derecho de opinar para todos. El medio de la integración republicana fue sucedido, en preeminencia, por el de la integración democrática (o de la desintegración republicana). Pero no se saltó de uno al otro. Entre los dos, aproximadamente de 1950 a 1970, conocimos un período intermedio donde el concepto de escuela y las prácticas de la "Educación popular" fueron extendidos por el Estado Providencia, guardián de los sellos, los salones y las antenas, a la novísima televisión, concebida como medio de adoctrinamiento cívico (las informaciones) y de formación cultural (el resto). Mayo de 1968 reveló que Malraux y, por encima de él, De Gaulle habían fracasado en hacer con la Cultura lo que Jules Ferry había logrado con la Educación, un vector de reparto y unidad nacional. Después de lo cual los plenos poderes simbólicos fueron remitidos por la autoridad política a una televisión comercial modificada por su pesadez propia. La Economía recibió así indirectamente jurisdicción sobre la Escuela y la Cultura, o sea, en último análisis, sobre el Estado mismo. El rizo de la medición de audiencia se cierra entonces sobre los gobernantes.

¿Por qué el sistema de difusión habría de tratar con más respeto a las administraciones que a las artes y los deportes?<sup>5</sup> Si el medio mayor ya ha modificado la tauromaquia como arte y las reglas del tenis instaurando el *tie-break*, como modificará la Copa del Mundo de fútbol de 1994 (cuatro períodos de 25 minutos en lugar de los dos tiempos de 45 para duplicar los ingresos publicitarios); si no retrocede ante los monstruos sagrados de nuestra cultura que son el libro y la noción misma de autor, la producción y el contenido de las películas, la definición del ocio y el ritmo del trabajo, no se ve por qué súbita timidez se detendría en seco en el umbral del Estado, atacado de estupor por sus antiguos títulos de nobleza.

5. Cf. Marin Karmitz, *La Création face aux systèmes de diffusion*, grupo "Creación cultural, competitividad y cohesión social" del XI Plan, París, 1993.

*El Estado educador*

El Estado del rey, que sin embargo se ocupaba de todo, no incluía a la instrucción entre sus tareas. Ésta correspondía a la Iglesia. En gestación a lo largo de la Ilustración, el Estado educador fue traído al mundo por la Revolución Francesa. Origen conceptual y fáctico –fáctico porque conceptual–. Esta articulación tiene por emblema un nombre propio: Condorcet. Este matemático filósofo planteó el concepto de República y propuso poco después las instituciones que necesariamente se derivan de él, en su famoso *Informe y proyecto de decreto sobre la Instrucción Pública de 1792*. Desde el momento en que la soberanía pasaba del Rey, lugarteniente de Dios, al pueblo, lugarteniente de nadie, la instrucción del pueblo se convertía en la cuestión crucial, aquella de la que todo dependía. ¿Cómo podría un pueblo ciego gobernarse a sí mismo sin convertirse en su propio tirano? El sufragio universal sería ilegítimo si fuera imbécil. Un soberano ignorante o un legislador idiota se parecen a un capitán desarmado o a un papa ateo: el círculo cuadrado. Sólo la idea de una razón accesible y compartible por todos hace plausible la soberanía popular, sin lo cual todo el edificio republicano se hunde en el absurdo, y el sufragio universal en el despotismo del número. En este sentido, todo *Contrato social* postula un Emilio. ¿Por qué no hay libertad sin saber? Los ciudadanos son libres cuando no obedecen más que a sí mismos, es decir a las leyes que se dan de común acuerdo. Estas leyes, por lo tanto, deben ser la expresión de una voluntad a la vez general y razonable, puesto que, cuando obedezco a la razón y no a la creencia o al prejuicio, no obedezco a nadie. La creencia es particular, la razón es universal. “General” y “racional” son sinónimos, pero estando el género humano dotado de razón por naturaleza, cada individuo puede tener acceso a la verdad, cualesquiera sean su nacimiento o su fortuna. La ignorancia es por lo tanto una servidumbre y el saber positivo libera, porque hace de nexo entre

la Razón universal y el libre albedrío individual. “Es en el gobierno republicano –decía Montesquieu– donde se necesita de todo el poderío de la Educación”. Pueblo y Escuela fueron los dos rostros históricos del Jano republicano, porque una República, en su concepto, es educadora o no es.<sup>6</sup> Si renuncia al racionalismo como postulado regulador y a hacer de “la Razón popular”, la empresa cotidiana, el orden ideal de la ley pronto será reemplazado por el orden sociológico del hecho y el sujeto jurídico por el sujeto económico o psicológico. A ningún individuo le gusta pagar los impuestos o hacer el servicio militar: todas las encuestas revelan este sentimiento privado. Pero si este anhelo legítimo en su orden se convirtiera en la regla de conducta de todos los ciudadanos, la selva reemplazaría muy pronto a la Ciudad.<sup>7</sup> Renunciar al deber de instrucción conduce a tomar al hecho social por norma y a una psicología colectiva por la “voluntad general”: lo que hace el Estado demagógico, en nombre, a veces, de la democracia.

A la necesidad racional de la formación del ciudadano elector y legislador, se agregaba un imperativo de origen teológico. Lo político, es sabido, siempre es más grande que la política. ¿Qué significa esto? La soberanía del Rey funcionaba en la representación según el modelo cristico. El Rey representaba a Dios sobre la tierra, un poco como Cristo, Dios aquí abajo. “Un poco”, porque el Rey no es el Verbo encarnado. Pero “como”, porque recibió la unción divina. A través del cuerpo sacramental del Rey, lo invisible podía así hacerse visible (como el Padre a través del Hijo). No obstante, el representante no es el representado: esta distancia sostiene toda la simbólica monárquica y da su vigor a las representaciones de la monarquía. En tanto en la realeza mágica, en el tiempo de los ído-

6. Jacques Muglioni, “La République et l’instruction”, *L’Enseignement philosophique*, enero-febrero de 1989.

7. Catherine Kintzler, *Condorcet, l’instruction publique...*, 1984 (véase Bibliografía).

los, el rey *es* un dios, el rey de Francia, en el tiempo de las imágenes de arte, no estaba sino adosado a un Dios ausente, al cual su imagen remitía *in fine* como el signo a la cosa. El Rey se multiplica en sus representaciones porque en el fondo era un "rey de representación", según la expresión de Marin.<sup>8</sup> Ahora bien, al cercenar la cabeza del Monarca, Francia se separaba de Dios, y el cuerpo político se veía amputado de la ausencia fundadora del sentido. La nación francesa se habría encontrado por lo tanto *en falta de una falta capital*, por ende en falla simbólica, si no hubiera sustituido al instante un mito mayúsculo por otro, Dios por la Razón. Adosada a Dios, la monarquía había encontrado desde el inicio en la institución eclesiástica sus puntales y sus relevos. Adosada a la Razón, la República encontraba legitimidad y consistencia en las instituciones doctas (academias, institutos, conservatorios, colegios, museos). La Revolución ve a los estudiosos tomar el poder.<sup>9</sup> Para el Rey, imponerse significaba: mostrarse. Para la República, demostrar. Para ella no hay eucaristía visual posible: el cuerpo del republicano nunca será sacramental. El Rey de derecho divino maravilla por su sola presencia física, el elegido del pueblo no tiene esta facultad. Debe convencer mediante razones. Durante siglos, el poder había sido un teatro; después de 1789, se convirtió en una escuela. El escenario regio, sin duda, por un cuarto lado daba *sobre* el pueblo, pero este último miraba y escuchaba desde afuera y abajo, no estándole permitido subir a la escena. El pueblo, en cambio, está *en* el salón de clases republicano, y es invitado por el maestro a subir al estrado, en función de sus méritos, por intermedio de sus laureados. El curso magistral es la única ceremonia lógica reservada a la República por la retirada de Dios.

8. Louis Marin, *Le Portrait du roi*, París, Éd. de Minuit, 1983.

9. Como lo expone Michel Serres en "Paris 1800", en *Éléments d'histoire des sciences*, París, Bordas, 1989 [Historia de las ciencias, Madrid, Cátedra, 1991].

Es conocida la larga lista de establecimientos creados por y bajo la Revolución Francesa. A excepción de algunas escuelas de aplicación (las de Puentes y Calzadas en 1747, las de Minas en 1783), nuestros pilotes educativos, comenzando por las grandes escuelas, se hunden en el humus de 1790-1800. El Partido republicano no dejó de extender el reclutamiento por concurso, del ejército a todas las ramas de la administración. El primer proyecto de una escuela de Administración, según el modelo de la Escuela Politécnica, fue concebido por la Revolución de 1848, bajo la égida de Hippolyte Carnot, ministro de Instrucción Pública; el Imperio lo echó abajo. El segundo fue elaborado por el Frente Popular, bajo la égida de Jean Zay, ministro de Educación Nacional. El tercero y definitivo fue concebido por la Resistencia y la Liberación, bajo la égida de Michel Debré, comisario de la República (apoyado por Pierre Cot): fue la ENA, creada por ordenanza en 1945.

No idealicemos. Hijo puro de la Ilustración, Condorcet soñaba con la *instrucción* pura, entendiendo por ello una transmisión de conocimientos sin valor agregado. Su contemporáneo, el pastor Rabaut Saint-Étienne, prefería la *educación*, por la que entendía la inculcación de valores morales y políticos. Se instruye a las mentes, se educa a las almas. La instrucción forma individuos, la educación forma una colectividad. La primera, desinteresada, da a conocer; la segunda, utilitaria, da a amar. Si el concepto de República se atiene a la instrucción, la tradición republicana del siglo XIX prefirió la educación: para ella, la escuela no fue un fin en sí sino una apuesta política como medio de unificar la nación y de unir a los campesinos al régimen. Jules Ferry, que no era un apóstol, fue más un discípulo de Rabaut que de Condorcet. A sus ojos, el "leer-escribir-contar" se integraba en una estrategia social y nacional.<sup>10</sup> Positivista, este defensor del "Orden y Progreso" sabía

10. Realidad histórica recordada con mucha justicia por Christian Niquet y Claude Lelièvre, en *La République n'éduquera plus...*, 1993 (véase Bi-

que no se destruye sino lo que se reemplaza. Contra la enseñanza confesional, que había hecho amar a la monarquía, sólo podía rivalizar una enseñanza cívica que hiciera amar a la República y a la Revolución. Así, pues, los maestros de escuela debían ser no sólo dispensadores de saber sino "instrumentos de educación política" o "suboficiales de la democracia". Su misión: allí donde estaba Dios, poner a la Patria. Una fe no se combate sino con otra fe, no por la sola Razón. El manual de matemáticas es impotente contra el catecismo si no es secundado por *Le Tour de la France par deux enfants* [La vuelta a Francia por dos niños] (manual de lectura aparecido en 1877). El postulado: no se hará respetar al Estado más que haciendo amar a la Patria, la ley del Padre cobra efecto por la Madre. El Estado educador no es voltaireano ni estrictamente racionalista. Sabe mezclar el relato con el teorema y el femenino con el masculino —y si no lo hubiera hecho, los húsares negros de la República no habrían "aguantado" en 1914—. El afecto sin la ley, divisa del Estado seductor, es ciego; pero la ley sin el afecto sería manca. La persuasión tiene dos modalidades ideales: convencer y seducir. Lógica y sofística. Razón y sentimiento. Esquemmatizando al extremo: el discurso y la imagen. Desde el momento en que hay filósofos que nacieron de un no a los sofistas, Occidente siempre supo distinguir. Pero desde que hay sociedades, y por lo tanto una retórica, siempre se supo mezclar. El hacer creer, volvamos a decirlo, nunca es independiente de un hacer saber. Hay creencias que se hacen pasar por saberes y viceversa. Es posible convencer racionalmente acerca de la validez de una mitología (como hacía el profesor de "marxismo leninismo"). A la inversa, se puede "seducir para la verdadera fe", lo que han hecho los jesuitas, para legitimar la catequesis por la imagen y los cristianos luego de Constantino, que querían llevar a los paganos a la verdadera reli-

biografía). Léase también Dominique Julia, "Les enjeux des plans scolaires de la Révolution française", Academia de Amiens, 1989.

gión mediante aparentes concesiones al culto de los ídolos. Los republicanos fueron jesuitas a su manera: ilustraban muy bien sus manuales escolares y combatieron las imágenes piadosas con otras imágenes piadosas. Hubo un sentimentalismo maternal de la escuela republicana porque ésta fue tanto la de Francia como la del Saber. Y la razón de Estado encarnada que comienza sus *Mémoires de guerre* con: "Toda mi vida me hice cierta idea de Francia. Me la inspira el sentimiento tanto como la razón. Lo que en mí hay de afectivo imagina naturalmente a Francia como la princesa de los cuentos...", por muy hijo de monárquico y antiguo alumno de los jesuitas que haya sido, es un hijo legítimo de la República.

Está claro que el Estado educador no era más igualitario que evangélico. Tenía un contenido de clase y una finalidad práctica: mantener el orden. Su abuelo, Condorcet, no puede hacernos olvidar a sus tíos abuelos, Napoleón (la Universidad imperial al servicio de un "Estado político fijo") y Guizot (la escuela primaria contra los desórdenes y para "gobernar los espíritus"). Se ha mostrado y demostrado cien veces que había mucha distancia entre los principios (de obligación, gratuidad y laicidad) y las condiciones. La escuela primaria para los hijos del pueblo y la secundaria para los hijos de los notables; las mujeres detrás de los hombres, y la ideología republicana vuelta contra los proletarios y los "anarquistas" ("la religión de la patria no admite disidentes"). Ocurre con las leyes republicanas sobre la escuela lo mismo que con la Declaración de los Derechos del Hombre: si es cierto que el discurso de universalidad encubre una práctica de discriminación social, también legitima y permite la crítica de esta perversión, de derecho en primer lugar, de hecho a continuación. El Estado seductor no tiene la teoría de su práctica y el Estado educador no tenía la práctica de su teoría. Pero si el primero no tiene un regulador exterior a su funcionamiento maquinal, el segundo llevaba en sí sus medios de corrección.

Como prueba, las prolongaciones que los republicanos "pro-

gresistas" o sus hijos del movimiento obrero, los socialistas y afines, pudieron dar, durante un siglo, a la utopía de Condorcet. La Educación "popular", o la transmisión posescolar del saber a los adultos desfavorecidos, cobró auge a partir de 1848 (pero la *Asociación politécnica para el desarrollo de la instrucción popular*, donde enseñó Auguste Comte, se remonta a 1830). Este movimiento secular y testarudo engendró a fines de siglo las *universidades populares* (1898). Volvió a cobrar actualidad en 1936 y su metamorfosis en la *Acción cultural* de célebre memoria.<sup>11</sup> Esta última, y sin duda es esto lo que le reprocha el elitismo liberal, fue un retoño natural de la escolaridad obligatoria hasta los catorce años. Sin Jules Ferry no hay Jean Zay (ministro de Educación Nacional y de Bellas Artes de 1936 a 1939). Sin Jean Zay no hay Jean Vilar (ni Jeanne Laurent). Sin universidades populares, no hay Casas de la Cultura. La genealogía pedagógica del "Estado cultural", subcontratista del Estado educador, articula, *via* el Frente Popular, "la Cultura para todos" con "la Escuela para todos". Malraux fue a la vez su heredero y su sepulturero, siendo quien efectuó la primera ruptura intelectual y administrativa entre los dos universos. Hasta él, el mundo del gusto se subordinaba oficialmente al del saber. Se pensaba que la sensibilidad no sólo puede y debe educarse sino que en sí misma es vector de educación (y por lo tanto de redención). El paradigma escolar hacía escuela de todo, sin necesidad de examen ni diploma. El teatro, instituido por la Revolución como curso de educación cívica y del que Michelet subraya en *El estudiante* que es "el más poderoso medio de educación, de acercamiento entre los hombres, quizá la mejor esperanza de renovación nacional". Las Exposiciones Universales, máquinas sabias y cursos nocturnos abiertos a todos. La fiesta de la aldea, que pone el teatro al aire libre. El diario de opinión, "el solo, al menos el único poderoso de los instrumentos de educación" (Julien Benda).

11. Jean Caune, *La Culture en action...*, 1992 (véase Bibliografía).

La forma partido, con sus escuelas de cuadros y sus "folletos de formación". El espacio urbano, con sus estatuas de hombres ejemplares, la arquitectura oficial con sus fachadas educativas. El cine (los cineclubes en los colegios secundarios y la cinemateca practicada como una contra-escuela, por lo tanto aún como una escuela, y alojada en el Instituto Pedagógico de la calle de Ulm). La escena lírica. Los museos de arte, servicios públicos de la memoria destinados desde su fundación (Louvre, 1793, y Escuela del Louvre, 1882) a formar el gusto del público, a clasificar las obras y transmitir a los visitantes tanto una nomenclatura de las "escuelas" y los "estilos" como un *savoir-faire*. El deporte, desde luego (dotado de una subsecretaría por el Frente Popular, con Léo Lagrange y la idea del "deporte para todos", deporte aficionado "de saneamiento" opuesto al deporte "espectacular" de los profesionales). Las caminatas por las montañas y la bicicleta (medio de recuperación moral). Todos los caminos de la grafosfera conducían a la escuela, porque de hecho y de derecho habían salido de ella. En la "demo-pedia", como llamaba Proudhon a la democracia pedagógica ideal, la nación es fantaseada por aquellos que tienen a su cargo el gobierno de las conductas humanas como una universidad que nunca se toma vacaciones, y la menor "manifestación cultural" aporta su grano de arena a la enciclopedia popular en vías de formación en la calle y bajo los tejados. Círculo medianoche-mediodía del Saber del que este Estado culto tiene por definición la responsabilidad política, moral y administrativa (como tiene la de los ferrocarriles y los teléfonos). Tanto en el sentido figurado como en el propio. Los once tomos de la *Enciclopedia francesa* (1930-1939) dirigida por Lucien Febvre y los más grandes nombres de la Universidad de la época (con el joven Jacques Lacan para "la vida mental") fueron financiados al principio, en 1930, por Anatole de Monzie, ministro de Educación Nacional.<sup>12</sup>

12. La empresa de Lucien Febvre (nombrado por los consejos de Julien

Foco de convergencia, ubicado por encima (o por debajo) de las divergencias de ideas, un paradigma mediológico da un cuerpo común a los síntomas del "espíritu del tiempo". Vuelve como *ritornello* en todas las canciones, de derecha o izquierda. Como el stalinismo y el nazismo en otro grado, es innegable que el Frente Popular y la "Revolución Nacional" (para quedarnos en el Hexágono) compartieron ciertos rasgos del pedagogismo generalizado, del higienismo del aire libre y de la edificación por las Bellas Artes. ¿Acaso no creó Vichy los "colegios modernos" y los "centros de formación profesional"? Ya se han puesto en evidencia las rimas perturbadoras, tanto de la "descentralización cultural" como de las políticas "de la juventud y los deportes" (Albergues de la Juventud y Talleres Juveniles, Léo Lagrange y Jean Borotra).<sup>13</sup> Recordemos al pasar que en buena ley republicana no hay ni puede haber "política de la juventud". El maestro no rinde culto al niño sino a lo que, en éste, quiere y debe crecer. Una República digna de este nombre no considera a la juventud como una categoría aparte, portadora de valores propios y menos aún superiores, sino como una simple propedéutica de responsabilidad de sí mismo. La juventud no es una elite ni un bien en sí, y un joven idiota siempre valdrá menos a sus ojos que un anciano libre. Del mismo modo, no pretende rejuvenecer a la humanidad sino, antes bien, restituírle incansablemente su memoria y su pasado para hacerla igual a su idea. El "jovenismo", pedagogía descarriada, no es un humanismo.

---

Cain, administrador de la Biblioteca Nacional) fue retomada en 1955 por otro ministro de Educación, André Marie, y confiada a Gaston Berger. Edgar Faure aseguró una última prolongación en 1964. El reciente proyecto de la Enciclopedia Diderot animado por Dominique Lecourt, a pesar de los esfuerzos de Jean-Pierre Chevènement, entonces ministro de Educación, debió finalmente constituirse como asociación privada.

13. Jean William Dereymez y Régine Berthet, *Front populaire-Vichy: deux politiques de la Jeunesse et des Sports?*, 116<sup>o</sup> Congrès nat. Soc. sav. Chambéry, 1991.

El Estado educador es de tendencia "progresista"; el Estado seductor, de tendencia "conservadora". Tendencias objetivas y compulsivas, que equivalen a hechos de civilización y se burlan de las etiquetas de circunstancia. En el fondo, la educación es un mito de izquierda; la comunicación, un mito de derecha. La primera de estas supersticiones ve en el hombre, en primer lugar, un ser de razas eminentemente perfectible, hecho para juzgar bien y deliberar de consuno; la segunda, un ser de necesidades consagrado en primer lugar a poseer e intercambiar mercancías. El mesianismo escolar pone a la vida política (y al Estado) por encima de la vida económica; el mesianismo publicitario supone la primacía del *stock exchange* y pone a las empresas por encima de las instituciones (con el riesgo de hacer del Estado un establecimiento público de carácter industrial y comercial). Hemos conocido en Francia gobiernos llamados de derecha mentalmente sometidos al mito de izquierda (De Gaulle) y a la inversa (Mitterrand). ¿Será esto "el espíritu de la época"? El color del mito, que es el de la época, nos indica claramente el fondo de las cosas. Por más que se teorice, enseñe y poetice la publicidad, ésta, fabricada por jóvenes ricos por cuenta de gente mayor más rica aún, nacida del mercado y viviendo de él, permanece soldada al universo de la ganancia. Quien no tiene nada para "vender" no tiene ninguna necesidad de ella. Un manual escolar, que hace abstracción de los colores de la piel, los niveles de vida y las condiciones de alojamiento, está al alcance de todos los bolsillos y todas las inteligencias. Nadie se sorprenderá, en estos tiempos de Restauración, de ver que lo publicitario se honra y remunera diez veces mejor que lo escolar.

### *El fin de la escuela*

¿La "explosión mediática" habría hecho saltar alrededor de 1968 al Estado-escuela? No verdaderamente. Más bien, éste hizo



implosión en silencio, y la sacudida venía de las profundidades. En lo más recóndito de los espíritus ya se había desecho la vieja trama de la epopeya prometeica (el Progreso, el Sentido de la Historia, la Paz por la Ciencia, el dominio sin fin ni límites de la Naturaleza, etcétera). Trama que tenía por cañamazo la concepción lineal del tiempo utópico, del que la Escuela era en Francia a la vez vector y ornamento, así como la primacía de los destinos colectivos sobre la expansión de los individuos. Entre los factores de obsolescencia en la evolución del aparato escolar mismo, citemos la escolarización masiva, el fin de los tabicamientos primario/secundario y varones/mujeres. Más ampliamente, el fin de la República campesina ya no permitía, como tendía a ello la escuela ferrysta, relegar a un segundo plano la enseñanza técnica y la formación profesional. El imperativo nacional de modernización pudo más después de 1945, reemplazando la finalidad política por la económica y las humanidades por las matemáticas. En resumen, todo ocurre como si el Estado educador hubiera sido víctima de su éxito. La escuela baja porque el nivel sube. ¿Todos alfabetizados, todos republicanos? "Y ahora, ¿qué se hace?"

El sacudimiento de las máquinas cambiaba *ipso facto* el orden del día. La subversión de lo diferido por lo directo, el desborde de las mediaciones simbólicas por la inmediatez sonora y visual, radio y tele, no podían más que marginar a la escuela republicana. Ésta está ligada al culto del libro y, en primer lugar, de la lectura. La Ilustración —el siglo y el concepto— giran sobre la Imprenta, y la Imprenta Nacional, templo parisiense desconocido, fue el verdadero santuario del espacio republicano, el corazón del corazón. Con el paso de los años, el mismo Condorcet se había visto llevado a poner a la prensa en el centro de su visión del mundo. "No hay más que tres medios generales de influir sobre el espíritu de los hombres: las obras impresas, la legislación y la educación", comienza por admitir en 1779. Pero de simple instrumento de difusión, pasa a ser en 1790 "condición de posibilidad de la instruc-

ción pública".<sup>14</sup> Y por último, en el *Bosquejo de cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1793), la invención se autonomiza y se convierte en el portal de entrada de la octava y última época de la humanidad, fin de la superstición, comienzo de la filosofía. "La imprenta —comenta Kintzler— renueva la estructura metafísica de la humanidad." Pero el progreso de las estructuraciones humanas no se detiene, y la caída del plomo nos hace salir de la época que había hecho posible el tipo de humanidad "razonable y crítica que, en nombre de la búsqueda de la verdad, asume el riesgo de oponerse a una sociedad unánime pero errante".<sup>15</sup>

Los vectores han errado, la unanimidad ha seguido. Los valores asimilados por los alumnos pasan por la televisión, la música, la radio, la moda, la publicidad, más que por la escuela y la familia. La disminución del peso relativo de la escuela en la videoesfera fue acompañada por una dilatación de los espacios de aprendizaje. La multiplicación de los saberes y de los vectores tiende a poner a la escuela "fuera de sus muros", y si la escuela está en todos lados, ¿para qué una escuela en alguna parte? De igual modo, si se ponen en el mismo plano los saberes, los saber-hacer y los saber-ser, como lo sugiere la inflación pedagógica, todo se convierte en saber y la idea de saber se desvanece. Se ha reconocido aquí el ambiente de cierto izquierdismo del sesenta y ocho, deslegitimando la escuela cerrada en nombre de la sociedad abierta y el saber en nombre de la vida. No menos reconocibles son sus efectos perversos. La denuncia de "la escuela de la burguesía", pavimentada de buenas intenciones, veinte años después hace más o menos aceptable la escuela de las empresas. Tal es el reglamento secular del código caminero nacional: para tomar la derecha, girar a la izquierda. No es imposible que el izquierdismo teó-

14. Véase "Éloge de l'Imprimerie", en *Condorcet...*, 1989, págs. 262-273 (véase Bibliografía).

15. *Ibid.*, pág. 268.

rico de los años sesenta y setenta —contra su voluntad, eso va de suyo— haya contribuido en parte a “la aceptabilidad” de la *reacción práctica* de los años ochenta y noventa.

La *degradación* de una función social, a menudo sublimada en “modernización”, tiene por síntoma visible su *desimbolización*. Como la misma Alta Administración, nuestro mundo educador ha perdido sus rituales con el paso de los años, desde la distribución de los premios de fin de año en los colegios secundarios, ceremonia republicana por excelencia, hasta la apertura de la actividad universitaria con togas y ujieres. Las palabras mismas dan fe. La escuela ya no tiene *alumnos* ni la universidad *estudiantes* (con lo que esto supone de disciplina y obligaciones) sino *usuarios* como la RATP,\* en espera de los *clientes* como en Air France. Es un servicio social entre otros. Era natural que recientemente un ministro de Educación hiciera abrir los locales universitarios a la noche para albergar durante una ola de frío a los sin techo, “como se hace en el subte”. Ocurre en la escuela como en la administración: ya no se quieren porque ya no se las quiere y ya no se las quiere porque ellas mismas ya no se quieren.

La fortaleza educativa está desmantelada, y no sólo por la fragmentación sindical; la laicidad, diluida en una tolerancia corta de miras pero de buena ley; la institución, desmoralizada. La *capa* profesional ha ganado peso y perdido fuerza. La aparición de un nuevo soporte de difusión descalifica a la clase de los hombres mediáticos salidos del soporte anterior, por simple desconexión. Un sacerdocio funcional reemplazando a otro, jinetes de la *caballería* ligera de la “comu” contra soldados de infantería del saber, lo temporal invierte sus alianzas y se “reconecta” con los nuevos conectados. Claramente, la República abandonó a los suyos, como un general que huye cuando la batalla toma mal cariz. Los trau-

\* Réseau Autonome du Transport Parisien [Red Autónoma del Transporte de París] (n. del t.).

mas tecnológicos que ha sufrido la transmisión institucional de los conocimientos la hacen, cree la República, una discapacitada motriz. No siendo ya transportada por el medio, la Educación nacional ya no es juzgada políticamente “mensajera”. Los educadores son al Videoestado lo que los metalúrgicos son a la CGT o los linotipistas al Sindicato del Libro: un emblema conmemorativo. Así como en música la electricidad hizo las ondas Martenot, el magnetófono, Schaeffer y la música concreta, la informática, Boulez y Xenakis, la electrónica y las ondas hertzianas hicieron a Ronald Reagan y el Teleestado.

La Educación, desde luego, fue declarada “prioridad nacional” y constituye el primer presupuesto de la nación.<sup>16</sup> La “revalorización” no reemplaza a la pasión, sino a su pérdida. La libido del Estado ha desinvertido a la escuela. No dándole ya crédito, le concede créditos. Funesto contratiempo. Contemporáneos de la explosión mediática, y de mayor alcance que ésta, son en efecto la explosión científica y el desmoronamiento cívico. ¿La necesidad de “cimentar la nación” se habría vuelto obsoleta en la era de las comunidades y las migraciones? La democratización del acceso al saber nunca tuvo más importancia que en este momento en que el diploma y la competencia se convierten en el discriminante social número uno. Nunca, desde el neolítico, el *sapiens sapiens* tuvo más necesidad de “formación permanente” que en un momento que contempla el estallido de los *corpus* constituidos y la caducidad de las competencias mejor establecidas. Nunca, desde el Renacimiento, el espacio y la temporalidad tradicionales del saber fueron tan trastornados. Redes de soporte numérico, mensajerías informáticas, videotransmisión, banco de datos: estas herramientas, estas redes propicias a la enseñanza a distancia pueden destabicar, democratizar y tal vez reorganizar la escuela (un

16. Doscientos ochenta y tres mil millones de francos en 1993; un aumento de ochenta mil millones desde 1988.

uso desconsiderado también puede destruirla: ninguna ingeniería educativa reemplaza la relación maestro-alumno). Abundan las proposiciones sobre las consecuencias a extraer de este nuevo reparto de cartas, pero ven que se les opone una indiferencia cortés (apenas). Se pide un informe y se lo entierra tan pronto enviado. Sin beneficio, no hay interés. Un operador posible de una nueva cadena hertziana declara que es recibido a los ocho días por el presidente de la República; un grupo de eruditos regularmente designados trabajó durante dos años en un proyecto innovador del tipo "France-Université" (Misión Michel Serres), los pedidos de audiencia seguirán sin respuesta (Presidente, Primer Ministro y ministro). La Educación nacional plantea al Estado seductor un problema de gestión (de los créditos y los "recursos humanos"), no un problema de conciencia, y esto porque ya no está en su in-consciente. Ya no es una esperanza colectiva sino un remordimiento burocrático; tampoco una misión histórica sino un problema social sin solución, entre otros (inseguridad, desocupación, déficit) que el Estado arrastra como una cruz. Toma "medidas" y hace votar ampliaciones. Pero a la noche ya no sueña con él. Cabe creer que la técnica dirige hasta los fantasmas.

### *Hacia el Teleestado*

"Familiar, cálido y vivaz, da citas todas las semanas a sus amigos." O también: "Lugar de encuentro y de diálogo. Fuente de emoción y de descubrimientos. Ocasión de intercambios y servicios en el mundo de hoy". Los eslóganes de los grupos de comunicación podrían ser los del "buen gobierno" posmoderno. Fin de "la tele del gobierno", comienzo de los "gobiernos de la tele". ¿Es posible todavía defender la tesis: "El Estado, última alternativa a la dictadura del mercado", si la muerte de la tele como "aparato ideológico del Estado" da nacimiento ante nuestros ojos a un Es-

tado convertido en *aparato ideológico del mercado mediático*? Decir que el Estado es un canal público comercial no es muestra de una simple metáfora. "¿Qué programa? ¿Qué medios? ¿Qué ambiciones?": los diagnósticos conocidos sobre "la crisis del Estado" y "la crisis del servicio público" parecen, para un lector no prevenido, reversibles y permutables (empobrecimiento de los programas, no competitividad, dictadura de las encuestas, fuga de los talentos, inflación de los costos, baja de los ingresos, déficit estructural, pérdida del sentido, etcétera). En los numerosos planes publicados de "reorganización y reconquista", "Estado" y "tele" pueden emplearse indistintamente. "El Estado no es un fin en sí mismo." Se fijaron, precisa el Presidente, cinco objetivos futuros, cinco prioridades estratégicas. "Estar al servicio de todos." "Tener una moral, rechazando las exclusiones sociales y culturales." "Dotarse, según se lo permita su modo de financiamiento, de una política voluntarista." "Convertirse en el interlocutor privilegiado de la producción francesa para tonificar el mercado." "Garantizar la continuidad y la imparcialidad de los servicios brindados a los usuarios, con un sistema educativo que siempre sirva de referencia". Reemplacen "producción" por "creación", "educación" por "información", imposición por canon, y descubrirán el error.<sup>17</sup> Los clisés utilizados para "sacar a [los canales] France 1 y France 2\* de la crisis", de doble uso y doble fondo, podrían aplicarse a la Francia sin número. Y los dilemas de los dos presidentes, de la República y del servicio público, desgarrados entre la "medición de calidad" ideal y la medición de audiencia del día siguiente, para inventar el famoso "canal popular de calidad", se corresponden término a término. ¿Cómo respetar el pliego de condiciones (el programa electoral) y remontar la audiencia (el porcentaje de opiniones fa-

17. Citas extraídas de un alegato de Hervé Bourges, "La télévision publie n'est pas une fin en soi", *Le Monde*, 6 de julio de 1991.

\* Canales oficiales de televisión (n. del t.).

vorables)? ¿Hacer cifras, al mismo tiempo que se conserva el mínimo no rebajable de programas religiosos, educativos, científicos, etcétera (hospitales, transportes, reaperturas de cursos escolares, seguridad, etcétera)? La esquizofrenia también es compartida por quienes deben, decencia obliga, combinar el habla de Jean Villar con el obrar de TF 1, para satisfacer con una al ciudadano teórico y con el otro al consumidor práctico.

Analogía de los ejercicios y los parámetros. Índices de popularidad y encuestas son los equivalentes de la audiometría cotidiana. Una reorganización gubernamental puede leerse como "un ajuste de programación"; y la constitución de un equipo de gobierno, una especie de "gran limpieza de la vuelta de vacaciones". "Un ministro —dice Seguela con razón— es una página de publicidad. Está allí para dar esperanzas. Corresponde al gabinete hacer funcionar la tienda." Igual que los animadores que dan "la imagen" de un canal —cuando es su equipo anónimo el que hace los programas—. El Presidente-programador, o bien su Primer Ministro, colocan a tal animador o tal cabeza de reparto en tal o cual escaque o ministerio para coronar el peón antes que sus competidores. Entre la mayoría y la oposición, como entre dos canales rivales, la batalla ya no se refiere a los programas, poco más o menos los mismos, sino a los porcentajes de audiencia. Aquí y allá se contrata y se soborna a los saqueadores del *rating*, no importa a qué precio. Se procura hacer más recreativa la información; serializar los planes de comunicación (o la producción de acontecimientos) evitando los incidentes, para ganar la fidelidad de un electorado volátil y estabilizar la imagen del canal. La televisión, contrariamente al cine, debe producir sus imágenes en serie (menos caro), difundirlas en serie (más rentable) y montarlas por series en folletines o encuentros periódicos (más agradable). Ése es el ideal de una buena comunicación, por lo tanto de un buen gobierno. Una cosa, sin duda, es vender un público a unos anunciantes (canal comercial); otra es venderse como anunciante

a un público ("canal gubernamental de calidad"). El Estado publicitario tal vez no tenga anunciantes exteriores; pero sí un producto para vender, perecedero por naturaleza pero cuya vida debe prolongar al máximo: un gobierno.

Cuando es el jefe de la mayoría, un presidente de la República acumula las funciones de representación en el extranjero, de programador y presentador en el interior. Debe pasar regularmente por la radio y televisión y pagar con su presencia, *anchorman* en tiempos de crisis y animador de "veladas excepcionales". Pero la comparación se detiene ahí. El jefe del Estado, en efecto, es el Presidente de *un canal sin libre acceso a la antena ni frecuencia otorgada*. El Estado es una dirección de producción sin red de distribución. Situación extravagante, casi chiflada para quien, no siendo ya canal de reverencia, sin duda aún se querría canal de referencia. ¿Para qué sirve programar si no se está seguro de difundir? Simplemente, cualesquiera que sean los gastos comprometidos en la fabricación de premisas materiales, ni siquiera decide sus propios acontecimientos. Al poner su noticiero televisado de las 20, el jefe del Estado está más a menudo furioso que arrobado, pero, más que cualquiera, se siente estupefacto por las elecciones efectuadas, dado que conoce mejor todo lo que no se muestra ni se comenta (recordemos que, sobre 8.000 despachos cotidianos de la AFP, sólo "salen" 200). Él y su equipo (una centena de consejeros-guionistas en los despachos y algunas decenas de ministros-realizadores), en efecto, han producido desde la mañana unos diez "temas" (alocuciones, seminarios, viajes, inauguraciones, etcétera), dignos a sus ojos del mayor interés. Éstos tienen la curiosa manía de "volverles" cada día, desfigurados, montados al revés, interpenetrados, minimizados, si no es que eliminados. Un anfiteatro atento y fastuoso a quien su cocinero dejara sistemáticamente en la incertidumbre de lo que sus invitados a cenar van a tener o no en sus platos no estaría en una situación más incómoda. O un obispo que en su diócesis no tuviera ninguna seguridad sobre

el tipo de misas al que asisten los fieles. El Rey ya no es emperador en su reino. Es un proveedor de relatos entre otros, un candidato más en el mercado de las noticias. Los artífices del acontecimiento abren en la reunión de redacción los sobres de propuestas y deciden cuál es la mejor, según sus propios criterios. Pero el acontecimiento son ellos.

### *Lo político humillado por la técnica*

La información fue en todas las épocas un medio de gobierno (y de enriquecimiento). Todo gobernante está obligado a ser *el primer informado*, para estar en condiciones de que la información repercuta, o no, sobre el gobernado. Esta necesidad implica el monopolio de la transmisión a distancia de las señales, que fue un hecho constante común a todas las épocas de la grafosfera. El Antiguo Régimen tenía la exclusividad de los correos (a reserva de arrendar las mensajerías de la realeza) y el Rey tenía sus propios mensajeros. El monopolio postal, en todos los Estados europeos, forma parte de los derechos del rey. Hasta la Revolución de Julio,\* el telégrafo aéreo de los hermanos Chappe, dependiente del ministerio de Guerra, ni siquiera podía ser puesto a disposición del público. La ley de 1837 ("quienquiera que transmita, sin autorización, señales de un lugar a otro, sea con la ayuda de máquinas telegráficas o por cualquier otro medio, será castigado con prisión de un mes a un año...") estructuró el derecho francés de las telecomunicaciones durante 150 años. El monopolio público se transmitió por filiación de los correos al telégrafo aéreo, luego al telégrafo eléctrico (1851), más tarde al teléfono (recompra y explotación de las redes privadas en 1889). Estos medios fueron reagrupados ba-

\* Revolución que en julio de 1830 derroca a Carlos X e instala en el trono a Luis Felipe de Orléans, último rey de Francia (n. del t.).

jo un ministerio común en 1878 (los PTT), convergencia que contribuye a precisar, en el mismo período, la noción de servicio público. Los problemas planteados por la transmisión mediante ondas hertzianas de los mensajes sonoros, o TSF, que se inicia con la guerra del '14, fueron reglamentados en 1923 por la aplicación del modelo 1837 (autorización de explotación para los particulares, escucha, e incluso interferencia, de los radioaficionados clandestinos). También en este dominio, a pesar o a causa de los primeros despistes, y con la ayuda de la guerra del '39, los colbertistas prevalecieron sobre los liberales. La televisión se incorporó luego con toda naturalidad al molde del "modelo Chappe" (estatutos de 1959 y 1964 que definen a la radiotelevisión francesa como "servicio público nacional"). La historia de las transmisiones a lo largo de dos siglos, apéndice francés al libro universal titulado "De la impotencia del orden jurídico frente a la invención técnica", cuenta las grandes metamorfosis de nuestro Estado: Estado-gendarme, Estado-Providencia, Estado-socio.<sup>18</sup>

La internacionalización económica y técnica de las redes de comunicación, que abate las fronteras, suprime las distancias y da vuelta las legislaciones; el encarecimiento de los costos de explotación, unido al empobrecimiento del Estado; el valor económico en aumento de la información y su poder de atracción creciente sobre las potencias del mercado; la sospecha que pesa, con justa razón, sobre los efectos políticos de la tutela pública, fuente de abusos y censura; la presión de los ejemplos extranjeros y la apelación a los derechos e intereses de los usuarios: todos estos factores y otros invirtieron poco a poco la relación de fuerzas entre colbertistas y liberales y alinearon el caso francés junto a los modelos

18. Véase Pierre Musso, "Les débats autour du vote de la Loi de 1923", en *L'État et les Télécommunications en France et à l'étranger, 1837-1987*, bajo la dirección de Catherine Bertho-Lavenir, Ginebra, Librairie Droz, 1991.

anglosajones de la iniciativa privada. Y esto, hasta la desnacionalización de las redes y la desregulación en curso. Para la radiotelevisión, la reforma de 1974 marcó el punto de inflexión del derecho y las mentalidades. Rechazando la idea de un *holding* de Estado federativo (propuesta por el presidente-director general de la Oficina, M. Marceau Long), la mayoría liberal de entonces puso fin al "monolitismo del establecimiento público": estallido de la ORTF [Oficina de la Radio-Televisión Francesa] e introducción de mecanismos de competencia entre las sociedades. Lo que sigue es conocido: se proponen el fin del monopolio y la privatización de los canales como "liberación" (para quién, no se dijo).

• Intentemos una nueva puesta en perspectiva mediológica, y no polémica o política, de estas peripecias.

Históricamente, en Occidente, la secularización de la autoridad política pasó por la conquista de la autonomía mitológica. No hay poder temporal independiente del poder espiritual sin la capacidad de fabricar sus propios sortilegios y proponer, si no imponer, su "versión de los hechos". La reciente separación de la Iglesia y el Estado puede interpretarse como la cumbre de un milenario "a cada uno su propia leyenda". Habría podido traducirse por este discurso, del lado del Estado laico: "Para ustedes las iglesias, para mí las escuelas. Conserve a las mujeres, yo me ocupo de los niños. Digan los sermones, yo preparo la clase. ¿Los adultos, para comenzar, leen los diarios? Es un riesgo (en 1914 cincuenta diarios en París, con una tirada de seis millones de ejemplares), lo admito. Pero de aquí en más soy lo bastante fuerte para correrlo, y no me faltan medios, créanme, para encuadrar como es preciso la libertad de prensa (ley del 29 de julio de 1881). Me despiden de ustedes".

Desposeer a una "institución imaginaria" de las industrias de lo imaginario hace más que ofender su orgullo. La privatización del hacer saber y del hacer creer equivale a una proletarianización del poder público. Proletarianizado se decía del artesano del siglo XIX

separado de sus medios de producción, a los que veía volverse contra él como un enemigo íntimo. La introducción de los mecanismos del mercado en el sector de la comunicación, iniciada en 1974, no carecerá de consecuencias sobre el estado de salud física y mental de los comunicadores oficiales. Basta de audiencia cautiva y de santuario de emisores. He aquí el Estado del estrés, las úlceras y las depresiones. En un mundo en el que lo que no pasa por la tele no existe, un gobierno sin imagen tiene toda la razón en inquietarse. ¿Acaso los deportes que han desaparecido de las pantallas no desaparecen también de los estadios y los gimnasios (la lucha, las pesas, el lanzamiento de jabalina, etcétera)? Si no hay reflejo, no hay cuerpo. Pero en un mundo en donde el logo cuenta más que el producto y el sosias que el modelo, el polichinela del "Bébête show"\* desnuda al rey delante de sus súbditos. En la medición de audiencia de cada día y la revista de prensa del día siguiente, el ministro, como el Presidente, lee su informe cotidiano de salud y acecha la esquila de defunción en el horizonte. Transmitir la rectificación o el desmentido, efectuar a tiempo la corrección de imagen: esta guerrilla de vanidades ya no es la comedia del poder sino su tragedia.

Ya fue ofensiva la nivelación de los tiempos de la información por la telepresencia nacida del satélite. En lo sucesivo, los gobiernos ya no son los primeros informados, los ministros descubren la mayor parte de las veces el acontecimiento ante su pantalla en el mismo momento que el ciudadano común. Hiriente había sido anteriormente la *democratización de la imagen*, en primer lugar por la película, luego por el vídeo -rasguño social para las clases esnobes, desolladura para las autoridades legalmente constituidas-. Estas últimas se habían beneficiado durante mucho tiempo de un monopolio figurativo de hecho, materializado desde la Antigüe-

\* Programa de televisión en que se satiriza a los personajes públicos representándolos con figuras de animales (n. del t.).

dad por las monedas y las estatuas, primeros soportes de propaganda política (las guerras civiles romanas eran también batallas de imágenes, por interpósitas monedas y efigies). En el período moderno, desde el tiempo en que el retrato era pictórico, el derecho a la imagen individual estaba reservado a la nobleza y la alta burguesía (un cuadro cuesta caro). Desde mediados del siglo XIX, mediante la fotografía, “arte medio”, se extendió lentamente a las capas medias; sin descuidar los laterales, en la multitud: histéricas por Charcot, mensajeros a pie por Marey, criminales por Lombroso, detenidos por Bertillon y la foto judicial, estudiantes secundarios por la foto de la clase, veraneantes por la Kodak de bolsillo y finalmente Juan de los Palotes por la foto automática. La ancestral elevación por la imagen pintada, dadora de prestigio, fue sucedida así por el “nivelamiento” mediante la película, restableciendo el estudio Harcourt a su manera la distinción perdida. Por último, el paso por la tele vino a reemplazar a la foto enmarcada sobre la pared de la sala como demarcación jerárquica decisiva. Fue justo en ese momento cuando el poder público, arrollado por el galope industrial y el auge de las técnicas, debió renunciar a sus prerrogativas ancestrales y deponer sus últimas armas, los soportes, a los pies de un granuja apodado Audimat,\* sicario del poder económico.

La disociación de los poderes “político” y “mediático” no es una herida narcisista más. Nos parece elemental, saludable, inherente a toda democracia digna de este nombre (libertad de prensa, separación de poderes, pluralismo, independencia de las redacciones). Sea. Pero en el largo plazo social, la disolución del revés (simbólico) y el derecho (estatal) aparece más bien como la solución de una continuidad semimilenaria. La desimbolización del poder laico nos remite a esa era feudal en que el deterioro de las casas principescas dejaba a la Iglesia el monopolio de la produc-

\* Sistema de medición de audiencia (n. del t.).

ción simbólica. La lógica de los lugares, al menos, es la misma. La investidura divina del señor le venía de afuera y de lo alto, como la investidura mediática del líder actual. El soberano feudal, que se impuso por la fuerza de las armas a sus rivales, recibe sus insignias de soberanía de los ministros de Dios, así como hoy el candidato a la magistratura suprema, que se impuso mediante maniobras a sus competidores de partido, espera su investidura de los arzobispos del “se” (el mediólogo se resiste a todo salvo al demonio de la analogía).

### III

## LAS AVENTURAS DEL ÍNDICE



*La transferencia del símbolo hacia el índice o del texto hacia la imagen ha hecho aparecer el Estado simpático, es decir cultural, humanitario, ecológico, etcétera. El mensaje sin código es su eje dinámico. Este Estado funciona al choque más que al peso, y prefiere lo directo a lo diferido, el documento a la obra, el periodismo a la historia. Difunta la sociedad del espectáculo, ha cedido su lugar a la sociedad del contacto. Marcel Duchamp fue el anunciador de esta revolución.*

Lejos de expulsarse una a otra, las mediasferas se entrelazan a cada instante en figuras complicadas, pero no se conoce una nueva de ellas que no haya remodelado las formas de autoridad anteriores, las jerarquías y la definición misma de la *auctoritas*. La videoesfera ha aportado consigo una redefinición de lo *chic* y del choque, de donde se siguió una reorganización de la acción pública. Más atento a los soportes que a los mensajes, el mediólogo mete baza en las nuevas vueltas y rodeos del Estado seductor. Lo que a los demás les parece una aberración política traduce a sus ojos una normalización técnica. A menudo, la herejía espiritual no es más que una ortodoxia material todavía inadvertida.

### *Lo cultural revisitado*

En la prioridad acordada a la Cultura sobre la Educación, los mejores espíritus han visto una peligrosa deriva.<sup>1</sup> Es innegable, pero, ¿no implicaba la nueva economía catódica de los signos de

1. Marc Fumaroli, *L'État culturel...*, y Michel Schneider, *La Comédie de la culture...*, 1992 (véase Bibliografía).

Estado la primacía de lo vivido sobre lo concebido, de lo actual sobre lo antiguo o del consumidor de imágenes sobre el descifrador de textos? El paso de la fase Malraux (1958-1969) a la fase Lang (1981-1993) de nuestra cultura de Estado no sólo hizo que el modernismo sucediera al romanticismo, la lengua cifrada de "lo objetivo" a una mística que sobrevolaba "la misión". Reemplazó el pilotaje mediante el icono, propio de la mitología del arte, por el pilotaje mediante el índice, propio de las mitologías de lo cultural. Decreto de Malraux de 1959: "hacer accesibles las obras capitales de la humanidad, y en primer lugar de Francia, al mayor número posible de franceses..."; decreto de Lang de 1981: "permitir a todos los franceses cultivar su capacidad de inventar y crear, de expresar libremente sus talentos..." El segundo decreto es aritméticamente más ambicioso (todo el patrimonio, todos los franceses), pero simbólicamente está agujereado: "Francia" y "la humanidad" han desaparecido, como les sucede a las personas morales invisibles en un universo de pantalla. El Arte es Obra; lo Cultural, Documento. Malraux ofrecía a la mayor cantidad la memoria del mundo, cuya metamorfosis sin fin se llama Historia. Lang prometía a todos la eterna juventud del mundo, cuya repetición sin fin se llama la Fiesta. La Obra es una producción de sentido; el Documento, una secreción de la Vida. Todas las cantinelas sobre los valores de expresividad, espontaneidad, creatividad, expansión, etcétera, modulan febrilmente el paradigma indicial.

Este último es fatal para la *formación*, pero favorable a la *difusión*. Al contrario del paradigma simbólico que inclinaba a hacer de la televisión un anexo de la escuela, impulsa a hacer de la escuela un servicio anexo de la televisión (y de la clase, un comentario de los programas de la víspera).

La Educación es gris como un delantal. Lo cultural, coloreado como nuestra pantalla. Aquí, atención y cierre, allí *zapping* y distensión. La escuela hace acceder a la libertad de la mente mediante algunas coacciones físicas y lo cultural a una captura de los

espíritus por el rodeo de las sensaciones. En la videoesfera, recordémoslo, la libertad ya no se vive ni se piensa en términos de autonomía sino de espontaneidad. (No soy libre cuando me doy libremente una regla de conducta sino cuando me desembarazo de toda regla.) Por lo tanto, la libertad se aparea más con la difusión que con la formación. La escuela que no me despeina ni me conmueve ni me sorprende tiene por sí misma un rendimiento catódico casi nulo. Abordar el latín en tercer año, la historia del siglo XVIII en quinto y las ecuaciones de segundo grado en el último curso, este género de "noticias" no constituye un acontecimiento: cero de puntuación indicial. No se dan "golpes de efecto" con la Educación, se los recibe de ella —lo que Malraux ya había adivinado en su época (la *Gioconda* en Washington y la *Venus* de Milo en Tokio fueron nuestros primeros *hits* culturales)—. Nada de golpes de efecto salvo, desde luego, el dramático anuncio de la Escuela 2000, que "va a cambiarlo todo" (pero, a la larga, se sabe dónde aprieta el zapato). Una conferencia de prensa sobre un organigrama y unos considerandos complicados no tendrá, sin duda, el impacto y el *glamour* de una velada de los César con Depardieu en Cannes.\* Sin embargo, la reforma de la Educación anunciada todos los años desde hace veinte por cualquier ministro que se respete, para la mayor desdicha de los colegiales y los profesores, no puede explicarse sin la coacción de *producir un acontecimiento*. Para un ministro en desventaja, es la manera más expeditiva de conservar su rango en la jungla de efectos de los anuncios gubernamentales. La Educación aún es "nacional" por herencia, aunque su perspectiva sea Europa, mientras que la Cultura musical y visual es de entrada americana y planetaria, precomprada por lo tanto por todos los medios europeos (un ministro de Educación nunca atrapará al vuelo a Liz Taylor, Sylvest-

\* Los César son los premios anuales a la producción cinematográfica francesa, equivalentes a los Oscar (n. del t.).

ter Stallone o Madonna, aunque pueda desquitarse, por el lado del Colegio de Francia, con Umberto Eco, Gorbachov o Élie Wiesel, *stars* menos despampanantes pero *stars* al fin). Partidaria del pasado por función, la escuela frecuenta a los grandes muertos y transmite la experiencia segura. "La vibración de la vida" y "Francia en movimiento" no son indudablemente su especialidad, a pesar de los esfuerzos en curso. En equivalente superficie mediática (ESM), el ministerio de la Memoria y de los Sindicatos es al "ministerio de la Felicidad" y de los Artistas lo que el griego es al loto, un lunes a la mañana a un sábado a la noche, un "documental cultural" a un *videoclip*.

En 1978, el ministerio de Cultura anexó oficialmente la Comunicación. Todo ocurre, entonces, como si este ministerio también tuviera a su cargo la comunicación del gobierno (con un 1% del presupuesto total de la empresa, proporción normal), ¿No es entonces más bien la Comunicación la que se anexó la Cultura? Deplojar el "consumo organizado de la insignificancia", ¿no era depositar confianza en lo redactado ("ministerio de Cultura y Comunicación"), cuando había que leer "en" en lugar de "y"? Hay Cultura allí y sólo allí donde puede haber Comunicación (audiovisual). En TF 1, la sección Cultura fue integrada en la sección Información (1993). ¿El camino del futuro?

Elástico es el "todo-cultural". ¿Hasta dónde? Hasta los límites de la videocaptación. La Cultura sin orillas encuentra aquí sus bordes: la interioridad y la intemporalidad. Comienza en determinado umbral de luminosidad o decibeles, y termina allí donde empiezan la sombra y el silencio. El todo-cultural es un todo-magnético. El desfile de alta costura instituyó las "artes de la moda"; los programas sobre los maestros de la gastronomía, las "artes de la mesa"; las paradas y desfiles retransmitidos por los canales, las "artes de la calle". La promoción del arte gráfico, del *tag* y del *rap* iba de suyo. No hablemos del *rock*, que mandó a la antigua canción de texto junto a la *cultura animi* ciceroniana.

Goce, ensueño, plegaria, regalo, meditación: ¿cómo recuperar los antiguos prestigios de estos limbos ni "audio" ni "visuales", sin "impacto" ni "repercusión" inmediatos? En primer lugar, convirtiendo el abismo en volumen. Nueva proliferación de los *lugares*, *centros*, *encrucijadas*, *espacios*. La Cultura es Tiempo, lo Visual es Espacio, lo Audiovisual traduce la duración en superficie. La fortuna mediática de los "lugares de memoria", tema y cosa, está en su totalidad en el *lugar*, allí también materializado por las máquinas para ver, al precio de un dichoso malentendido acerca del tema teórico inicial. En efecto, aunque objetos uno y otro, hay archivos y archivos. El Fouquet's, el lavadero de la aldea o las murallas de Aigues-Mortes presentan sobre el Tratado de Verdun y los manuscritos de Commynes la inmensa ventaja de poder "constituir un tema". La profundidad de tiempo que se adquiere con la lectura de una novela, la audición de una obra, el espectáculo de un cuadro, no se filma; la altura y el volumen de un edificio, el decorado de un Salón, sí. La obligación de hacer ver, cuando ya hay tanto para ver, impulsa a conservar preferentemente cierto tipo de patrimonio —en primer lugar arquitectura— pero también a construir en grande: gran Louvre, gran Arco, Grandísima Biblioteca, siempre grandes trabajos. *Small is too dangerous*. Ningún "noticiero de las 20" hablará de una pequeña biblioteca municipal, de un curso de iniciación al solfeo en el colegio secundario, de un pequeño fresco pintado en *trompe-l'oeil* en una encrucijada: estas modestas "obras" no constituirán nunca un *flash* de envergadura. El cálculo costo-utilidad de una inversión cultural no tiene como parámetro el aumento efectivo del gusto o los talentos, en la población y a largo plazo, sino la superficie de exposición mediática (SEM) que, en lo inmediato, puede alcanzar quien toma las decisiones. Esto no siempre es enojoso. A menudo sucede que el interés ministerial por hacerse ver y oír mejor coincide con el del administrado de mirar y escuchar más.

En la propaganda del gobierno de ayer, el anuncio Cultura era

una imagen de fiesta, en este caso de la música. Excelente resumen. Pero que no equivale a condena, dado que esta palabra puede ser chicha o limonada. El historiador no conoce Ciudad que haya prescindido de las fiestas. Ni siquiera Esparta... Como negación de las desgarraduras y conjuración de las arrugas, momento de comunión donde se atestigua la unidad ideal de un pueblo, la fiesta colma el deseo inconsciente de todo colectivo. No hay época en que no se haya lamentado a grito pelado la desaparición de las "verdaderas" fiestas de antaño: su nostalgia está programada de antemano. Entramos en nuestras fiestas andando hacia atrás. Entradas reales, coronaciones, funerales, *carrousels* espejean en el retrovisor republicano.

Toda festividad pública es una confesión. Dice sin saberlo de que manera quieren los hombres ser gobernados, y mediante qué. La pudibunda grafosfera tenía las suyas. Austera, doctrinal, voluntarista, con una pizca de coerción, la fiesta revolucionaria deducía el entusiasmo popular de una Idea central, Ser Supremo o Federación. Las fiestas nacionales de la República (el 14 de julio se instauró en 1880) reemplazan la Idea abstracta (el Ser Supremo) por el Mito de origen (la toma de la Bastilla) sin romper cierta sacralidad pedagógica, pero espontánea y bonachona. Hoy en día se acude a todo lo que hay a mano, el cine, el libro, la poesía, los museos, la música y, muy pronto, la lengua francesa (ese hermoso domingo llegará en cuanto todos hablemos americano los días hábiles). Hay sin duda un nuevo dogmatismo de la fiesta, pero ya no es la misma. De Celebración de un origen perdido, pasó a ser Acontecimiento autosuficiente y autorreferente. La fiesta está dirigida, estructurada por su retransmisión. Modelo pretensado, pero natural, espontáneo, llevado por el espíritu del tiempo. El Estado-espectáculo tenía al teatro por matriz, con sus decorados en *trompe-l'oeil*, su perspectiva frontal, la distancia entre el que veía y el que era visto. El Estado pantalla tiene el molde tele. Con la fiesta de la Música, el ministro de Cultura, superanimador, ofrece a Pa-

rís como *set* para "La Carrera a las Estrellas" Se combina así la Excepcionalidad (una vez al año), la Apertura (a todos los públicos) y la Aventura (hay *happening* en el programa, lo que conmueve y despeina), o sea los tres requisitos del programa de gran audiencia en un canal generalista. El Estado organizador asume entonces, por el rodeo de una filial apropiada (16.000 asalariados, 14 mil millones de francos en 1992), los gastos de producción del Medio comercial, que lo recompensa mediante una retransmisión en directo, parcial o total.

No es la Cultura la que se convirtió en Francia en religión de Estado, es éste el que, *via* la cultura, hace religión del Medio. El dominio que pretende sobre las diversiones públicas traduce en primer lugar el que el índice ejerce sobre él. Esta pretendida tiranía no es signo de poderío sino de su impotencia para preservar un espacio simbólico de legitimidad propia. La prueba: la transmisión de los valores (objeto último de la Cultura) es decidida *in fine* por la industria cultural y la ley de la ganancia, no por él. Así como el lugar del país en las relaciones internacionales lo decide la lógica de la hegemonía, no sus puestas en escena humanitarias.

Cada mediasfera, en cada época, sacraliza su principal vector y erige a su medio central en mito supremo. En el comienzo era el Verbo y el Verbo era Dios, proclamaba la logosfera (sus libros sagrados transmiten las Palabras divinas, y por eso mismo son sagrados). En nuestros albores estaba la imprenta manual y Gutenberg es nuestro héroe, proclamaba la grafosfera (la Revolución Francesa levantó un altar al inventor de Maguncia). La videoesfera derriba los altares iconoclastas de la imprenta. "El Estado cultural": pequeña moneda nacional del absoluto mundial que es el ídolo electrónico, aumentado en el prisma de la herencia monárquica. No tomemos la causa por el efecto: el Estado no tiene una política de imagen, la imagen-sonido tiene una política de Estado. No digamos: "lo cultural, lo económico y lo humanitario son «mediatizados a ultranza»", sino más bien que el medio se huma-

nizó, culturizó, economizó y así en lo demás. El Príncipe cree servir de su "célula de comunicación" cuando, sin saberlo, sirve a la nueva divinidad. El arte político consiste en traducir una coacción en programa. Ejemplo lírico: "En Francia, el Estado tiene como prioridad la Cultura". El mediólogo es un perro: en todo ideal anunciado, lee en primer lugar la idealización de una herramienta oculta. Traduce por lo tanto las elevadas inspiraciones sobre la Vida, el Compartir, la Juventud, por un trivial y subliminal "viejo, si quieres seguir existiendo, debes resignarte a eso" que le sopla a hurtadillas su mentor mediático.

### *Lo maravilloso humanitario*

¿El arrebató humanitario no será en primer lugar un hecho electrónico? No por azar aparece en Francia en el mismo momento que la videosfera, a partir de 1968, en Biafra. "El año I de la generosidad mundial." Como lo señalaba entonces sobre el terreno Jean-Claude Guillebaud, "nosotros, los periodistas, nos habíamos convertido, en defensa propia, en una especie de mercaderes de horrores y de nuestros artículos se esperaba que conmovieran, rara vez que explicaran". Y concluía entonces, presentando el portento, prudentemente, no nos ocupamos más que de sus sufrimientos. Por eso murió".<sup>2</sup>

Si "lo cultural" es lo que le pasa a la cultura cuando es televisada, "lo humanitario" es el deber de humanidad captado por la imagen-sonido. La nueva transmisión transformó el "dar prueba de humanidad" en prueba por lo humanitario, el acto puntual en visión del mundo. El *charity-business*, en este sentido, es el hijo le-

2. "Biafra, ou les nocifs paradoxes de la charité", *Sud-Ouest Dimanche*, febrero de 1970.

gítimo del estetoscopio y el vídeo, nacido de las nupcias de la antigua medicina misionera y el satélite de difusión directa. Entre el doctor Schweitzer y el doctor Kouchner,\* lo humanitario cambió de escala y de naturaleza. El ejemplo individual pasa a ser receta universal; la ética privada, una política de reemplazo. En esta dilatación geográfica y esta inflación mitológica, el mediólogo ve sobre todo el pasaje del cine a la televisión, que conduce de una moral grafosférica (protestante y reservada) a una moral videosférica (católica y conquistadora). El "deber de injerencia" convirtió en primer lugar en norma jurídica una nueva capacidad técnica: el atravesamiento de las fronteras nacionales por las ondas hertzianas. Y un nuevo derecho de mirada del Norte sobre el Sur (las cámaras y los satélites están en el norte, las hambrunas en el sur). Más allá de esta relación de no reciprocidad, efecto del desarrollo desigual, y de la que el Norte evidentemente no tiene ninguna conciencia, no se puede comprender la universalización tan rápida del nuevo derecho humanitario sin considerar que el esperanto visual ha unificado, alisado en la superficie el mundo babélico de las lenguas, los niveles de desarrollo y las estructuras sociales. Ha nacido un nuevo cosmopolitismo (lo hay de todas clases, desde los estoicos), pero que es más superficial que real. La transmisión de la desgracia en dos dimensiones, en efecto, borra la tercera, su profundidad histórica. Separados unos de otros por zanjas que sólo la historia explica pero que no vemos "en la imagen", esos fragmentos de humanidad sufriente nos parecen fraternos pero, por muy sensible que sea, "la gran familia de los hombres" es una abstracción que no permite la comprensión ni la intervención. La credibilidad del mensaje humanitario no le viene fundamentalmente de la ubicuidad y la instantaneidad de las transmisiones sino de la *deslocalización de lo local* y la *destemporalización*.

\* Fundador de la organización humanitaria Médicos Sin Fronteras (n. del t.).

zación del tiempo por el espacio-tiempo de la videoesfera. La imagen en estado bruto que es "el índice" no tiene indicaciones geográficas ni cronológicas. La imagen de una hambruna en Somalia, de una matanza en Bosnia, de un terremoto en Armenia no se nos impone como somalí, bosnia o armenia. Lo visual habla todas las lenguas, *porque no habla ninguna*. Frente a nuestra pantalla, en nuestra casa, estamos en todas partes, y la oposición nacional/extranjero no es pertinente. El fin de los reflejos "ideológicos", es cierto, nos permitió abrir los ojos al dolor de los hombres reales, pero la televisión también tiende a despojar a esos dolores de su sentido, al abolir sus diferencias profundas. Vistos de lejos, todos los heridos se parecen; también todas las guerras; no hay más que cuerpos, y ya no hombres, portadores de tal o cual valor. Una *news* en directo borra el mapa geopolítico de los lugares (territorio, Estado, lengua, vecindades, etcétera), así como el mapa sociopolítico de lo colectivo implicado (confesión religiosa, organización sociopolítica, estructura familiar y demográfica, etcétera). Aparecen entonces cuerpos que son pretextos para cuidados, fantasmas de carne fuera de situación y sin embargo terriblemente presentes, ejemplares casi intercambiables y por ello deshumanizados del Hambre, el Desamparo, la Guerra. Como el médico en su gesto curativo, lo humanitario fusiona lo más abstracto y lo más concreto. Reduce a todos los hombres a su mínimo común denominador: sus cuerpos y su sufrimiento. Verdad y honor del médico, espejismo y engegucimiento del político. Un bosnio no es un croata ni un indio hindú un indio musulmán. La prueba, sobre el terreno: se desgarran entre ellos. Pero todos los hombres que sufren, ya sean politeístas o monoteístas, de izquierda o de derecha, agresores o agredidos, merecen un tratamiento igual por parte de un médico. Henri Dunant, en 1859, produjo una revolución al prodigar los mismos cuidados a los heridos italianos, franceses y austríacos la noche de Solferino, pero nunca pensó que la Cruz Roja iba a abrir una nueva época en la historia humana. No pre-

tendía poner fin a las guerras, los campos y las masacres. La hinchazón de la iniciativa humanitaria en ideología hace creer, al contrario, que por fin se encontró la clave de la Justicia. Esta creencia se acredita por la homogeneización, mediante lo visual, de una humanidad heterogénea. Este escamoteo de las profundidades por la superficie favorece la ilusión política al mismo tiempo que valida las compasiones individuales. Y hay trampa desde el momento en que el *actuar* debe alinearse con el *sentir*, y éste con el *ver*. Puesto que lo concreto de una situación histórica, o de lo que hace a tal o cual sufrimiento vivido irreductible a cualquier otro, es eliminado de la pantalla chica. Es por eso que el activismo médico no reemplazará nunca a una política exterior (como la ideología tan simpática de los "Derechos del hombre", de la que salió directamente la no menos simpática utopía humanitaria). Este *handicap*, si es que lo es, es un triunfo en términos de comunicación. La videoesfera se burla del largo plazo. En la inmediatez indicial, la dramaturgia humanitaria es superior a todos sus competidores. Es una lección de las cosas. Observémosla de más cerca.

El libreto ecológico nos presentaba al hombre frente a la naturaleza; el cultural, al hombre frente a sus obras; el humanitario va derecho a lo existencial: la condición humana en su meollo, en vivo, sin florituras ni falsas apariencias. Pero ese directo es ya falsa apariencia. El Estado humanitario necesita el reportaje humanitario, sin el cual su solicitud desinteresada por los sufrimientos humanos pasaría inadvertida o sería puesta en duda. La película dará fe. Pero la película es en sí misma una falsificación, como todas las películas. Así, pues, no veremos al ministro de paso, en forma y equipado en exceso, depositado por un avión del Glam (champaña a voluntad) en los lugares de la indigencia indecible. Tampoco lo veremos volver a partir unas horas más tarde por la misma vía, reunirse en París con su familia, sus oficinas, sus autos con chofer, sus lugares de veraneo, etcétera. Los pormenores

de la virtud occidental, inocentes, anodinos y, por otra parte, inevitables, serán cortados en el montaje. Del mismo modo que la llegada fastuosa de Alain Delon en Rolls y ropa de golf a los estudios de Billancourt, donde durante algunas horas será un perseguido por la justicia, harapiiento y acosado en la jungla de las ciudades, no estaba en el policial de Melville. Lo humanitario *real*, como el thriller *real*, es aquel, abstracto, que se nos transmite al cabo del recorrido, filtrado y pulido, amputado del largo y pesado proceso de su producción previa. Lo humanitario real es su imagen-para-nosotros, no su realidad en sí. El milagro del cine consiste en que un año de trabajo de doscientas personas e innumerables aparatos quede abolido luego en el sobrecogimiento desnudo de un primer plano, que nos oprime algunos segundos pero que perdura mucho tiempo, en el fondo de una sala oscura. La técnica de la toma de vistas tiene por meta borrarse como técnica, una buena producción se desvanece en el producto. Pero en el gesto humanitario ya no hay ni guiñón ni actores: pertenece a lo verdadero, por lo tanto al reportaje y no al artificio. En el documental de un salvataje, cuando el convoy cargado de víveres y medicamentos, con el ministro a bordo en plano corto, penetra en la aldea montañosa bosnia, repleta de niños enfermos o amputados, la función *conativa* propia del mensaje político (estas imágenes me son dirigidas para emocionarme y movilizarme, no fueron tomadas al azar o sin motivo) se fusiona con la función *referencial* propia del reportaje de actualidad (estas imágenes no están allí para dárseles de lindas, desaparecen en cuanto tales ante la realidad). La pantalla no es un pizarrón ni un escenario teatral, sino una inmersión fusional en el horror vivido, donde se entremezclan mi interior y ese exterior. La secuencia se monta como un *clip*, pero es irrefutable como una *news* y cautivante como un *serial*.

Como la Cultura y el Medio Ambiente, la Acción humanitaria es fuente de imágenes (y en primer lugar de los que se titulan

protagonistas). Pero tiene sobre sus competidores tres ventajas acumuladas. Sus imágenes son *narrativas*; esta narración es *participativa*; esta participación es *performativa*. El drama más la identificación más la interactividad: esta suma es exclusiva.

La narración: "En el comienzo era la fábula, ésta siempre estará allí", decía Valéry. Ya un fotograma, imagen fija de un instante, es temporalizado por nuestra mirada. Reconstituimos espontáneamente el antes y el después de lo instantáneo, inventamos una acción, unas peripecias, un desenlace. *A fortiori* una secuencia televisada. Aquí, la representación en estilo directo está atrapada en el relato de una acción en curso, con sus azares, sus expectativas, sus crisis. Aún ayer, hubo aquí una masacre, o un bombardeo, o un sismo; los cuerpos son levantados ante nuestros ojos, y los sobrevivientes que nos miran alelados no están seguros de nada; nosotros tampoco. ¿Se precisará mañana una intervención militar para hacer entrar en razones a los criminales? ¿Va a durar la tregua? ¿Este niño esquelético que nuestro campeón toma en sus brazos sobrevivirá? ¿Ese prisionero al que le sonríe será golpeado por sus carceleros después de nuestra partida? ¿El convoy humanitario en que nos encontramos pasará las barreras de las milicias de asesinos? ¿Esta bolsa de arroz que nos aplasta los hombros será confiscada dentro de cinco minutos, cuando hayamos vuelto la espalda, por los saqueadores que merodean fuera de campo, en la espesura o las callejuelas de los alrededores? La continuación en el próximo episodio. Rodolphe volverá. *Los misterios de París* tienen por marco el planeta.

El libreto ecológico no siempre es, perdónese la expresión, insulto: véanse el *Amoco-Cádiz* y Chernobyl. En régimen de crucero, tenemos: ¿el casco del petrolero resistirá las mareas del equinoccio? ¿La gaviota con las alas empetroladas podrá alimentar a sus crías? ¿La fisura del reactor nuclear será rellenada a tiempo? La enormidad de las catástrofes reales o eventuales las hace abstractas, fuera de comprensión. Quedamos "conmocionados" pero

"superados". ¿Cómo combatir un terremoto en México, una mancha negra en el Mar del Norte, un incendio en Mauritania? En cuanto al libreto cultural, demasiado lujoso, sigue siendo una ceremonia, en un segundo grado simbólico e intercambiable. Esta inauguración de una nueva sala de ópera, esta entrega de la Legión de Honor a un gran actor americano, este festival mundial de la canción o de la historieta son divertidos, valorizantes, incluso sublimes. Sólo que habrían podido tener lugar ayer o mañana, es indiferente; y no nos dan nada que esperar, temer o en que confiar. Lugar, centro, casa, vestíbulo, palacio, sala, alrededor de los funcionarios no hay más que espacio para ver, un nuevo espacio para consumir, con un maravilloso *people* al que devoramos con la mirada, una bandada de *stars* aureoleando al ministro a quien rodean, pero nuestro éxtasis se mantiene estático, sin temoralidad con la cual unirse. Se admira, se envidia, se ambiciona, sin vibrar. La comedia cultural, *mimesis* sin *diégesis*, representación sin relato, hace superespectáculos pero subseries.

*La participación:* "El mensaje que mejor circula es aquel que un receptor puede retomar fácilmente por su cuenta y coproducir" (Daniel Bounnoux). El punto de vista humanitario sobre la humanidad es de información débil y comunicación fuerte. La aventura plena de sorpresas y de sensaciones fuertes aparece como una producción visual de redundancia. Confirma lo que ya se sabía (la incansable bondad de nuestras intenciones), pero "entre dos informaciones nos recuerda Bounnoux-, la mejor recibida será siempre la más redundante". ¿Qué aprendí sobre la realidad económica, política, cultural, geográfica de Bangladesh, Somalia, Kurdistán, Bosnia, etcétera, al final de la secuencia del noticiero o del "especial" de nuestros enviados especiales? Nada, salvo que allá lejos hay una terrible inundación, hambruna, bombardeos, masacres, guerra civil, pero que felizmente nuestros amigos están allí, ministros, cantantes, intelectuales, actores, sobre el terreno, en carne y hueso (no hay error posible: sin duda son ellos, por lo

demás son los únicos a quienes se ve en primer plano, su rostro familiar viene a autenticar, su rostro auténtico viene a hacernos familiar la desolación que los enmarca y en la cual nosotros, teleespectadores, correríamos el riesgo de no interesarnos verdaderamente). ¿Por qué esta guerra civil, cómo, desde cuándo, con qué efectos a mediano y largo plazo? Eso, que sería trivial y responsabilizante, no se dirá. Lo humanitario *naturaliza* la historia —es la función ancestral del mito—. De donde su fuerza de expansión en un Occidente privado de sus leyendas. Su primer resorte es el que nos hace gustar de la televisión misma: el gusto por el viaje, nuestra última poesía. Michel de Certeau: "Jamás hubo mitología que no haya tenido la forma del viaje: el viaje místico, «el itinerario», o bien el viaje novelesco, en lo imaginario, o a Grecia, al Brasil, o la búsqueda del Grial o las aventuras de un héroe".<sup>3</sup> El *televoyeur* es un viajero sedentario. Toma de buena gana una evasión por una aventura. La acción humanitaria lo fascina, la acción social le interesa. Sólo la primera nos agrada pues los trópicos maravillan y los suburbios repelen. Un millón de RMI domésticos no valdrá jamás, mediáticamente, un solo corredor humanitario lejano.\* Como extrañamiento, lo Humanitario también es una fiesta: da licencia a lo cotidiano tanto como a la razón calculadora. El escenario no se volverá una pesadilla dado que, además de que el viaje no dura más que algunos minutos (algunas horas para nuestro campeón), el exotismo del marco queda moderado en el acto por nuestra connivencia con el protagonista, personaje familiar de la novela nacional. El vértigo sin el pánico, el transporte sin la transgresión: este género de revueltas amplía nuestros horizontes sin romper

3. Michel de Certeau, "Mass media, culture, politique", *Éducation* 2000, abril de 1978.

\* El RMI es el ingreso mínimo de subsistencia que se entrega a los desocupados a quienes se les ha vencido el seguro de desempleo y que siguen en situación de paro (n. del t.).



nuestras cercas. Hace ganar en campo de visión sin amenazar nuestro campo mental ("por más que se diga, nosotros somos los mejores").

En la panoplia de los temas ofrecidos cada día a los difusores, son las imágenes llamadas "duras" las que tienen las mayores posibilidades de ser "recuperadas". Las que los órganos de información tienen el mayor *interés* en retomar y nosotros, teleespectadores o lectores, en mirar. Ellos, porque transmitir una buena acción es en sí una buena acción; nosotros, porque ser sus testigos directos es ya ser sus autores, por transferencia o procuración. Sugiriendo un reconocimiento más bien que un conocimiento, la identificación caballeresca poniendo término al distanciamiento crítico, este tipo de mensajes establece una comunidad sentimental *inmediata* entre emisor y receptor. Colma nuestros deseos más profundos y humillados. ¿Qué soñamos ser en el fondo de nosotros mismos, si no magnánimos, intrépidos, dedicados, presentes en todos los frentes de la desdicha? El Delegado oficial de hermoso gesto, un tipo bien por añadidura, que hace don de su imagen a nuestra miseria moral, encarna "el ideal del yo" de cualquier *hijito* de vecino. El humanitarismo es un narcisismo generoso. Es la más noble coquetería que puede ofrecernos a compartir una sociedad donde la inquieta fascinación por uno mismo sirve de móvil a todos.

¿Cómo distinguir aquí el amor al prójimo y el amor a sí mismo? ¿Cómo saber si el Estado y el ministro están al servicio de la miseria humana o si esos pequeños esqueletos humanos están allí para servir a la imagen del Estado y el ministro? "Sin imagen no hay indignación —señala correctamente Bernard Kouchner—. El enemigo esencial de las dictaduras y de los subdesarrollos sigue siendo la fotografía, y los sobresaltos que ésta provoca." El elogio de los objetivos como reveladores de lo insostenible es objetivamente fundado. Queda por saber por qué en cada oportunidad es necesario que uno mismo se ponga delante del objetivo. San Vi-

cente de Paul, muerto en 1660 y canonizado en 1737, no se hacía pintar con los presidiarios, los pobres y los enfermos. La posteridad se encargó por su cuenta de los cromos. La canonización inmediata por la instantánea coloreada, aceleración videoesférica, da a la caridad del primer plano un trasfondo completamente distinto al amor a un Dios invisible. "El pasaje de la vivencia local a lo exhibido ubicuo" (Alain Joxe) que autoriza el satélite de difusión ofrece al individuo bien colocado (frente a una lente) los medios de su propia colectivización. La foto en pequeña escala, la tele más ampliamente, tuvieron el mérito social de democratizar el narcisismo, no hace mucho reservado a quienes tenían suficiente dinero para encargar un cuadro (que, por añadidura, permanecía en la familia y no circulaba). Un particular puede en lo sucesivo globalizarse instantáneamente. Desde ese punto de vista, para quienes no saben cantar con una guitarra o matar en serie, la "aventura humanitaria" ante el ojo de las cámaras sigue siendo un "peor es nada" aceptable.

Lo *performativo*: en la sociedad indicial, un testimonio es más contundente que un análisis. El primero es físico, el segundo intelectual. El testimonio, enunciación en primera persona, atrapado en lo vivo, en directo, es caliente; el análisis, enunciado impersonal, en diferido, fuera de contexto, es frío. En la videoesfera, la relación prevalece sobre el contenido y la enunciación cuenta más que el enunciado. Lo importante es el contacto, no el discurso. Ahora bien, la imagen-sonido es mucho más contagiosa y participativa que el discurso lógico. Lo óptimo de la relación está del lado del índice (la imagen en directo), no del símbolo (la palabra escrita), ni del ícono (el plano cinematográfico). "Una imagen vale por mil palabras", decía ya Confucio, porque rastrilla más ampliamente (a letrados e iletrados) y draga más profundo. Mejor en tanto que "primaria", en el sentido económico-dinámico que da Freud a esta palabra para caracterizar la energía física no ligada que fluye libremente en los mecanismos inconscientes del deseo

(el lenguaje articulado, secundario, que supone ligadura y control). Mejor porque toma en masa a su público, haciendo un corto-circuito sensorial en sus facultades críticas. El universo indicial tiene por divisa: ¡basta de transposición, *the real thing*! ¡Basta de informe en estilo indirecto, la acción viva en directo! Traducción de pantalla chica: la *pequeña frase* es práctica; el *pequeño gesto* es dinámico. Traducción de "suplemento literario": la *reseña* del libro, ceremonia laboriosa, penosa para los dos extremos de la cadena (el crítico y el lector), reemplazada por el *encuentro* fotográfico con el autor en carne y hueso, festividad ligera para todos. Traducción de "programa cultural" (en el nivel superior del índice): la entrevista preparada del hombre de los medios con el autor (Dumayet) reemplazada por el enfrentamiento de los autores mismos (Pivot), la cortesía estudiada por el boxeo alegre. Por doquier, la exposición de los hechos o las ideas cede su lugar al alegato y la requisitoria a favor o en contra de personas físicas. Lo más caliente elimina a lo menos caliente. Reportaje contra editorial, directo contra diferido, es, en términos de emoción, cañones contra fusiles de madera. La secuencia televisada, transmitida a la velocidad de la luz, no sólo "quema" el artículo del diario, de plazos más largos, y le gana de mano en tiempos de crisis. Además, su carga afectiva, y por lo tanto su potencial performativo, descalifican el enunciado lineal. El relato en imágenes acerca al sujeto que mira y al sujeto mirado: adherimos naturalmente a lo que nos llega como natural (la vista sin toma de vistas).

En la grafosfera, el testimonio no vale como prueba (debe ser establecido, verificado, criticado, ponderado, etcétera). En la videoesfera, no hay falsos testimonios. Es por eso que siempre habrá interés en mostrarse en el terreno, aunque más no sea por una o dos horas, hacerse fotografiar y entrevistar "en situación". Los seres humanos vuelan, las fotos quedan: diez minutos de comedia pueden hacer la leyenda de una vida y a veces su tragedia. Poco importa si Malraux no sabía manejar un auto: a nuestros ojos, el

valeroso mitómano permanecerá eternamente de pie con su mono de aviador con el fondo de un biplano, piloto voluntario de la República española. Poco importa si el corresponsal en Washington recita pamplinas extraídas del diario de la víspera, con tal de que lo haga con la Casa Blanca como fondo. El peso de las palabras se mide en el choque con las fotos. El índice hace conductor al símbolo, no a la inversa. El *pathos* norma el *logos*.

El campeón humanitario optimiza esta nueva logística del sentido. Hombre de acción y de terreno, encarna lo opuesto del político de salón y del teórico de su casa. A otros el "bla bla"; él hace. No discurre en el aire y tiene derecho a hablar. La prueba, ha estado allí (véase foto). ¿Lo que dice no se sostiene? ¿Y lo que hizo no era nada, tal vez? No ha resuelto el problema —ustedes tampoco, por lo demás—, pero salvó niños y eso siempre es mejor que nada (véase foto). De hecho, lleva a su máximo nivel cada uno de los términos de la relación mediática: supertestigo de la ayuda humanitaria, es su protagonista, cargando con más de lo que le corresponde del peso del hombre blanco (una bolsa sobre los hombros); en el otro extremo de la cadena, el joven teleespectador se descubre actor con todas las de la ley. Se lo llama a entrar *en* la pantalla, a implicarse en la acción en curso, para recolectar y despachar el arroz salvador, desde el almacén de la esquina a Mogadiscio, *via* su colegio secundario. Después de la sociedad del espectáculo, el mundo de la *performance* (*the real thing*).

A partir de Austin, se llama "performativo" al enunciado que modifica un estado del mundo en lugar de levantar acta de él ("declaro abierta la sesión"). La imagen humanitaria es performativa porque su recepción modifica el estado de la opinión y, al hacerlo, induce actos de gobierno (en debida forma democrática). Esos artículos sobre hambrunas y exacciones lejanas no informan únicamente acerca de hechos; esas imágenes parecidas desencadenan conductas a millares de kilómetros de allí. Emocionar es poner en movimiento. Los "actos de lenguaje" está ligados, por lo

común, a la posición social del locutor. "El franco está sobrevaluado" no tiene el mismo alcance si quien lo dice es una ama de casa agotada o el ministro de Finanzas en ejercicio. La aparición de esos nuevos vectores de emociones en bruto que son los medios electrónicos ha democratizado la facultad performativa extendiendo la posición de poder institucional a todos los que están en condiciones de emitir masivamente la imagen-sonido emocional —el hecho de difundir crea, pasado determinado umbral, el derecho de interferir por encima de la cabeza de los funcionarios—. Todos los periodistas (como no hace mucho los escritores comprometidos) sueñan precisamente con actuar sobre el mundo mediante sus artículos o sus programas, "hacer cosas" con signos, movilizar la tierra entera. Es el sueño común, o la misión compartida de lo mediático y lo político. "Poner el dedo en la llaga", la misión del gran reportero según Albert Londres, ¿no significa querer operar y sanar al cuerpo social de sus enfermedades? En este sentido, el pasaje del publicista al estatuto de hombre público es la continuación del proyecto de influencia por otros medios. Simple médico en misión, el animador humanitario ya practicaba una especie de periodismo de investigación. Debía entonces concentrar las miradas para captar donantes y financiar su asociación. Vender su producto es mostrarlo: no hay marketing sin cámara. Sólo el reportaje hará posible la publicidad por correo, la seducción audiovisual, la recaudación de los fondos benévolos. La posición de Estado da al misionero los medios del sueño mágico que está en el fondo de todo transmisor: transformar de inmediato una información en energía. O una descripción en prescripción. El responsable humanitario y el periodista humanista pueden esperar cambiar el estado del mundo sin hacerle violencia, recurriendo tan sólo a la eficacia simbólica. Simplemente, el ministro tiene más medios (de transmisión, de desplazamiento, de información, de intervención, etcétera), y al ponerlos a disposición de sus colegas menos favorecidos, según la nueva regla de

coproducción Estado-medios del acontecimiento útil, se convierte en el *primus inter pares* de la corporación. Imposible, en una sociedad indicial, defender una causa sin exaltar a aquel o aquella que la exalta. El "tipo" general (el Humanitario) no es comprensible sino en y por el *token* individual (Señor Humanitario) —coacción audiovisual—. No sé bien, filosóficamente, qué es la caridad, valor y límites, pero qué importa, si puedo ver, escuchar y seguir al abate Pierre.\* Aun cuando no haga nada para ayudar a Emaús, ver en mi pantalla chica la santa alegoría me disculpará por no pasar al acto. La *performance* televisiva: cuando la imagen de la inocencia me hace inocente, o la de un acto heroico hace de mí, espectador, un héroe activo. La *performance* consiste en hacer tomar una emoción por un compromiso.

### *El mejor mensaje no tiene código*

Las palabras hacen política (incluso sin saberlo). La música y la imagen no. Tampoco la poesía, que alberga a la música y la imagen en la prosa. La maldición del universo político (no sólo la maldad de los sentimientos en que abreva sino lo efímero y falsificado de las malas razones que exhibe) empieza y termina con el discurso. Así, pues, todo lo que permite escapar al *logos* es bueno, y en primer lugar para el político. Éste sacará mucho partido de hacerse ver en el concierto y de confiarse a las cámaras. La melodía y el clisé tendrán la virtud eminentemente política de despolitizarlo, de hacer de él "un hombre como usted y yo".

El interés de las secciones ecológica (¡una nueva marea negra!), cultural (¡una nueva Ópera!), humanitaria (¡una nueva hambruna!) se debe menos al "choqué de las imágenes" que pueden suscitar, mucho más y mejor que las viejas burocracias de donde

\* Sacerdote fundador de Emaús (n. del t.).

salieron, que a esto: estos índices tienen el privilegio (y no la desventaja) del apoliticismo (no siendo la *a* privativa sino acumulativa). El cormorán alquitranado, la bailarina estrella condecorada y el bebé esquelético (para atenerse a los clisés-logo, a los emblemas emocionales de la función) son transpolíticos, por lo tanto omnipolíticos. Sirven para todo y para lo contrario. La ambivalencia izquierda-derecha de los culturales, humanitarios y ecologistas saca partido a posteriori, ciento cincuenta años después, de la ambigüedad original y constitutiva de cualquier fotografía (incluidas las de actualidad), pasible de una lectura de "progreso" como de "conservación" y a la cual el observador puede hacerle decir lo que quiera. El índice, inscripción automática de un referente sobre una superficie sensible, sin la intervención de un código cultural, retorna de lo social a la naturaleza y del lenguaje al "mensaje sin código", más cautivante y omniabarcativo. El índice conecta, el símbolo desconecta. O más bien el primero puede conectar a cualquiera contrariamente a sus rivales. Es preciso tener fe para comprender un icono en su verdad, o bien una cierta cultura teológica, heredada o aprendida. Es preciso tener gusto para apreciar verdaderamente un retrato pintado, la analogía hecha por la mano del hombre. Cualquiera, ortodoxo, católico o beocio, puede *recibir*, en cambio, el impacto emotivo de una impresión química. Una foto es todo lo que puede captarse sin recurrir al diccionario, "todo lo que es fascinante" (Barthes). No excluye a nada ni a nadie; se recibe. Hace poco caso de cualquier ideología o credo.

La fascinación fotográfica es de tipo "centrista", lo que explica su éxito político. "Oportunista" por su naturaleza de "obra abierta" (a todas las interpretaciones). Nunca se sabe por anticipado lo que un espectador va a ver en una imagen, la recepción desbarata la intención, para gran confusión de los tomadores de vistas. Mircea Eliade cuenta en su diario que en una película educativa acerca de los métodos de lucha contra los mosquitos exhibida en una aldea africana, los aldeanos se obstinaban en no ver más que unos

pollos que pasaban por azar en primer plano. Todos somos aldeanos africanos: al amparo de lo visual, cada uno aporta su percepción. Pero este inconveniente tiene una ventaja: la imagen, más que la palabra, favorece la "apertura". Las palabras más neutras del vocabulario político tienen una connotación, una historia, un color que se les pegan a la piel y nos permiten, en un guiño de ojos, colocar a quien las emplea en tal o cual casilla del tablero partidista. La foto es en primer lugar denotación: muestra sin calificar. Desarma los léxicos en nosotros. Borra las causalidades, las vecindades, las genealogías. Presentar es siempre exculpar un poco. En lo cual la foto comparte la inmunidad del mito, que transforma la historia en naturaleza, el compromiso en ser-ahí (y el mito moderno tiene a la foto como vector preferido, como lo constató Barthes). "La ausencia de código," señala el autor de las *Mitologías*— desintelectualiza el mensaje porque parece fundar en la naturaleza los signos de la cultura. Hay allí, sin duda, una paradoja histórica importante: cuanto más desarrolla la técnica la difusión de las informaciones (y en especial de las imágenes), más proporciona los medios de enmascarar el sentido construido bajo la apariencia del sentido dado." El reverso de este baño de Juvenia químico, de este ecumenismo originario, es una cierta impotencia del documento indicial para convencer o refutar las convicciones de cualquiera. Es cierto que, envolviéndose la emoción fotográfica en una evaluación que la carga de valores y sentimientos, una foto tendrá siempre una cierta connotación subjetiva para quien la mire; pero la misma foto confirmará si es necesario las lecturas, los recuerdos y las opciones más opuestos. *Paris Match* nunca hizo cambiar de opinión a un militante, encontrando cada bando opuesto en el último número con qué denunciar a la otra: la más chocante de las fotos chocantes seguirá siendo siempre, ideológicamente, el "justo medio", es decir reversible. Recursos estratégicos óptimos para la reunión de las "buenas voluntades, no importa de dónde vengan", espacios de las mayores sumas de

opiniones contrarias, lo cultural, lo humanitario y la ecología ocupan reductos inatacables en la medida en que atacarlos de frente equivale a situarse uno mismo como enemigo del arte, de los hombres y de la Tierra. Estos nuevos dominios de la acción política son así absolutamente modernos por ser absolutamente moderados, y los más rentables por ser los menos políticos. Constituyen el equivalente en acto de las proposiciones no falsificables caras a los "nuevos filósofos" (no al asesinato de niños, no a la violación de mujeres, sí a la libertad de expresión, etcétera). Imposible estar en contra ("¿A usted le gustan los jóvenes, señor?"). El activismo se vuelve entonces formalismo, dado que la acción llamada humanitaria permite a un Estado salvar las apariencias sin tener que tomar partido, y por lo tanto sin exponerse a la crítica: todo beneficio. El radical-centrismo del Estado humanitario da a luz abstenciones circunspectas y cuidadosamente ambivalentes, en exacta oposición a las intenciones del militante. Lo humanitario estaba harto de las coartadas políticas de las que se sirven los Estados para "no hacer nada" y, treinta años después, él mismo sirve de coartada a su Estado para "no hacer nada" (de decisivo).

Cayendo en la trampa política, el militante hábil debió pagar su cuota de convicción a la responsabilidad. Todos los ideales históricos conocieron esta inversión pegajosa de la autenticidad (individual) en falso pretexto (organizado), del coraje (personal) en dimisión (estatal), de la verdad (de los sentimientos) en falsificación (de las apuestas). Nadie les hará reproches. Los Tartufos no prueban nada contra San Bernardo [Kouchner], ni los nomenklaturistas contra el Che Guevara. Kouchner y sus amigos hicieron progresar la jurisprudencia y los usos del derecho de gentes en el buen sentido. Y nadie da un paso por delante del otro sin delirar sobre el punto de llegada. El movimiento obrero debió fantasear la Revolución mundial y la sociedad sin clases para inventar las vacaciones pagas, los delegados sindicales y la semana de cuarenta horas —avances modestos pero reales—. Sin duda, era preciso

eleva el tono, anunciar *urbi et orbi* que se iba a reinventar la política y hacer que nunca más fuera posible Auschwitz para legalizar *hic et nunc* la introducción de "corredores de urgencia humanitaria" y facilitar la provisión de medicamentos y cuidados en las zonas de conflicto —avances ciertos y útiles de los que todavía no se quejó ninguna víctima.

### *El Estado Duchamp: la novedad retardataria*

Evocar la "deriva de las prácticas" o la "política enferma de la televisión" equivaldría, tal vez, a postular como eterno un momento pasado; a denunciar una desviación en nombre de un camino real; una patología en nombre de una normalidad. Nuestro *open State* parece indudablemente estar de acuerdo con las normas, como la *open University*. Sus valores corresponden a sus vectores. No es que piense técnicamente, sino que sus tecnologías piensan por él (la inconsciencia es una buena garantía de adaptación al medio). Se nos reprochará, sin duda, que juzguemos al Estado índice según las normas morales del Estado símbolo, para decir: esto no corresponde al Estado, como los contemporáneos de la fotografía le aplicaban las normas estéticas de la pintura para decir: esto no es arte. Daguerre no compone, se decía, copia. Se "cerró el alma" para atenerse a la envoltura exterior de los objetos. Humilla al espíritu frente a las cosas. Baudelaire, enneguecido por el romanticismo de la imaginación creadora, escupió sobre las nuevas imágenes, y es sabido cómo cae ese tipo de escupitajos. El mediólogo no hace la moral. Sabe que siempre es tentador tomar pánico por inteligencia, transformando un resentimiento de inadaptado en una ineptia teórica.

Guardémonos, en todo caso, de oponer una mala política a una buena cultura. Puesto que el Estado no ha hecho sino remedar, con retraso, el devenir de las formas y las obras. El rechazo

del "corte semiótico" es el denominador común de las vanguardias desde la generalización del acto fotográfico. La politiquería alcanza apenas a la artistería. En el tiempo en que las elites sociales comulgaban aún en el culto del libro, los inventores plásticos de comienzos del siglo –pintores, escultores, arquitectos– rechazaban ya la belleza fría y reflexiva del espectáculo, a favor del "la belleza será convulsiva o no será". ¿El Estado funciona en "la sociedad civil"? Hace tiempo que la cultura funciona en la anticultura, lo refinado en lo que está en bruto y la obra en el documento. ¿Qué hacen las *installations* y las *performances* en las galerías de arte, a qué apuntan los *land-art*, *body-art* o *arte povera* si no a hacer del referente su propia representación, o sea a suprimir el prefijo "re"? El éxito de *Noches salvajes*, ¿no es el de una película-síntoma, testimonio en tiempo real y no ficción desfasada? *Reality-book* (Annie Ernaux o Hervé Guibert), *reality-song* (Dutronc o Gainsbourg), *reality-show* (el *Living* y todas las modalidades del "one room theater"), *reality-painting* (fragmentos, restos, objetos encontrados), *reality-dance* (Pina Bausch), borran todos "la rampa del teatro". Como las salas envolventes y fetales del Omnimax a la manera de Géode quieren incorporar el espectador a la pantalla grande, suprimiendo toda distancia entre nosotros y la imagen. En literatura, las palabras heladas de Rabelais se derriten en la escritura-huella, oralizada y pulsional (la falsa primera mano). La estética indicial precedió al Estado indicial, como el pintar-verdadero al hablar-verdadero, porque *el inconsciente artístico de una época es la conciencia política de la siguiente*. Como Durero en la grafosfera, Marcel Duchamp estaba cincuenta años adelantado a la videoesfera y el dadaísmo teledirigía el Estado dadá, el Estado pop, el Estado fun. El *Tu m'* (óleo sobre tela, 1918) anunciaba el *big-bang* (programa político, 1993), y *Le Grand Verre* (1915-1923), con sus transparencias y sus efectos de presencia en tres dimensiones, el deber de transparencia de los "nuevos demócratas". La "pinturama" 1960 de Martial Raysse (una verdadera sombrilla sobre la

serigrafía "Tahiti", un verdadero pedazo de hule sobre una mesa pintada) revela el secreto de nuestros Citéramas 2000. Los secretos de Estado se exhiben en las paredes de nuestros museos. (Felizmente, los críticos de arte "no hacen política", y los políticos "no tienen tiempo que perder". Zapatero, a tus zapatos.)

¿Quiénes tienen a su cargo el largo plazo y el trabajo de prevención funcionan en lo sucesivo en el corto plazo? Todo administrador sabe que un museo que no hace exposiciones entra en caída libre, porque los medios y los visitantes van a lo nuevo y no a lo adquirido (a veces basta con bautizar como "exposición temporal" o "retrospectiva excepcional" a un reagrupamiento de obras regular y normalmente colgadas en las salas del museo). Si la necesidad de "producir acontecimiento" angustia hasta en los lugares de la eternidad, es explicable la neurosis de los poderes efímeros, y que saben que lo son.

### *Atracción fatal: la huella, ya*

Un Estado es una larga paciencia. Funciona en el largo plazo, y debe tener la fortaleza de esperar. Es a la vez una moral y una precaución. El historiador tiene las mismas. Ahora bien, el videotiempo no espera. Es un soporte apremiado (la señal magnética se degrada). El Estado videocrático también lo es. No puede esperar a los historiadores, ni tolerar confiar sus secretos a los Archivos Nacionales donde, antaño, iban a disfrutar de un lento sueño reparador, treinta o cincuenta años según la ley. Para escribir su historia, el Estado Polaroid se hace su propio periodista. Ser creíble es ser visto, leído, entrevistado, citado *en seguida*. Entonces, sus servidores rebuscan y desempacan. Uno ya no sirve, se sirve. Impacientemente. Atrapar el instante al instante, poner el documento en circulación, duplicar de inmediato el acto por su relato. Es la regla, tanto en la cima como en las periferias. Cuando tenía

la sensación de participar en algo más grande que su persona, el funcionario de autoridad tenía la humildad o el orgullo, o ambos, de pensar que lo que pasaba por sus manos, en el ejercicio de sus funciones, no le pertenecía. Y que sólo el tiempo, ese gran escultor, daría algún día a su acción sus contornos y su lugar. Hoy, el Estado tiene el tamaño de quienes lo ocupan.

El novelista podía escribir el diario de la novela que se estaba haciendo (Gide con *Los monederos falsos*, Dostoiewski con *Los hermanos Karamazov*). Los cineastas pueden hacer la película de la película (Coppola con *Apocalypse Now*). Pero los croquis, o la reflexión, venían en estos casos después de la cosa misma. Hoy, el reflejo en el espejo aparece antes que el original. El abismamiento de la acción por sí misma ha invertido el orden de los tiempos. Antes incluso de producir algo para estudiar o contar, uno decide tomarse a sí mismo como objeto de estudio o relato. Se crea una "Misión". Poco importa dónde. Una buena parte de la dotación presupuestaria es afectada en el acto por el flamante organismo a la partida de "comunicación", para hacerse conocer (y atraer ayudas o *sponsors*). Pero una buena mitad de esta línea de crédito pronto resultará invertida en el registro de las actividades del sudicho organismo. Se conocían el libro o el álbum subvencionados (cuadricromía, papel ilustración, firmas ilustres) editados por los ministros sobre sí mismos y su acción. Se descubre al videógrafo habilitado, compromiso incierto entre el fotógrafo de *set* de 1950 y el historiógrafo del rey de 1750. Meta: fijar la imagen de los fabricantes de imágenes, oficializar lo oficioso, hacer un segundo escenario con los bastidores, escenario finalmente más verdadero e interesante que el primero, al que duplica y desmonta a la vez (en vídeo 8 o 16).

El narcisismo de Estado se convierte en una epidemia. ¿Por qué esta obsesión por doquier de "dejar una huella"? ¿Cómo explicar esta inflación memorial, esta bulimia de testimonios, en el interior de una videoesfera de buen grado amnésica?

En primer lugar, por las nuevas logísticas de la memoria. Fotocopiadora, magnetófono, videgrabadora permiten el archivado en directo y la impresión instantánea. En lo sucesivo, cada acontecimiento puede suceder dos veces al mismo tiempo, o según dos tiempos en una sola vez (presente/pasado): el original y su doble. ¿Cómo resistirse al vértigo de la arqueología relámpago? Vincent Auriol (primer Presidente de la IV República) registraba sus conversaciones a hurtadillas desde 1947; Nixon también, para su desgracia. Desde entonces, la huella se democratizó. Cada cual se museografía en vida, en pie. Lo frívolo tiene los medios de monumentalizarse, y de aquí en más casi podría medirse la ridiculez de una actividad según el cuidado que toma en convertirse en monumento. La desgracia es que, con la memorización por anticipado de lo actual, se termina por rebobinar antes de avanzar. Las cosas se anticipan al infinito, el presente se vive como ya pasado, la huella se produce de entrada como memoria, en una especie de espaciamiento melancólico de lo vivido que los medios anticipan y convierten en frenesí de preestrenos desengañados. El tiempo mediático se devora a sí mismo a fuerza de anticipar el acontecimiento (los medios habían terminado de conmemorar el '89 a fines del '88, de modo que la conmemoración real, en la fecha real, apareció como una copia retrasada de la "verdadera").

Los filósofos tienen el discurso "meta", los periodistas el eco "pre", pero la función es la misma: el tema se agranda empujando su objeto. Resultado: las nuevas prácticas del patrimonio "ántumo". Lo que se lega se adelanta a lo que se hereda. Por doquier, la huella es cancerígena; gangrena, petrifica. "Toda realidad, observa Sylvie Merzeau, se convierte en documento, el cuerpo social se transforma en espacio archivario". Como tal, la huella pasa a ser un valor. Al tener más importancia el hecho de meter "en la caja" que lo que se pone en ella, lo que cuenta es la caja y no el sentido que contiene. El formalismo de la huella es un nihilismo histórico. Todos estamos trazando huellas, y las hay de

cualquier cosa. En definitiva, una huella equivale a otra. La rueda de la bicicleta y una tela de Cézanne. La guerra y el reportaje de guerra. El acontecimiento y el eco. El hombre y la marioneta. La política y el "Bébête show".

*En alza: lo superfluo*

Si perdió su texto, este Estado narcisista conserva sus modales. Sigue haciendo gran caso del libro, administrativamente (Dirección del Libro en el ministerio de Cultura) y socialmente (el jefe de Estado visita a los grandes autores vivos, invita a los otros a su mesa y publica él mismo fragmentos pulidos). La televisión, señálemoslo, no hace menos, y Francia es el único país en donde el desplazamiento de un programa literario en una programación puede convertirse en una cuestión nacional. En ninguna otra parte la imagen-sonido y el texto, en ninguna otra parte el Estado y la literatura están tan íntimamente asociados. De Gaulle de pie, posando su mano sobre una pila de in-quartos, Mitterrand entreabriendo los *Ensayos* contra un fondo de encuadernaciones doradas: las fotos oficiales de la V República no son simulacros. El complejo de lo escrito es un pundonor patriótico, donde cumulan *sets* y despachos. Presentador o ministro, nadie alcanza un estatuto considerable si no adquiere una dignidad de hombre de letras. Así como el gran animador de televisión nos debe una novedad a recitarnos un poema de Baudelaire en un programa. Los progresos del iletrismo y el nítido retroceso de la lectura no pueden nada contra este superyó colectivo. Constituye una obligación para las figuras político-mediáticas de la videoesfera, grandes o pequeñas, volcar sobre el papel su visión del futuro, su idea de Francia o, a falta de ello, sus recuerdos de infancia.

Esta glorificación del escrito se presta a menudo a malentendi-

dos. Sólo un macluhanismo sumario se sorprenderá de ver a Gutenberg coronado bajo y por McLuhan. Recordemos algunas definiciones simples.

La logosfera corresponde al escrito *raro*, destinado a ser *dicho* en público; la grafosfera, al escrito *abundante* (puesto que *impreso*), destinado a ser *leído* en privado; la videoesfera, al escrito *superabundante*, destinado a ser *mostrado*. El destino social cambia la naturaleza de los objetos. Las Memorias de Estado de la grafosfera no tienen en común más que el nombre con las memorias que son la comidilla de la actualidad. La mayor parte de los libros de los que "se habla" no están hechos para ser leídos, analizados y menos aún archivados, sino para imponerse durante algunas semanas como bienes de consumo y ostentación en un ciclo acelerado de rotación editorial y del acontecer. A lo cual se aplican suficientemente la foto de la tapa, el título y el "se ruega comentar". Para el nuevo político (como para el "nuevo filósofo", el "nuevo gerente", etcétera), el libro es una táctica y la imagen una estrategia; la primera enteramente subordinada a la segunda. La publicación tiene la utilidad de un clavo en L: se le cuelga un programa de radio o televisión como un cuadro a la pared. El crítico que tuviera la precaución de señalar los tres errores materiales de cada página (atribuciones, dataciones, citas que flotan entre lo aproximado y cualquier cosa) se desviviría en vano puesto que, redactados de prisa (con negros o sin ellos)\* y consumidos por encima, no son pasibles de los mismos criterios de juicio que la producción libresca a la antigua. Esos impresos que hacen ruido tienen por función principal alimentar entrevistas, dar texto a unas fotos, poner en funcionamiento "7 sur 7".\*\* No tienen como pará-

\* Los negros [*nègres*] son quienes escriben los artículos, libros, etcétera, de los que otros figuran como autores (n. del t.).

\*\* Programa periodístico televisivo de gran repercusión, conducido por Anne Sinclair, en el que ésta entrevista a figuras políticas (n. del t.).



metro la escuela sino la publicidad, dado que el "símbolo" sigue funcionando, es cierto, pero bajo las condiciones y la hegemonía del "índice". En una campaña electoral, por ejemplo, es una buena estrategia jugar el escrito como signo de superioridad y rúbrica de autenticidad (Seguela con Mitterrand y la *Carta a los franceses* de 1988). Se trata entonces de imponer la imagen de alguien (candidato, filósofo u hombre de negocios) "que-no-es-una-imagen" y que, éste sí, sabe escribir. Esto se denomina "rentabilizar un diferencial de imagen" o, más prosaicamente, pescar al adversario mal parado. La hermosa *Carta a los franceses* del candidato victorioso en 1988, naturalmente, no estaba hecha para ser leída por los electores sino para que les fuera significada y mostrada por los hombres de los medios con título (comentaristas y animadores del juego imaginario) a los cuales se dirigía desde el inicio de la partida. Objetivo plenamente alcanzado: insólita, la cosa produjo un acontecimiento, alimentó los rumores y reimpulsó la comunicación general. Pero, ¿cuántos ciudadanos la compulsaron realmente?

Se descubre tras ello una ley mediológica. Cada medio nuevo no sólo se alimenta sino que *se autoriza* por el medio anterior. La palabra viva legitimó la escritura (logosfera). El manuscrito legitimó lo impreso (grafosfera). El libro legitima la emisión (videoesfera). Legitimar es conferir el aura, la *auctoritas*, y también el sello. "Y ahora, una *página* de publicidad": lo nuevo crece a la sombra de lo viejo. La informática tragó a la tipografía, pero tanto las computadoras como la televisión se preocupan mucho por la "puesta en página" —en homenaje a un orden gráfico que reina tanto mejor por el hecho de que ya no gobierna—. Los profetas de la oralidad sacra sirvieron de referencia a los doctores y los escribas que sentaron por escrito la revelación religiosa. Los padres y doctores de la Iglesia, a los primeros impresores que divulgan las Escrituras. Los grandes autores, a los industriales de la imagen. Por lo tanto, es preciso distinguir cuidadosamente entre *preemi-*

*nencia y predominio*. En el Teleestado, el escrito tiene más *valor* que la imagen pero menos *importancia*. La videoesfera no es en modo alguno una cesación de la escritura literaria sino su consagración ostentosa, por reinscripción del soporte papel en una nueva economía del signo en la que los valores de prestigio compensan y reemplazan la función de uso. "El Libro está en el comienzo de todo": la fórmula nunca será pronunciada con más compunción que en un *talk-show*.

Puntos de referencia simplistas aún. En la logosfera, la creencia va principalmente hacia lo que se escucha; en la grafosfera, a lo que se descifra; en la videoesfera, a lo que se ve y se oye. Superstición espontánea, sucesiva de la recitación, de la firma, de la visión. Las credulidades fuertes, como las despreocupaciones, no son exclusivas sino acumulativas. Hay oralidad en la era del escrito, con el teatro y la elocuencia; así como hay imagen en el tiempo del texto impreso. Hay texto, manuscrito e impreso, en el tiempo de la imagen-sonido. Cada época mezcla todos los modos de transmisión, pero según una jerarquía diferente. Es lógico que la última en fecha de las mediasferas sobresalga en el cúmulo de prestigios. Una buena campaña electoral deberá y podrá sumarse a varios tipos de eficacia y sociabilidad del signo: el cartel visto afuera y el programa visto en el domicilio, la profesión de fe en blanco y negro leída en la intimidad y el boca a boca, el inmemorial rumor, murmullo o eco de la gente humilde de la calle.

IV

EL PRECIO DE LA AUDIENCIA

*Hoy, el método es la doctrina. Y el medio, ideología. El Estado responde a la demanda, y en el acto. Este "indicial" a ras de tierra suscita cuatro "disfuncionamientos" principales en la conducción de los asuntos públicos, y más en particular en los exteriores. En lo sucesivo, lo que está en juego es la idea misma de Estado e interés general.*

### *La regencia*

Como lo demostró el prehistoriador Leroi-Gourhan con el ejemplo del australopiteco, es la técnica la que inventa al hombre. El hombre de influencia en la videoesfera no es el antiguo "cortesano" al que se le suman unos objetos nómadas a guisa de prótesis. Es otro individuo, suscitado por otra tecnología. En el asiento trasero de un CX azul noche avanzando a toda marcha hacia un aeropuerto o un helipuerto, el hombre-red hace llamadas telefónicas echando cada tres minutos una ojeada a su reloj, teniendo a su lado al camarógrafo del canal amigo que está filmando (para la huella). He aquí tres estereotipos del medio técnico resumidos en un individuo, él mismo estereotipado. Esta figura para todo terreno, cronometrada, ubicua y egocentrada, es fabricada y legitimada por un dispositivo de poder que proscribire: 1) lo *duradero*, porque funciona a velocidad ("la celeridad de un mensaje vale más que la lucidez de un pensamiento"); 2) lo *sedentario*, porque se desplaza en mundovisión (el 1 de enero, buenos días Tierra, puedo ver la cena de fin de año en Nueva York, Hong Kong, Londres); 3) lo *colectivo*, porque funciona en primer plano (en la tele, "hacer un tema" es centrar un sainete en un individuo y seguirlo exhaustivamente).

Retomemos. 1) La velocidad de transmisión sacrifica, al final, el tiempo largo al breve, lo complejo a lo simple y lo estratégico a lo táctico. Resultado: militar, humanitaria, financiera o quirúrgica, aérea o terrestre, la buena operación será intensa pero corta (*raid*, *flash*, golpe). Todo lo que dura se calificará de "mortal". 2) La mundialización de las difusiones privilegia lo transnacional, y lo excentrado en relación con lo concentrado. Resultado: descalificación de los sectores de alcance únicamente nacional (el Ordenamiento del territorio, los Ex Combatientes, el Comisariato del Plan, los Transportes, etcétera), pero ventaja evolutiva grande para los sectores de actividad con radio de acción mundial (finanzas, humanitarismo, cultura, etcétera). Todo lo que no sea transfronteras será calificado de "vulgar". 3) La ley del primer plano instaaura el "Uno para Todos" (el militante desaparece detrás del portavoz, el miembro de la comisión detrás de su presidente, el cuerpo de ballet detrás del bailarín estrella, etcétera). Resultado: dirigiéndose el micrófono y la cámara hacia el más célebre, cada uno tiene interés en "hacer la personal" (ninguna sanción, al contrario). Obsolescencia del viejo "designio colectivo". Toda militancia desinteresada se calificará de "conmovedora".

Marcel Duchamp, una vez más, había marcado la línea al final de su vida: "Cada uno para sí, como en un naufragio".

Se flota, a semejanza de los capitales. Sálvese quien pueda. Cada responsable prepara sus golpes en su rincón, navegando sin instrumentos, según su *feeling*, en lo aleatorio y lo vago (muy *non-scienza*).

*Leitmotiv* en todos los estamentos del Estado: "Sin doctrina". Que viene de *docere*, enseñar. Sin *línea*, que suponía tinta, regla y papel. Sin *designio*, grande o pequeño, ni *perspectiva de conjunto*, que supondría un punto de vista; incluso, sin *proyecto de empresa*, que supondría normas de apreciación, un espíritu de solidaridad interna y una visión global de las cosas. Menos graves que *moral*

(se dice: ética) o *principio* (se dice: procedimiento), casi tan ridículas como *ideología* o reductoras como *idea general*, *doctrina* y *línea* forman parte de los términos malditos, recuerdos de eras teológicas caducas. El hecho, en lo sucesivo, precede al derecho, la situación manda momento a momento; captemos la información, difundámosla y esperemos. ¿Rigor lógico y voluntad política no van juntos? Al perder su texto, el Estado perdió la costumbre de los *Libros blancos* (el último, de Defensa, se remonta a 1971) y de los memorandos, a los cuales, en la duda, uno podía referirse. Perdió también su sintaxis, y la mayoría de las veces procede por *yuxtaposición* de iniciativas puntuales. Efecto sobredeterminado si los hay, donde la tradición abogadil (un ministro-abogado procede expediente por expediente, cliente por cliente), el hábito informático (la revolución del cortar-pegar) y las coacciones del marketing (aislar los objetivos para adaptar mejor el mensaje) se refuerzan malhadadamente. El criterio de las conductas ya no es: *pertinente* o no, sino *performativa* o no (obscenidad de la pregunta: ¿se tiene razón al hacer lo que se hace, y por qué?). Además de mundo, hace falta mucho espíritu de fineza a un prefecto, a un jefe de estado mayor, a un diplomático, al director de los servicios secretos o de un teatro nacional, para saber en lo sucesivo qué espera el Estado de ellos. Resultado: cada administración se atrincheró, se crispa en sus prerrogativas, erige el precedente en regla, y las reuniones interministeriales desembocan en semidecisiones, compromisos. Dédalos opacos, los circuitos administrativos de decisión ya no permiten responder a la pregunta propiamente política: "¿Quién es responsable de qué?". A un Estado sin atributos claros de soberanía, a una colectividad sin proyecto colectivo, corresponden decisiones sin decisor.

El pragmatismo puro es una utopía, puesto que los hechos son contruidos por ideas y las cifras elaboradas por métodos de cálculo. La más oportunista de las políticas es todavía un efecto de discurso (el cual puede ser un mito recibido en herencia o un

banal código de lectura del acontecimiento). Sin duda, nuestro Estado mediatizado no salió de las salas de lectura del British Museum (como los Estados marxistas, que tomaban por realidad tangible e intangible un *concepto* inventado por un lector llamado Karl Marx, la "clase social") ni del Instituto Austríaco de Investigaciones Económicas (como esos países del Tercer Mundo a los que su Estado mira con los anteojos del profesor Friedrich von Hayek). Y con razón si "las doctrinas se volvieron increíbles" (Michel de Certeau). De hecho, la acción del Estado ya no es modelada por una doctrina articulada en proposiciones, impresas y encuadradas. Así, pues, es fundado decir que se atiene a las realidades y las estadísticas, sin nebulosidades retóricas. Pero el no-sistema es sistematizado en otra parte, el no-programa programado de otra manera. Un gobierno pragmático sigue siendo modelado por sus prácticas, las mil pequeñas máquinas infraordinarias de producción de la opinión, el acontecimiento, la legitimidad, la decisión (que van del dispositivo escénico de un estudio a la revista de prensa radiofónica, pasando por la fanfarria de las 20, el panel representativo, el comentarista que autoriza, la encuesta al minuto, etcétera). Vasta panoplia, organizada ella misma por y alrededor del medio central.

La tele tiene muchas ideas preconcebidas. Este modo de transmisión constituye un discurso no discursivo, un cuerpo sin *corpus* de reglas de conducta, tanto más coaccionante por no estar escrito en ninguna parte y tanto más creíble por prescindir de acreditación. El historiador Augustin Cochin decía, a propósito del libre pensamiento del siglo XVIII: "*La doctrina debe buscarse en el método*". El adagio vale tanto para los sujetos colectivos como para las personas. Puede hacerse de él un uso chistoso, por ejemplo relacionando la doctrina expuesta por el ministro en su discurso "el Estado debe democratizar el acceso a las obras de la cultura" con el reportaje que lo muestra extendiéndose en ese mismo discurso escrito por su gabinete y que atestigua que la televisión democra-

tiza en primer lugar el acceso a los hechos y los gestos de los ministros de Estado. La doctrina dice con todas las letras "intervención pública"; el método sobre el terreno: "¿Soy yo quien interviene, dónde estarán las cámaras?"<sup>1</sup> Más gravemente (y esta pesantez le quita su agudeza al ejemplo precedente): el alma del buque está en la panza de su casco y no en la cabeza de su capitán. Éste no puede fijar el rumbo sin tomar en cuenta las infraestructuras de la transmisión, obras vivas del carguero. Las superestructuras no pueden hacer lo que quieran (lo que no es una razón para no hacer nada ni querer nada).

Entendámonos. La "regencia mediática" no es del orden del complot o de la maquinación. El aparato mediático está sin duda en manos de los poderes del dinero y tiene vocación de reproducirse. Pero no es tan simple como "un instrumento de condicionamiento y manipulación de las clases laboriosas por una clase dirigente que procura fortalecer su hegemonía". La regencia se ejerce mediante los procedimientos de funcionamiento del sistema maquinal cuyo control escapa hasta a sus maquinistas, los periodistas mismos, los primeros en padecerlo (cronológicamente). Y en eso radica la fuerza de la influencia: aquí, nada de relación de exterioridad entre un usuario y una herramienta. *La institución de lo real por su representación* (o la fabricación del hecho por su relato mediático) incorpora la coacción a la fuente misma, no como un dato de la experiencia entre otros sino como la condición a priori de toda transmisión posible de experiencia. El condicionamiento por la infraestructura no radica por lo tanto en la parcialidad de los mensajes sino en su *modalidad*, y la neutralidad política de los profesionales de la información (por imposible), así como la deontología más escrupulosa (ésta, muy posible) atenuarían, sin suprimirla, su fuerza de gravedad. La máquina es "trascendental"

1. Véase Daniel Schneidermann, *Où sont les caméras?...*, obra rica en consejos muy útiles (véase Bibliografía).

no por el mensaje que transmite sino por el hecho de que modaliza y modeliza cualquier mensaje. La pesantez de la videocracia es tan ligera, finalmente, como "el arte y la manera", pero esta ligereza pesa lo bastante para que el molde colectivo modele tanto lo transmitido desde la izquierda como desde la derecha, a los pequeños como a los grandes y a los imbéciles como a los astutos. Se entiende por "ideología", en este caso, determinada disposición a priori del espacio, el tiempo y los signos.

Como el medio en general, para todas las producciones de pensamiento (ya se trate de la escritura, el impreso o la imagen-sonido), esta regencia tiene la extraña virtud de autotacharse, siendo siempre el punto fijo de una época su punto ciego. La teletransmisión (con todo lo que induce antes y dirige a posteriori) es la ideología de la no-ideología. Es esto lo que la pone a tono con las otras dos no-ideologías de la época que son como sus hermanas gemelas: por una parte el *sociologismo*, según el cual el uso hace norma (como el uso social del texto es la lectura del diario, no enseñemos en clase las *Fábulas* de La Fontaine a los niños sino a leer el diario); por la otra, el *tecnocratismo*, según el cual no hay problema político o social que el progreso técnico no pueda resolver (la telemática, desafío mundial, salvará al Tercer Mundo, y de paso al nuestro).

### *El copilotaje*

Sabemos en qué incomodidad ha puesto al Estado el divorcio entre la producción de reglamentos y la producción de signos. ¿Cómo seguir siendo responsable de los propios actos si ya no se es amo de las propias huellas? La autoridad política legalmente designada por el sufragio universal no tiene autoridad sobre los aparatos de mediación. Éstos aparecen como sin fe ni ley, aunque tengan su fe y su ley propias —la audiencia, la tirada y "el efecto"—. Los exper-

tos no reconocen allí los parámetros tradicionales del "interés general" o del "bien público", si es cierto que "lo que es saludable para la nación no deja de despertar censuras en la opinión" (De Gaulle). El productor propone, pero el difusor dispone, lo que hace de éste un operador político imbatible. ¿Qué hacer?

La respuesta es clásica: "*If you can't beat them, join them*" ["Si no puedes vencerlos, únete a ellos"]. La salvación consistirá en hacer causa común con los comunicadores, plegándose a las normas del mercado en vigor ("¡tres programas seguidos con seis puntos y me hundo!"). ¿La carrera por la audiencia es la lógica de los medios? La carrera por la audiencia de los medios será la lógica del gobierno. Para captar la atención del público, se velará por captar prioritariamente la de los canales de captura, los periodistas, y por influir sobre los otros agentes de influencia. En lo que se refiere a la opinión, independientemente de la prensa y los prefectos, Napoleón descansaba sobre la Iglesia, con la cual había firmado un pacto claro con este fin (el Concordato). La República, sobre las redes de sociabilidad originadas en la Revolución (clubes, círculos, logias, partidos, asociaciones, diarios de opinión, etcétera) y las "redes de formación" que eran la Escuela y el Ejército. Se sabe qué es lo que sucedió. Un tratamiento institucional de la opinión, por lo tanto, no es posible, y el "cuarto poder", por muy homogéneo que sea en su mentalidad y su visión del mundo, es competitivo, disperso y volátil. Es verdaderamente un partido (en el sentido en que Péguy hablaba del "partido intelectual"), pero sin la organización correspondiente. Por lo tanto, es preciso actuar empíricamente, día a día. Agradar a quienes agradan, por otra parte, no es un deber sino un instinto. Así como el león va a la leona, el candidato a la presidencia irá derecho a Michel Drucker, ignorando la morralla. O el ministro que cumple el servicio obligado de una inauguración, a los enviados de *Figaro* y *Libération*. Los otros invitados tal vez sean interesantes, pero no rentables: no harán una reseña. Quinientas personas asisten al

acontecimiento, pero éste será lo que a la mañana siguiente puedan —o no— leer de él quinientos mil lectores.

Cómo educar a los educadores era la cuestión central del Estado escolar. Cómo juzgar a los jueces, la del gobierno de los jueces. Cómo seducir a los seductores es la del Estado publicitario. La producción oficial de creencia distinguirá, entre los relevos de credibilidad a disposición, las notabilidades intelectuales y los líderes de opinión. Aquí, los profesionales del texto gustan del trabajo solitario y cuidadoso, de largo aliento, a domicilio o en la biblioteca, en el que cada palabra se pesa. Allá, entre los profesionales de la actualidad, se prefiere frecuentar el mundo y compartir los secretos de los dioses. De donde unas gratificaciones apropiadas a cada categoría. A los miembros de la primera se les confiará "una misión de reflexión y propuesta" sobre un "gran problema actual" (la droga, la enseñanza, las relaciones culturales, la radiotelevisión, la seguridad pública, la modernización del Estado, la reforma de la Constitución, etcétera). Seguirán una serie de coloquios, una o dos alocuciones del mayor de los talentos y la entrega solemne de un informe, uno o dos años después. Nueve veces de cada diez, este último será metido en un cajón y no tendrá efecto alguno sobre el problema considerado, pero la meta de la operación era la operación misma, sus vibraciones en el medio intelectual y sus repercusiones en el exterior, en la prensa (el "acontecimiento" de la designación, a continuación el del "gran coloquio", por último el de la "entrega del informe").

Los líderes de opinión merecen otro tratamiento, más personal y más continuo, a la medida de su capacidad de hacer ruido y de "proyección de imagen": desayunos, entrevistas personales en la campaña, invitaciones especiales a los viajes oficiales, confidencias *off the record*, facilidades de acceso a las reuniones reservadas, elección de interlocutores para entrevistas espectaculares, etcétera. No hay corrupción o domesticación sino cooptación y *connivencia*, con todas las ambigüedades propias de una relación que

mezcla, de una y otra parte, el interés con la amistad. Puesto que la seducción personal no es más desinteresada de lo que antaño lo era la educación colectiva y cívica. Instrumenta a aquellos y aquellas a los que halaga. La audiencia de los medios, en cierto sentido, tiende a convertirse en un fin en sí, en la medida en que uno procura hacer suyo el mensaje del medio difusor porque es el que mejor pasa. Pero el mediador, aunque se haya convertido en íntimo, hará mal en creer que es mucho más que un medio (de poner a prueba tal o cual idea, lanzar una "pista" o una contra-desinformación).

"¿Cuántas divisiones tiene el papa?" era una ingenuidad de apariencia realista en la era de las soberanías territoriales y la fuerza militar como parámetro último del poder (grafosfera terrena). "¿Qué audiencia (lectores o cuotas del mercado) tiene Fulano?" es su equivalente adaptado al carácter más lábil y sutil del poder posmoderno (videoesfera aérea). De las respuestas siempre revocables aportadas por el mercado a esta legítima curiosidad derivan esos altibajos de la vida relacional de los profesionales de la relación que alimentan la crónica de los cronistas. Aquella es puntuada por los disgustos, enojos y testarudeces propios de toda vida de familia ("no veré nunca más a Fulano, es un canalla y un ingrato")

La competencia entre los grandes hombres de los medios permite hacer jugar alternativamente a uno contra otro, pero el juego encuentra su límite en el adagio del sentido común: "Nunca hay que hablar mal de aquellos a los que se necesita". A menudo se ve a un intelectual injuriar por medio de la prensa a un ministro, prestación halagadora que no cuesta nada, pero el mismo intelectual se guardará bien de burlarse del último libro escrito por tal o cual director de diario o canal: su renombre podría sufrir por ello (no más artículos ni invitaciones). A la inversa, se ve a altos funcionarios poner en su sitio a un director de redacción del cual no depende su progreso, pero no se ve a ninguno de ellos que ponga

de vuelta y media a su ministro. Cada profesión asume los riesgos que puede, y todas saben por instinto que es preferible querer a aquellos de los que se depende.

La relación amor/odio, en el interior del círculo dorado de los informados/informantes, no tiene por lo tanto nada que no sea normal. Hay para los informantes, sobre todo, dos inconvenientes: en primer lugar, el tiempo considerable sustraído al ejercicio gubernamental mismo (de donde una flotación generalizada de los servicios y un desconocimiento por parte del ministro de la vida de su administración, del que el "asunto de la sangre contaminada" puede dar una idea); a continuación, como lo veremos, el engegucimiento de los hombres públicos por su propia actividad publicitaria, a tal punto es cierto que uno siempre es influido por aquellos a los que se propone influir. Es el aspecto mortífero de la seducción (real aunque moral).

La coestión Estado-medios de los asuntos públicos, patente y crucial en las situaciones críticas (Guerra del Golfo y referéndum de Maastricht, conducidos de consuno, día tras día), se expresa en los tiempos corrientes en la *coproducción del acontecimiento simbólico*. Los acontecimientos que mejor anduvieron en el transcurso de la última década (desde la Cumbre de Versalles, en 1981, hasta el viaje a Sarajevo, en 1992, pasando por los conciertos de SOS Racismo, la Cumbre del Arco y el desfile Goude, el gran anfiteatro anterior a Maastricht, etcétera) tienen como característica haber sido elaborados en su guión, rodados y montados en colaboración entre el productor —el Estado— y uno o varios difusores comerciales. Desde el comienzo, un canal, una revista, un diario se asocian a la fabricación, participación que garantiza una difusión óptima. Cada contratista saca provecho de la valorización mutua: por el lado oficial, el organizador ve cómo sus hechos y gestos son amplificados y sublimados por el medio; por el lado de la difusión, el medio escogido se reserva la exclusividad de un rodaje, o un acceso privilegiado a la información más caliente del momento.

Canonización recíproca y sin restos. La orquestación de los dos intereses nos ha valido en estos últimos años momentos muy hermosos. Por ejemplo, Jessye Norman cantando *La Marsellesa* en la noche envuelta de tricolor y luces (la atracción de la atracción es siempre una imagen, única federadora).

El "golpe" en política, señálemoslo, obedece a las mismas coacciones que su equivalente deportivo o cultural, incluso sobrenatural. El organizador de Roland Garros o de la carrera París-Dakar depende lo mismo que un sherpa o un director de protocolo de la asociación de la televisión, cuya participación pondrá en movimiento a anunciantes y *sponsors*. También el intelectual avisado, que es su propio empresario y quiere meterse a *vedette* a propósito de un valor indiscutible, enganchándose en una "actuación" con proyectores garantizados (Sarajevo, Salman Rushdie, Kurdistan, etcétera), comienza por interesar en la futura sorpresa a un difusor, revista o televisión. Si la misma gente de la buena sociedad "se entregó a la gente de la comunicación", si el académico y el novelista hacen casi tanto como el cardenal y el Dalai Lama, algunos no ven por qué el Estado publicitario habría de actuar de otra manera que la *intelligentsia*, la Iglesia o el deporte publicitarios.

### *La marketización de la república*

Quien se cree ciudadano del mundo olvida que la ciudadanía no existe más que en el marco de un Estado y por el efecto de su soberanía. Quien se pretende simple individuo para gozar de una plenitud de libertad olvida que no hay derechos del hombre sin la forma jurídica de un Estado. Inadvertencias excusables, y más bien simpáticas. Las distracciones del poder público son menos anodinas. El Estado-camaleón que se agita con todo lo que se agita, el Estado-caja de resonancia que hace *surf* sobre todos los flu-



jos socioculturales, el Estado-cinta adhesiva de las expectativas, los momentos y los contextos, satisface sin duda las normas del medio. Y, en apariencia, las de la democracia, ya que reemplaza el llamado al pueblo por el llamado a los particulares, y las grandes máquinas depuradoras por los pequeños anuncios. Al limitarse a hacer que la relación sea, modestamente, de hombre a hombre, este relativismo nos alivia de lo absoluto (hay casas para esto: las iglesias). Pero la medalla tiene sus reversos.

Índice, lo hemos visto, es pegamento. Valiéndose de su "batería de índices", el Estado-energúmeno se pega al terreno y engancha todo aquello con lo que tiene contacto, a derecha e izquierda. "Completamente terreno" y "directamente marketing" (vocabulario de las "ciencias de gestión"), ignora únicamente que, en cuanto Estado de derecho, está comprometido con la idea, lo formal y lo universal. Formal como las libertades, universal como el sufragio. El sentido del Estado y el sentido de lo abstracto no son más que uno. La República no es la sociedad sino su abstracción. Indivisible, no la fragmenta en cuotas de mercado y clientelas consideradas como objetivos, así como tampoco en regiones, razas o barrios. Tiene la vocación de desarraigar, es decir de elevar. "Comunicación" es el nombre "científico" dado a las viejas doctrinas del arraigo. Nuestros sociólogos estadísticos son los Maurice Barrès de la democracia. Han reemplazado la tierra y los muertos por el público y sus expectativas. El "canto profundo" se convirtió en "semiometría" de los habitantes de las ciudades de más de 200.000 habitantes\*, como se denominan esos diagramas que se sumergen "en el corazón de las referencias arraigadas en la población francesa". Así, pues, luego de Marx o Tocqueville, la Sofres.\* ¿Paso de una asesina ideocracia a una sociedad regida por la razón y la encuesta de opinión? ¿O cambio de credo, intercambio de

\* La principal empresa de encuestas e investigación estadística de Francia (n. del t.).

un misal convertido en galimatías por el "nuevo catecismo marketing" (¿que a su vez se convertirá en qué?)

Definamos las palabras. La publicidad es "el arte de vender mediante anuncios" y el marketing, "el arte de conocer a los clientes y sus comportamientos". El segundo ha tomado la delantera desde los años sesenta, cuando se pasó de un mercado de vendedores a un mercado de compradores. La década de 1980 contempló una nueva "revolución" publicitaria con la aparición del "marketing directo" o "relacional", definido por su teórico, el americano Drayton Bird, como "toda actividad de comunicación que crea y explota una relación directa individualizada entre usted y su cliente actual o en perspectiva". De este modo, las empresas pueden a la vez ganar la fidelidad de la clientela y rentabilizar mejor su presupuesto de comunicación, midiendo sus repercusiones a corto plazo. Para el *mailing*, en tiempos de crisis, más vale tener un buen fichero que un buen mensaje. Los ficheros del Estado no son los peores, y últimamente hemos visto que al formulario de la declaración de impuestos se adjunta la carta personal del ministro de Finanzas dirigida a cada uno de nosotros y firmada de su puño y letra. Pequeño comienzo. En proporción, los franceses reciben cinco veces menos *mailings* que los americanos.

"La publicidad habla del producto; el marketing directo, por su parte, habla del cliente. Allí donde una dice: «He aquí mi hermosa cortadora de césped», el otro le habla a «usted, que tiene un jardín y podría necesitar una cortadora de césped». Se pasó del producto rey al cliente rey".<sup>2</sup> En la televisión, el marketing de canal establece los programas en función de estudios de audiencia previos, y a continuación los renegocia en tiempo real, en función de las reacciones del público. A veces sucede que un productor de series televisadas testea una telenovela en curso de rodaje ante una muestra representativa de los teleespectadores

2. "La Poste", *Références*, enero-febrero de 1993.

para modificar consecuentemente el guión (perfil del héroe, naturalidad de los rechazos, etcétera). El conocimiento cada vez más fino de los gustos de los consumidores permite prevenir e incluso acompañar el *zapping*, así como desencadenar el reflejo de compra –o de adhesión.

“El gobierno de las encuestas” es el nombre polémico dado a veces a esta inversión de una lógica de la oferta en lógica de la demanda. La transformación de “la célula de comunicación” de los ministerios en oficina de estudios y centro de clasificación *previa*, por su parte, es un hecho comprobado. Es allí donde se separan los productos vendibles y aquellos que “los medios nunca comprarán”, francofonía, por ejemplo, política industrial o ayuda pública al desarrollo. “Partido, Parlamento y gobierno –recordaba últimamente un primer ministro– no son ni legítimos ni tienen fundamento para querer otra cosa que lo que quieren los franceses.” Las consultas electorales, a intervalos regulares, bastaban no hace mucho para revelar lo que quería la mayoría del pueblo, a la vista de las diversas propuestas de los partidos políticos. Hoy, en tiempos de calma, un gobierno trabaja a partir de *una encuesta por día* para identificar y anticipar la demanda social, sector por sector, detectar un microclima, analizar una percepción colectiva. Con otros observatorios privados, el SID (Servicio de Información y Documentación del primer ministro) está encargado de esta vieja meteorología.<sup>3</sup> Junto a todas las otras luces intermitentes y barómetros, alimenta cada semana innumerables notas y reuniones de gabinete, tanto del Elíseo y Matignon como de otras partes. La superstición en torno del experto en encuestas, públicamente bautizado “ayuda para la decisión” pero realmente transformado en norte magnético de las voluntades, tal vez parezca algún día para nuestros descendientes tan descabellada como lo son a nuestros

3. Monique Dagnaud, “Matignon et les médias”, *Le Monde*, 3 y 4 de abril de 1991.

ojos el arúspice romano o el astrólogo birmano. Después de todo, el más grande Imperio del mundo no decidía nada, batalla, alianza o asamblea a realizar, sin consultar en primer lugar el vuelo de los pájaros en el cielo o el hígado de un pollo, y las cosas no le salieron tan mal. Una computadora es, sin duda, más confiable que un ave, pero no parece garantizar una duración romana. La aritmética de las encuestas, sin embargo, no carece de interés para los hombres de expedientes, en sus despachos, como sustitutos de la práctica del terreno social que no ejercen o que ya abandonaron, exactamente del mismo modo que las pantallas numéricas sirven de sustituto visual, para los pilotos de Airbus en sus cabinas, a la visión del exterior que ya no tienen. Pero el hipnotismo de la demanda y la obnubilación de la cifra hacen del gobierno en la República de las encuestas un piloto de línea que toma un boletín meteorológico por un plan de vuelo. ¿Adónde vamos? Adonde haya buen tiempo. Derechos del hombre. Europa. Empresa. Individuo. Caridad. Según.

La creencia de los estrategas en el mito comunicacional, con sus “consultores” y sus “consejos”, sus “radiólogos” y sus “tomadores de pulso”, no carece de justificaciones objetivas. Las de los generales romanos en los augurios y de los presidentes birmanos en los astrólogos, tampoco. La más evidente es el descargo mágico en el “director de comunicación”, gran sacerdote culpable. El “problema de comunicación” desempeña entonces el papel de la ira de Júpiter a causa de una libación incompleta. El fracaso político se imputa al error técnico (“lo que hacíamos estaba bien pero no supimos comunicarlo”) o a malevolencias subalternas (“no es para sorprenderse, con esos periodistas”). Más seriamente, la erosión de los marcos de referencia y de las identidades colectivas tiende a desorientar a los elegidos, que ya no pueden creer que lo son de una nación, de una clase y menos aún de una Providencia. La pérdida de las grandes metas ideales del viaje (“la marcha hacia el Progreso”) sumerge a cada uno en la incertidumbre de lo

que hay que transmitir, de modo que el "*public is message*" tranquiliza como último punto de anclaje. Puntaje de audiencia, cota de popularidad, índice de confianza, punto perdido o ganado en el *hit-parade*, barómetro mensual, tablero de instrumentos: luces de niebla para navegantes solitarios. Del mismo modo, los valores de contacto y convivialidad están tanto más en alza en el imaginario por estar el vínculo social en baja en la realidad vivida.

Las panoplias de la interactividad y de la "mediascopía", sin duda, no hacen sino rematar una tendencia inherente a la comunicación oral, naturalmente polarizada en el destinatario, en oposición a la transmisión escrita, polarizada por y en el emisor. Un orador que habla a una pequeña muchedumbre ajusta su discurso y sus entonaciones a lo que ve y oye del auditorio. La regulación por el medio en la transmisión en tiempo real hace difícil a quien interviene criticar a su público, en tanto un escritor, en diferido, tiene toda la oportunidad de tomar las distancias que quiera, satelizar y eventualmente sadizar a su lector. El doctrinario es un escribidor; el demagogo, un hablador. Por naturaleza. Y cuando se es uno y otro, la suma es inestable: el doctrinario no es un buen orador, el demagogo no es un buen escritor. Pero entre el líder que en "La hora de la verdad" recomienza una parte de su intervención bajo el efecto de la encuesta en caliente (cada cuarto de hora, una cifra) y Esquilo o Demóstenes en el ágora, tal vez no haya más que una diferencia de grado, y no de naturaleza. Tampoco se dejará de hacernos notar que el oportunismo político no nació con la Sofres y la Cofremca. Demos testimonio de ello. No son más que herramientas, y a cada uno corresponde extraer de ellas el partido que quiera. Sea. Convengamos, sin embargo que los nuevos aparatos de captación del ambiente pueden volver a dar frescura y vigor a ciertas tradiciones del terruño reputadas como caídas en desuso, como el radicalismo según Clemenceau, por ejemplo, "la preferencia por lo real y el presente contra lo ideal y el futuro". La informática sumándose a la pompa de las "ciencias

de la comunicación" ("si ellos tuvieran la verdadera justicia y si los médicos tuvieran el verdadero arte de curar, no les harían falta los bonetes de doctor: la majestad de esas ciencias sería lo bastante venerable por sí misma"), tal vez no sea extraña a lo que un penetrante moralista de los tiempos que corren describía como "el insolente pragmatismo del poder", o también "su propensión a acomodarse a lo que es y a contentarse con lo que viene".<sup>4</sup>

La videoesfera no ha consagrado a "la reina del mundo" de Pascal ni coronado al "rey se" de Necker. La opinión gobierna a las democracias desde Atenas. La *doxa* guía las decisiones de la *boulé* (quien sabe convencer, dirige entonces los asuntos). Lo que pasa en las cabezas pasa en las urnas. En la Asamblea ateniense se contaban los votos pero, en el fondo, aunque opinión y voto estuvieran correlacionados, no se sabía medir y ni siquiera describir lo contrario de lo verdadero, la inestable y cambiante opinión que hace que la Ciudad, en su mente, ame o ya no ame a Alcibíades. La opinión es o bien unánime, y buena, o bien dividida, y mala, pero "sólo al pueblo —un todo— se le acredita la decisión, así como lo proclama el encabezamiento del decreto".<sup>5</sup> No se la relaciona con sujetos individuales. De creerle a Tucídides, no hay huellas en esa época de "corrientes" o "movimientos de opinión", o siquiera de "opinión dominante". En Francia se admite desde hace tiempo que "la gente talentosa gobierna porque a la larga forma la opinión pública, que tarde o temprano subyuga o derriba todo tipo de despotismo". Ésa era ya la opinión de un hombre de talento, Duclos, en 1750, un año antes del lanzamiento de la *Encyclopédie*. La permanencia del gobierno de la opinión es en sí una simpleza. Mostrar cómo sus herramientas modifican su naturaleza sigue siendo, en cambio, una tarea abierta. A este respecto, no ca-

4. Edwy Plenel, *La Part d'ombre*, París, Stock, 1993.

5. Nicole Loraux, "Questions antiques sur l'opinion. En guise de réponse à Pierre Laborie", pág. 171 (véase Bibliografía).

recería de interés que un especialista en historia económica nos describiera algún día de qué manera la economía de mercado pudo extenderse del dominio de los bienes y servicios hasta el de la creencia. El desmoronamiento de los marcos religiosos y políticos, al erosionar las creencias colectivas convirtiéndolas en meras opiniones individuales, permitió sin ninguna duda la constitución de ese mercado anexo y específico, que tanto el ágora ateniense como el siglo de la Ilustración parecían haber ignorado resueltamente.

### "Disfuncionamientos"

El abandono de los márgenes de autonomía compromete en una espiral autodestructiva. A la larga, en efecto, el Estado-síntoma corre el riesgo de histerizarse, fragmentarse, banalizarse y finalmente esterilizarse.

Breve revisión de los despistes.

*La histeria.* El deseo enfermizo de hacerse simpático roza a todo aquel que quiera consentir y prevenir los deseos del otro, a cualquier precio. La neurosis histérica es la forma límite del comportamiento indicial, como búsqueda perpetua de la buena impresión. Y hay algo de conmovedor en esa mezcla de ferocidades egoístas y gentilezas altruistas propia del mundo político, puesto que cada uno habla y actúa no en función de lo que experimenta sino de lo que cree que los otros van a experimentar al oírlo o mirarlo. Hay también algo de ingrato en esta perpetua necesidad de gratificar. Psicología aparte, el primer síntoma de la histeria pública es la *pérdida de la agenda*. A remolque de la actualidad, a tono con quienes la fabrican, el Estado ya no es amo de su orden del día. La globalización de los flujos y los intercambios, la creciente autonomía de las regiones así como el predominio de los reglamentos de Bruselas sobre las leyes internas perjudican ya el con-

trol que puede tener aún sobre su espacio económico, político y jurídico. Menos conocida pero igualmente sería parece la desposesión del tiempo. "Gobernar bajo el fuego de los medios," conduce a poner en hora su reloj de acuerdo con el tiempo mediático que pasa a ser, por las buenas o por las malas, el de los consejos interministeriales.<sup>6</sup> Se conocen sus vicios (o sus virtudes): el corto plazo del caso por caso, el de los grandes titulares de primera plana; lo urgente que desplaza a lo importante; la ausencia de memoria acumulativa, de perspectiva o de vuelta atrás; el círculo cerrado autosugestivo (los hombres de los medios hablan de los hombres de los medios, y este discurso de uno mismo sobre uno mismo se convierte en un acontecimiento objetivo); la dificultad extrema de ocuparse de dos cosas a la vez (la agenda es todo esto o todo aquello). Se prepara para lo más urgente, y un titular, una fuga, una malevolencia o una ineptia que hace hablar de ella movilizan en el acto a todo un gabinete. Se salta de un asunto, una emoción, un psicodrama (Vaulx-en-Velin, Carpentras, el velo islámico, el asunto Habache, el Kurdistán, etcétera) a otro, manejándolo lo mejor posible; pero la falta de principio regulador prohíbe una síntesis cualquiera, más allá de la "reacción apropiada" o del "desactivado de una bomba". Se reacciona en vez de actuar: se "siente" una situación en lugar de juzgar el fondo. ¿La opinión hace *zapping*? Los ministros también, pero la mayoría de las veces con demora respecto a la máquina de despertar y volver a despertar el sobrecogimiento colectivo. El ritmo "americano" de lo visual (*clip* musical de dos minutos y corte de la telenovela cada trece minutos para la página de publicidad) reduce la capacidad de atención de los escolares (la clase de 60 minutos rebajada a 50), tanto como la de los hombres de Estado. Se identificó un curioso síndrome de epilepsia óptica en algunos adolescentes maníacos

6. Monique Dagnaud, "Gouverner sous le feu des médias", *Le Débat*, n° 66, septiembre-octubre de 1991.

de los videojuegos, físicamente incapaces de mirar una imagen fija. No es seguro que un Estado acelerado, sobreexcitado y "clipeado", por lo tanto descerebrado (cualesquiera que sean la sangre fría y la serenidad personal del jefe a cargo, lo sea del Estado o del Gobierno), esté en condiciones de hacer frente a la jerarquía real de las tareas y prioridades. Esta última corresponde bastante raramente a la percepción espontánea que dan de ella los bombarderos de *news*.

Los arranques delirantes de la opinión, legítimos en su orden, nacen a veces de buenos sentimientos –solidaridad, compasión, horror–; otras, de menos buenos –indignación contra el chivo emisario y furor de Linch–. Toda sociedad tiene esos ardores. El esfuerzo por tamizarlos, decantarlos o enfriarlos por el filtro simbólico de un comunicado en frío, un análisis didáctico o un silencio un poco prolongado no significa ignorarlos o despreciarlos. Cuando se oye a un ministro ceder a la emoción del momento (para anunciar, por ejemplo, el envío de brigadas internacionales a Bucarest o una liberación inmediata, *manu militari*, de los campos de prisioneros en Bosnia), se ve al Estado simpaticón sintonizar la *lengua de viento* de la sociedad civil. Se designa con esto la lengua de madera propia de todos los que, por su posición, pueden no querer las consecuencias de lo que quieren, o los contraefectos de los efectos que demandan con sus deseos. Dimisión de la previsión racional frente a la visión colectiva, que vuelve a traer a la memoria la gran paradoja fotográfica: la frialdad del "objetivo", neutralidad del aparato de toma de vistas, desembocando en el calor subjetivo de la recepción, que cataliza la emoción mediante un simple registro. Retomando los términos de Barthes en *La cámara lúcida* frente a la foto de su madre desaparecida, este irremplazable *estremecimiento*, que quiere una participación fuerte e inmediata con el mundo, hace que el *studium*, interés objetivo por un documento, ceda ante el *punctum*, punzada íntima y pánica. Sin duda, la fuerza subversiva de la foto en relación con el

cuadro o de un informe televisivo en relación con un telegrama diplomático es ser este incorregible y maravilloso energúmeno. Pero un Estado energúmeno ya no es un Estado. No está allí para amar sino para salvaguardar; tampoco para hacerse amar sino para hacerse respetar. El amor, la ternura, la simpatía, son por añadidura. Las fotos de mamá están prohibidas en el Consejo de Ministros. Un monstruo frío será siempre menos peligroso que uno caliente.

*La fragmentación.* La política de las personalidades es la pequeña moneda de la seducción (el "de hombre a hombre" del contacto y la publicidad) y de la superstición de la "sociedad civil" (mosaico de individualidades y caracteres). Así, pues, es a la vez un estilo y un efecto. Ambos se reencuentran en el marketing. Rentabilizar es practicar el "uno por uno" (como lo hacen los operadores del cable, las *Pay-TV* y *Pay-per-view*).

Así como una revista en dificultades aumenta sus páginas "people", un jefe de gobierno que busca un respiro presentará al público un equipo muy "sociedad civil", para captar en provecho de la "mayoría presidencial" tal o cual admiración. Civil como "civilizada" –la cosa es por lo tanto popular, desde afuera–. Pero también como "guerra civil" –impracticable, desde adentro–. Los medios serán halagados, pero es un engaño. Civil no es cívica. Un equipo *chic* de este tipo, como la corte del rey Pétaud, será, bastante adecuadamente, asunto del *Canard enchaîné*.\* La "sociedad civil" en el gobierno es una sobrecarga de ministros y secretarios de Estado, una multitud de zancadillas y, finalmente, la ley del más fuerte –el que suscite la mayor cantidad de ecos y de exposición visual, que sepa instalar mejor que los demás el decorado promocional y crear el hecho consumado ("la situación dominante").

Es cierto que, con la ayuda del periodismo y la invasión de las biografías, hemos tomado la costumbre de no interesarnos en una

\* Publicación satírico-política francesa (n. del t.).

institución, un problema, un período sino en la medida en que podamos vincularlos con una personalidad, para sentarla en el banquillo de los acusados o ponerla en el pináculo. No nos interesamos en el Vaticano, admirable y compleja administración, sino en Juan Pablo II; el bicentenario de la República nos deja indiferentes pero el de la muerte de Luis XVI excita todas las curiosidades; la inmensa cuestión islámica, sutil y crucial, casi no apasiona en nuestras comarcas, pero el analista supuesto quiere sobre todo hacer que le tomen una foto con Salman Rushdie. Por más que se sepa que Juan Pablo II, Luis XVI y Salman Rushdie son figuras incomprensibles en sí mismas, que no se explican sino por lo que ocultan a la vista y que las sostiene por detrás, uno se detiene ante la puerta. "El rechazo de la vida impersonal" es un factor de desmoronamiento, si no de hundimiento de la *res publica*, que algunos pesimistas hacen remontar, en cuanto a la modernidad, a los comienzos del romanticismo. Es un hecho que las "tiránías de la intimidad" nunca hicieron bien a las libertades cívicas ni a la virtud de la responsabilidad. El sociólogo Richard Sennett describió los efectos sobre la sociedad americana de la "seducción incivil" o del "carisma secularizado", propio de todos los que quieren establecer con sus conciudadanos una "relación inmediata que oculte el contenido de sus actos y sus consecuencias futuras".<sup>7</sup> "La idolatría intimista" tiene la ventaja de escamotear las realidades desagradables, pero la exhibición de las personalidades juega claramente, dice, a favor del conservadurismo "al impedir que la gente reflexione acerca de lo que podría obtener o cambiar socialmente".

En la Francia capeta o republicana, el "país legal" estaba centralizado; el "país real", fragmentado. No es sorprendente que el Estado educador haya sido centralizador y que el Estado publicitario sea cada vez más descentralizado, abierto a las fuerzas cen-

trífugas, geográficas, categoriales o culturales que antaño se estigmatizaban como feudalismos. La descentralización, con la transferencia de las competencias del Estado a unas asambleas regionales electas, fue sin duda una causa más profunda de decaimiento del Estado (y por lo tanto de crecimiento de las desigualdades sociales y de la corrupción administrativa) que las nuevas ósmosis, a la americana, entre las esferas privada y pública. Las dos tendencias, sin embargo, hacen buenas migas. Y la multiplicación muy washingtoniana de los *lobbies*, los *staffs* y los consultores redobla la diseminación casera de los *missi dominici*, hombres de influencia y oficiosos.

No habría allí más que una tradición pintoresca si como telón de fondo una cierta folclorización etnológica de la unidad nacional en comunidades confesionales o "raciales" no pusiera en peligro la ciudadanía. Oír a un Presidente dirigirse a la "comunidad musulmana de Francia", en una alocución televisiva durante la Guerra del Golfo; o ver que la exaltación de una Resistencia unánime, sin presencia judía particular, subterfugio de la posguerra, es sucedida por una especie de contencioso que opone "la comunidad judía de Francia" al "Estado francés", con "reparación" de las abominaciones de Vichy efectuada únicamente frente a los representantes de esta "comunidad" —como si aún hiciera falta que a ésta se la tratara, por segunda vez, como un cuerpo en sí mismo y aparte de la nación—: he aquí lo que, para cualquiera, hiere a la idea misma de República.

\*

*La banalización.* Deslavado de los colores, despersonalización de los originales, *diminuendo* del discurso público. Se sabe por qué "cuantos más canales, menos opciones" y "cuanto más se comunica, menos se informa". Los multiplicadores de impacto (de una declaración, una decisión, una palabra de más) que son también los

7. Richard Sennett, *Les Tyrannies de l'intimité*, París, Le Seuil, 1979.

*mass media* ya obligan a los responsables a un mayor control verbal, por temor a esas precipitaciones más o menos explosivas que pueden nacer a cada instante en una frase sacada de contexto o una ocurrencia registrada por desgracia. La necia simplicidad de las palabras ministeriales tiene por lo tanto una excusa defensiva, por decirlo así. A lo cual se suma un cálculo más ofensivo. El marketing recomienda las opciones unificadoras en la hora de gran audiencia para no escindir a las familias: izquierda y derecha, jóvenes y viejos juntos. Se supone que estas variedades sin autor y sin estilo forman consenso, según la regla del "minimax" político, o cómo llegar al máximo de clientes con el mínimo de riesgos. La respuesta tipo es el "*less-objection program*", el que no choque a ninguna comunidad respetando las normas mínimas del bien pensar y el *savoir-vivre*. Telenovela única, Diario único, Pensamiento único. Lo ideal: combinar la generalidad de los comentarios con la precisión con que se fijó el objetivo. Lo que explica el interés casi musical del ministro por el Estado de derecho, la paz, la cooperación entre los pueblos y la gran familia de los hombres. En este juego, desdichadamente, nuestros hombres públicos, condenados a ser consensuales tanto en la forma como en el fondo, siempre serán duplicados por los representantes locales de la conciencia universal que, por su parte, pueden elevar los decibeles sin repercusiones enojosas. Los maestros de la indignación comunicacional sobresalen en el extremismo del centrista o la provocación consensual, que consiste en agregar al estribillo unánime del día (nunca a destiempo) una pequeña estrofa de su hechura que hace una catástrofe. La moral recibe tanta más sonorización por estar al abrigo de toda prueba de realidad. Cuando uno tiene un poco más de información en su poder, ¿cómo rivalizar en el *rating* con la boca de gran corazón?

¿Todos los Teleestados terminarán por parecerse porque las técnicas de comunicación convergen? Por el momento, tienen un cabeza de fila: los Estados Unidos, como, en definitiva, todas las teles del mundo (Channel Four incluido). Uniformización y ameri-

canización de los contenidos políticos van a la par. El lijado video-crático de las excepciones francesas y otras no es, sin embargo, el mejor servicio que puede hacerse a la estatua de la Libertad. Empuja al instinto de defensa nacional hacia el peor nacionalismo.

*La esterilidad.* Cada mediasfera tiene su magia política preferida. *Verbalismo* de la logosfera, cuando la palabra equivale al acto. *Doctrinarismo* de la grafosfera, cuando la tesis justa hace cantar victoria. *Mediatismo* de la videosfera, cuando la mediatización reemplaza al mensaje. Con sus recitales, sus competencias y sus *carroussels* bajo millones de miradas, la televisión, sin duda, amplió y reencantó a su manera un foro despojado, por el impreso laico, de sus *Te Deum* cantados, sus plegarias públicas y sus reyes taumaturgos. Pero cuando la pantalla se convierte en el territorio, el riesgo es que *el mensaje se convierta en el dato*. El gobierno puede creer entonces sin mala fe que, en lo esencial, una reforma queda hecha cuando es anunciada. ¿Para qué respetar el calendario gubernamental o hacer que la administración ponga previamente en cifras el costo y la factibilidad de la medida considerada? Recién después se descubre que el carro no va adelante de los caballos, no asegurando la administración, por no prevenida, lo que sigue. Sin duda, la semana siguiente otro anuncio vendrá a ocultar al precedente con un gran titular. Resultado: incredulidad general y rencor por haber creído. He aquí lo que acredita todas las parodias y las crueldades de los cantantes. ¿Cómo reconocer allí entre foto y montaje, falso y verdadero-falso, pseudo y sosias? ¿Cómo distinguir al héroe de la historia del actor que representa a los héroes-de-la-historia, al Presidente de su marioneta, al *reality-show* del "Bébête show"? Un cantante es interrogado durante una hora acerca del sentido último del siglo XX como nunca lo fueron Gandhi, De Gaulle o Einstein. Molinete del toc al tic,\* vaivén de lo

\* Además de la onomatopeya, *toc* significa en francés "imitación", "joya falsa" (n. del t.).

real a lo virtual, vértigo generalizado. Una manifestación reúne a cincuenta personas en la calle: no es un acontecimiento. Una cámara de TF 1 estaba allí y aparece un minuto a las 20: es un acontecimiento. Ocho días después, diez mil personas desfilan por el mismo barrio: ¡un acontecimiento! Ninguna imagen a la noche en la televisión: error, un no-acontecimiento. El melancólico se pone entonces a pensar que no hay videocracia feliz. "Nunca nada está ganado en el hombre. Ni su fuerza / Ni su debilidad ni su corazón. Y cuando cree / abrir sus brazos..."

### *Encantador extranjero*

En el dominio interior, la eficacia del rumor y de lo que se ve hacer sigue siendo completamente relativa a la vivencia de cada quien. El precio del kilo de carne o el número de mendigos con que uno se cruzó en el subte devuelven las bellas imágenes a la realidad. En economía, unos parámetros cuantitativos e indiscutidos —tasa de inflación, de cobertura o de cambio, curva de la desocupación, déficit presupuestario, monto de las reservas, etcétera— controlan y filtran mes tras mes el imaginario oficial. ¿Con qué vara, en cambio, apreciar el valor objetivo de una política exterior? Para nueve ciudadanos y medio de cada diez, lo visto, lo leído y lo escuchado hacen aquí las veces de lo vivido. En tanto el pago al contado se difiere, como es el caso, durante la guerra, que abre de repente los ojos al reverso de las declaraciones y los carteles (como en mayo del '40), en este dominio se puede gobernar los espíritus a crédito. El aplazamiento indefinido de los vencimientos, la evanescencia de los encuentros "entre la espada y la pared", la confidencialidad de los indicadores disponibles, todo esto hace improbable o arbitrario el balance, en todo caso no falsificable. ¿Quién puede medir "el lugar de Francia en el mundo" o estimar "el prestigio de nuestro país que-nunca-fue-más-grande"?

¿Cómo responder: "tregua de retórica" si, en ausencia de prueba militar decisiva, nos quedamos aquí en y bajo el imperio de lo verosímil? Reencontrando el relato su arcaico poder de fundación, es muy difícil oponerle la retórica. Haría falta un mínimo de tiempo, y entre nosotros lo audiovisual tiene cada vez menos. Tanto en la tele como en la radio, la reducción simplificadora se convirtió en confeti. La crónica de los años sesenta, que duraba cuatro o cinco minutos, fue sucedida por el "documento de un minuto" de los años ochenta. Cuando la historia larga aflora por todas partes, la ley del corte, el flash y la instantánea impone en todas las redacciones el clisé destructor. Cuanto más se complican las situaciones internacionales, más simplista se vuelve la información. Nuestros ojos frecuentan Battambang y Khartum, el extranjero se nos hace familiar. Pero como la inteligencia deserta, a falta de explicaciones se ahonda la distancia entre aquí y allá, de modo que la mente vuelve a perder la proximidad que la imagen había hecho ganar.

Guizot ya se quejaba de ello a lord Aberdeen en 1849: "Tened por cierto que la política exterior no preocupa en absoluto a Francia y no será la causa de ningún gran acontecimiento. Los gobiernos pueden hacer lo que les plazca. Si son locuras, no se los sostendrá y si son necedades, se los silbará sin cólera". El contraste entre la atracción ejercida por los asuntos del exterior sobre los responsables de mayor nivel y su poca rentabilidad política se explica, desde luego, por la preocupación que tienen por el interés nacional quienes lo tienen constitucionalmente a su cargo. Pero, también, por las fascinantes facilidades de una hechicería finalmente autorizada. Así como el discurso es fundador para todo lo que se refiere a la sociedad futura, el gesto, la imagen y la fórmula lo son para las comarcas lejanas. Tanto lo externo como el mañana son, uno y otro, materias de sortilegio, por lo cual la política exterior es la última utopía de los gestores sin utopía, la última cuota de sueño de los realistas. Es el prestigio hecho política, en



los dos sentidos de la palabra: "artificio seductor" y "beneficio moral". Henos aquí en el terreno del hacer creer puro, donde la acción se confunde prácticamente con "la gestión profesional de las percepciones colectivas" (Jean-Marie Guéhenno). Si las apariencias están a salvo, y se cree en ello, todo lo está: la subjetividad colectiva decide. La política de Francia no se hace en un palco, pero su política exterior se *hace* en la pantalla chica, la radio y la prensa. Aquí, el ejercicio de comunicación es puro (como lo es la Razón kantiana con sus postulados en oposición al entendimiento limitado por la experiencia). Reencontraremos en ella, por lo tanto, nuestros cuatro defectos pero al cuadrado.

Salvedad hecha de la desocupación, no sería sorprendente que los historiadores del 2093 juzgaran que los asuntos internos fueron en general bien conducidos en el transcurso de este decenio, y que los exteriores acumularon desastres. Desde ahora y en Francia misma, la mayor parte de los especialistas de los diversos teatros mundiales (África negra, Cercano Oriente, Asia, América latina, Pacífico), de igual modo que quienes siguieron la evolución de las relaciones de fuerza en la misma Europa desde hace unos quince años, convienen en reconocer que el lugar relativo de Francia en el mundo disminuyó considerablemente, hasta la desposesión lisa y llana en ciertas zonas de influencia tradicionales. Tal reducción del poderío, en un lapso tan corto de tiempo (cuyas causas son sin duda tanto históricas como políticas), no tiene precedentes en el período contemporáneo (excepto el período 1940-1945, desde luego). Ahora bien, la inmensa mayoría de los franceses está de acuerdo en juzgar halagador, envidiable o "todavía importante" el papel internacional de su país. ¿Qué mejor prueba del desempeño y el poder de los signos? Hibernación de la CNUCED (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo), evaporación de los PMA (grupo de los países menos adelantados), hundimiento de los precios de las materias primas, supresión de la Dirección del Desarrollo en las Naciones

Unidas, retroceso de la APD (ayuda pública para el desarrollo) de los Estados industrializados: es en el momento en que las relaciones Norte-Sur han alcanzado un grado de cinismo diplomático, brutalidad militar y crueldad económica fin igual desde hace medio siglo cuando nos parecen colocadas justamente bajo el signo de la compasión, la oblación y la ayuda mutua. Marx veía a la ideología como la inversión de la cosa por su reflejo en la cámara oscura. Los hechos rara vez le habrán dado la razón a tal punto. Este efecto de cámara oscura muestra la eficacia simbólica de las políticas exteriores de comunicación.

Cámaras y micrófonos cambian el juego, y no siempre para mal (aun cuando los marqueses de Norpois nos evitaron muchas guerras y errores). Los dos momentos fuertes de este "actuar comunicacional", que prefiere lo visible a lo viable, son las cumbres de jefes de Estado y los viajes presidenciales. Estas pompas existen desde siempre, pero sólo un continuo poco rentable, y por lo tanto improbable, puede hacer de ellas otra cosa que *trompe-l'oeil*. La videodiplomacia sobreestima los acontecimientos y subestima los procesos. La mayoría de las veces abandona a la presa por su sombra. Le gustan las presidencias a la vista o la función de portavoz de tal o cual institución internacional, cuando los caminos de la verdadera influencia toman prestadas vías más discretas. Del mismo modo, los "elefantes blancos" del África negra, esos proyectos de cooperación sobredimensionados, diques, fábricas u hospitales, causan más impresión que bien sobre el terreno. Refractaria al "espíritu de sistema", la diplomacia indicial, siempre en situación, prefiere las pequeñas frases a los gruesos expedientes, las indicaciones a las anotaciones, el teléfono al telegrama y lo oral a lo escrito (la redacción de una directiva es ya una puesta en línea: peligrosa). La consideración madura de los intereses de los Estados, tal como los modelan subterráneamente su geografía y su historia, se borra ante la cultura del "contacto", telefónico o físico. La calidad de una relación, el "espíritu" y el "clima" de un

encuentro: esta impalpabilidad tiene sus cartas de nobleza. Lo que no tiene precedentes es la reducción casi oficial de las relaciones internacionales a las relaciones personales ("confíen en mí, los conozco a todos").

En el largo plazo, los altibajos de la estrategia francesa corresponden a los mayores o menores márgenes de autonomía de la acción diplomática en relación con la situación interior, o con lo que, anacrónicamente, llamaríamos "la sociedad civil". Francisco I Magnífico. También Richelieu, que no era un hombre amado por el pueblo, como tampoco lo era Talleyrand. Su mérito consistió en no ser amables. En estas materias, desempeñar bien su oficio es desafiar la opinión mayoritaria, de la que el historiador sabe, desde que hay mediciones de opinión, *que siempre se equivocó* en cuanto al sentido de la historia en curso. Para una diplomacia no hay prueba más segura del error que su popularidad inmediata; el hecho está comprobado y documentado.<sup>8</sup> Es por eso que las Repúblicas de antaño tuvieron por costumbre durante mucho tiempo sustraer al ministro de Relaciones Exteriores de la obligación del sufragio universal, para protegerlo de las tentaciones. Fue en el período de entreguerras cuando el juego de los partidos y de los intereses ideológicos o electorales enturbió la acción diplomática de Francia (con excepciones notables), y la IV República la subordinó constantemente a consideraciones partidarias, con los resultados conocidos. Eso implica el cuidado puesto por el fundador de la V República para hacer que el Presidente ya no deba su mandato al Parlamento, a fin de sustraer a la acción presidencial de la aprobación previa de las Cámaras. Fue en gran medida gracias a esta libertad que Francia pudo recuperar entonces márgenes de maniobra. ¿Pero quién habría previsto, en 1958, que la in-

8. Régis Debray, *La Puissance et les Rêves*, París, Gallimard, 1984, págs. 189-207.

terferencia partidaria y parlamentaria sería reemplazada algún día por la interferencia mediática, para volver a representar la antigua partición: una diplomacia de la demanda social, en copilota-je con los órganos de opinión?

*La sujeción* se indica aquí en el *timing*. "La cuestión Irán-Irak ocupa toda la franja Extranjero, lo siento, no hay lugar para Mozambique", respondía un canal parisiense a un reportero que en septiembre de 1986 traía una película sobre el hambre en ese país.<sup>9</sup> Cada horror a su tiempo. La política también obedece a estas "restricciones de espacio". Cuando Europa del Este aparece en primera plana, no hay lugar para África. Y viceversa, un año antes. A pesar de los valerosos esfuerzos de un gran ministro, Claude Cheysson, pronto despedido a causa de impopularidad mediática, la videocracia de Estado bajo su forma socialista adhirió a las çhifladuras y fobias del partido difusor: sobreestimación delirante de la amenaza del Este (después de la "batalla de los euromisiles" ganada por un pelo, y al comienzo de la "guerra de las estrellas" que supuestamente enterraría la era nuclear, el ministro de Defensa de entonces se unió a Yves Montand en una célebre velada televisiva para preparar la resistencia a la irrupción del Ejército Rojo en París); denuncia del "síndrome finlandés" en Europa occidental y percepción de un fin de la historia en Europa oriental, ambas recubiertas para siempre por la helada totalitaria; desinterés por Asia central y del sudeste, reducidas a la sola cuestión de la lucha anticomunista (Afganistán, Vietnam); concentración en África sobre los clientes tradicionales y los "países del campo", en detrimento de los anglófonos y lusófonos, así como de las nuevas generaciones de francófonos; descubrimiento de que Libia (menos de dos millones de habitantes) está a punto de conquistar el continente africano y, de rebote, subvertir a Occidente. Abreviemos el rosario de los consensos nacionales, que en su momento encen-

9. Carmen Bader, periodista de RFI.

dieron a los medios y los despachos, siempre al unísono. Una política exterior es buena cuando tiene buena prensa, y la prensa es buena cuando habla bien de ella. La autorreferencia de los veredictos y el sincronismo de la pregunta/respuesta hacen que la crítica individual, incluso desde el interior, sea ya irrisoria, ya sospechosa (mostrar en 1982 que la amenaza soviética está sobreestimada da pruebas de que se es un extravagante o un agente de influencia). Quien no es escuchado por los medios no es escuchado por el Estado seductor, y a la inversa. Este círculo virtuoso corta de raíz toda disonancia. Lo que no está en la agenda mediática no interesa, y lo que figura llega a ella premoldeado. Criterio último de exactitud, la opinión emite sus juicios sin apelación. La discusión de lo bien fundado de una operación militar-humanitaria, por ejemplo en África, se interrumpe al constatar que el 78 % de los franceses la aprueban.

El estallido es en primer lugar la multiplicación de las administraciones competentes. Una Cancillería dividida en tres, a veces en cuatro subconjuntos (ministerio, secretarías y subsecretarías de Estado), hace laboriosa la coordinación ministerial. A lo cual se añade la división entre Cooperación y Relaciones Exteriores para África (manejando Finanzas, por su lado, nuestras relaciones con el FMI y el Banco Mundial): coordinación interministerial problemática. Habiéndose dotado entre tanto los otros ministerios (Cultura, Educación, Transportes, etcétera) de una dirección internacional, se comprende que la orquestación eliseana de esta cacofonía se vuelva sobrehumana. Plétora de actores que refleja la desregulación del planeta: si el caos está en todas partes, uno se adapta al terreno importándolo a domicilio y dejando que la "sociedad civil" asuma de cualquier modo lo más claro de nuestras relaciones con el sufrimiento del mundo. ONG [Organizaciones No Gubernamentales], Iglesias, empresas, asociaciones de socorro médico, diarios y toda personalidad que tenga casa propia parecen tener autoridad para definir, parasitar o asumir con prioridad

la acción pública, en especial la dirigida al Tercer Mundo. ¿Qué alma enternecida o generosa no tiene hoy bajo su protección personal, con la ayuda de los teléfonos intercontinentales, los satélites y la CNN, una comunidad, una etnia, una nación? Desgraciadamente, la privatización de la diplomacia no está exenta de peligros, y en primer lugar para las víctimas, nuestros protegidos y adoptados de un día.<sup>10</sup>

La banalización es la estandarización de las diplomacias de la imagen según los colores y las normas atlánticas (la ONU, recordémoslo, es una institución americana por el origen, la ideología y la sede). El retorno de Francia a la OTAN, en el momento mismo en que el protectorado americano sobre Europa perdió toda razón histórica de ser, atestigua que las presiones del medio son más fuertes que las consideraciones más elementales de geopolítica. Ningún esquema determinista a lo Taine ("raza, medio, momento") podría explicar por qué la última diplomacia francesa sacrificó tan constantemente "la independencia de Europa" a "la solidaridad occidental" (como se denomina el alineamiento con Washington). Puesto que, si uno descarga en la Comunidad sus competencias de soberanía, todos saben que aquella descarga en la Casa Blanca sus responsabilidades internacionales. Para París, la ruta hacia Washington pasa por Bruselas, siendo los más atlantistas los más "europeos" y viceversa. El mediólogo verá en este desconcertante conformismo, tan poco conforme a los intereses de Europa, una nueva confirmación de que el medio más activo ya no es hoy aquel en que se vive, se produce, se intercambia, sino aquel donde se ve, escucha y recibe.

La videoesfera es americana por origen y derecho de primogenitura. Y todos sus campeones por el planeta piensan y sienten en

10. Ghassan Salamé, "Protection encombrante", *Libération*, 14 de febrero de 1993. Véase también, del mismo autor, "Le Sud floué", *Le Monde des débats*, enero de 1993.

americano. En Francia, pintores y escultores, en el siglo XVII, tenían a Italia por modelo; escritores y filósofos, en el XVIII, a Inglaterra; filólogos y geógrafos, en el XIX, a Alemania; nuestros comunicadores, en la actualidad, a América del Norte. Todo operador de canal comercial, todo director de revista, todo responsable de un sondeo tiene dos patrias, la suya y los Estados Unidos. Y es justo, si allí se encuentran la excelencia profesional, las bases de datos, los Oscars y los pioneros. De modo que la angustiante cuestión de saber “¿quién será el Kennedy, el Reagan, el Bush, el Clinton francés?”, unánimemente planteada al país por nuestros medios después de cada elección presidencial americana, suscita en nuestro personal político emulaciones siempre más espontáneas. El humanitarismo, armado o no, que hemos hecho nuestro, constituye la inspiración originaria de la diplomacia filantrópica de los Estados Unidos. Así, pues, sería un poco cómico calificar este mimetismo estratégico de “pro americano”, porque ello equivaldría a transformar una pasión en elección o una impregnación en voluntad. Cuando en Francia los dos tercios de las pantallas grandes y las tres cuartas partes de la chica reflejan o emiten ante los ojos de los más jóvenes los más hermosos *videoclips*, las mejores películas y telenovelas; cuando la radio transmite la mejor música y los editorialistas las mejores opiniones, esas imágenes, esas palabras y esos sonidos se convierten en nuestra realidad misma. Ahora bien, “la diplomacia, bajo convenciones de forma, sólo conoce realidades” (Charles de Gaulle). Estas fantasmagorías son las verdaderas realidades de la videosfera, aunque tengan que hacernos extraños a nuestra real realidad.

La esterilidad es el “*less-objection scenario*” o el mínimo común denominador, o sea la ONU como mito federador y garante de moralidad. Este argumento omniabarcativo garantiza una audiencia máxima para una acción mínima. Actuar de conformidad con el derecho internacional es un imperativo. ¿Quién establecerá el derecho? La comunidad internacional, es decir la Asamblea de

las Naciones Unidas, que es su expresión democrática. Por lo tanto, es de la ONU que hay que esperar el mandato. “La comunidad internacional decidió que... nosotros aplicaremos su decisión”. Este razonamiento, formalmente impecable, es un engaño. En primer lugar, la democracia internacional es la de los Estados y no la de los pueblos. Excluye a los armenios, los palestinos, los saharauis y muchos otros, así como excluye a los canacos, los tuaregues, los indios o los gitanos, en síntesis a todos aquellos que no entran en el molde del Estado-nación o a los que los cinco decisores del Consejo de Seguridad no tuvieron interés en reconocer como Estados. A continuación y sobre todo, la “ley internacional” no es la expresión de la voluntad general de los 179 sujetos de derecho que componen la sociedad internacional, reunidos en Asamblea General, sino la de la voluntad particular de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad que echan el cerrojo al conjunto del sistema. No hay ninguna articulación entre Asamblea y Consejo, ninguna separación de poderes, ningún control de la legalidad de las decisiones del Consejo de Seguridad. Extraña democracia en la que cinco valen por doscientos y finalmente uno por cinco, porque el directorio de las grandes potencias responde en lo sucesivo a las directivas de un director, y de uno solo. La ONU es el sistema de transformaciones que permite a un mandante hacerse pasar por mandatario, y al interés estratégico dominante por el grito de la conciencia universal. La hermosa imagen del Parlamento mundial permite así adherir a la ley del más fuerte con la cabeza alta y en nombre del Derecho. Antes de rendirnos a las voluntades de los Estados Unidos, exigimos el sello del notario, fideicomiso de aquéllos. El “dos pesos, dos medidas” en la aplicación de la Carta no es una inadvertencia o un vicio de ejecución sino la expresión consecuente de la primacía de los intereses económicos, geopolíticos, alimentarios, etcétera de los Estados decisores sobre los pretextos humanitarios y jurídicos de la decisión.

Convertida al multilateralismo, Francia pasó a ser el más grande proveedor, en el marco de misiones humanitarias o de mantenimiento de la paz, de contingentes militares de las Naciones Unidas, pantalla ideal de la insignificancia y la subordinación. Retomando los términos de Alain Joxe, alimenta así un Imperio mundial postizo, de tipo guarnicionario, con tropas supletorias en tierra para las cuestiones menores, virtuosamente ineficaces; *trompe-l'oeil* que permite al Imperio real, de tipo expedicionario, que se reserva las acciones aéreas de "cero muertos", arreglar por su cuenta los asuntos serios, cuando y donde lo juzgue adecuado. La impotencia de las fuerzas llamadas de interposición de la ONU no se debe a la imprecisión de los mandatos, la vaguedad de las misiones o a tal o cual coacción que pesa sobre el mando. La lectura de una página de Hegel basta para explicar por qué 16.000 cascos azules no equivaldrán jamás a 160 cascos rojos de un Estado seguro de sí. "Se exige demasiado de la ONU", protestaba últimamente el Secretario General de las Naciones Unidas, organismo irremplazable y benéfico, por otra parte, en todo lo que no es ni político ni militar. Y tenía razón. Un honorable ujier no debe asumir los riesgos del gendarme de choque en los suburbios. La ONU está encargada del registro de los contratos entre Estados, y no tiene la vocación de reemplazarlos, ni de inventar una voluntad, valores o intereses vitales, donde y cuando no los hay. Es injusto imputar a esta valerosa administración su impotencia para resolver problemas para los cuales no está hecha. Los primeros responsables de ello son los Estados nacionales que, pidiéndole lo imposible, descargan en ella unas responsabilidades que se niegan a asumir en persona, solos o en pequeños grupos.

El Estado seductor vibra por todas sus antenas ante las felicidades y las desgracias de la aldea global. Conmoviéndose cada vez más y comprometiéndose cada vez menos, uniendo la excitación visual y la apatía moral, padece el mundialismo pasivo.

Un Estado *demasiado* atado a la trascendencia, confidente de Dios o de la Historia, expone a sus súbditos a la represión generalizada. Comunismo, islamismo. Un Estado que ya no se refiera a *ninguna* trascendencia, simple prestatario de servicios, se expone él mismo a la depresión generalizada. Se corrompe por ósmosis, sin saberlo. Liberalismo triunfante, socialismo resignado. Se somete a las normas de lo solvente y lo visual. Cediendo a las tiranías conjuntas del ojo y el oro, sucumbe a esas máquinas banales que no saben sino representar lo que es, no el deber ser, utopía o valor: las cámaras. ¿Y por qué habría de resistir al dinero y la imagen, puesto que ya no admite nada *por encima* de lo que resuena, se cifra y se pesa?

El hombre es el único animal que sólo está colmado por la ausencia, lo que hace de él un animal propiamente político, que la economía nunca colmará.<sup>1</sup> Cristo sació durante mucho tiempo porque es el ausente radical, aquel del que el ángel anuncia que no está aquí sino en otra parte. Su tumba no habría imantado los imaginarios si no hubiera estado vacía. Su cuerpo: una palabra.

1. *Critique de la Raison politique*, ob. cit., libro II, 1a. sección, *Logique de l'organisation*, pág. 225 (véase Bibliografía).

No siendo ya el portavoz de la nación ni el defensor del pueblo, el Estado ya no nos habla, o más bien ya no nos habla de la nación y del pueblo, su razón de ser, sino de sí mismo. El medio ha suplantado al fin.

Entonces, a falta de fe, se oye este murmullo debajo de la gritería: "Gestión económica busca proyecto de sociedad. Enarcas\* buscan leyenda. Presente busca Historia. Horizontales exigen vertical. ¡Menos física, por favor, y un poco más de metafísica! ¡Nos asfixiamos! ¡Derribad los muros de imágenes, reabrid con palabras las ventanas en toda su amplitud!"

## BIBLIOGRAFÍA

### CAPÍTULO I

- Maurice Agulhon, "Pour une archéologie de la République. L'allégorie civique féminine", *Les Annales*, enero-febrero de 1973.
- Michèle Fogel, *Les Cérémonies de l'information dans la France du XVI<sup>e</sup> au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, Fayard, 1989.
- Stéphane Michaud, Jean-Yves Mollier y Nicole Savy (comps.), *Usages de l'image au XIX<sup>e</sup> siècle*, París, Creaphis, 1992.
- Percy Ernst Schramm, "Les signes du pouvoir et la symbolique de l'État", presentado por Philippe Braunstein, *Le Débat*, n° 14, julio-agosto de 1981.
- Friedrich Meinecke, *L'Idée de la raison d'État dans l'histoire des Temps modernes*, traducido del alemán por Maurice Chevallier, Ginebra, Droz, 1973 [*La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983].
- Sylvie Merzeau, *Du scripturaire à l'indiciel, Texte, Photographie, Document*, Universidad París-X-Nanterre, tesis dirigida por Nicole Boulesteau, 1992.
- Yves Hélias, *La Symbolique du pouvoir d'État dans les allocutions télévisées des présidents de la République française*, Universidad de Rennes, tesis, marzo de 1983.

\* Nombre que se les da a los egresados de la Escuela Nacional de Administración, principal fuente de funcionarios estatales (n. del t.).

- Jean-François Kesler, *L'E.N.A., la société, l'État*, Nancy, Berger-Levrault, 1985.
- André Rouillé, *La Photographie en France. Textes et controverses: une anthologie 1816-1871*, Tours, Macula, 1989.
- Daniel Bounoux, *La Communication par la bande*, Paris, Éditions La Découverte, 1991.
- Alain Boureau y Claudio-Sergio Ingerflom, *La Royauté sacrée dans le monde chrétien*, Paris, EHESS, 1992.
- Jacques Ellul, *Histoire de la propagande*, Paris, Presses universitaires de France, 1967.
- Louis Marin, *Le Portrait du roi*, Paris, Éditions de Minuit, 1977.
- Louis Marin, *Des pouvoirs de l'image*, Paris, Le Seuil, 1993.
- René Passeron (comp.), *La Présentation, recherches poétiques*, Paris, CNRS, 1985.
- Marc Bloch, *Les Rois thaumaturges*, Paris, Gallimard, 1983 [*Los reyes taumaturgos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988].
- Ernst Kantorowicz, *Les Deux Corps du roi*, Paris, Gallimard, 1989 [*Los dos cuerpos del rey*, Madrid, Alianza, 1985].
- Pierre Nora (comp.), *Les Lieux de mémoire*, I, *La République*, II, *La Nation*, III, *Les France*, Paris, Gallimard, 1984-1993.
- Jean-Marie Apostolides, *Le Roi-machine. Spectacle et politique au temps de Louis XIV*, Paris, Éditions de Minuit, 1981.
- Gérard Sabatier, "Imagerie, héroïque et sacralité monarchique", en *La Royauté sacrée dans le monde chrétien*, Paris, EHESS, 1992.

## CAPÍTULO II

- Condorcet, Cinq mémoires sur l'instruction publique, texte présenté, annoté et commenté par Charles Coutel et Catherine Kintzler, *Les Classiques de la République*, Paris, Edilig, 1989.
- Catherine Kintzler, *Condorcet, l'instruction publique et la naissance du citoyen*, Paris, Gallimard, 1984, col. "Folio Essais".

- Jérôme Bourdon, *Histoire de la télévision sous de Gaulle*, Paris, INA, 1990.
- Catherine Bertho-Lavenir (comp.), *L'État et les Télécommunications en France et à l'étranger, 1837-1987*, Ginebra, Droz, 1991.
- Christian Nique y Claude Lelièvre, *La République n'éduquera plus, la fin du mythe Ferry*, Paris, Plon, 1993.
- Alain Gras, *Sociologie des ruptures*, Paris, PUF, 1979.
- Blandine Barret-Kriegel, *Les Chemins de l'État*, Paris, Calmann-Lévy, 1979.
- Georges Balandier, *Le Pouvoir sur scènes*, Paris, Balland, 1992 [*El poder en escenas*, Barcelona, Paidós, 1994].
- La création face aux systèmes de diffusion*, Groupe "Création culturelle, compétitivité et cohésion sociale", Paris, La Documentation française, 1993.
- Pierre Bourdieu, *La Noblesse d'État*, Paris, Éditions de Minuit, 1989.

## CAPÍTULO III

- Jean Baudrillard, *De la séduction*, Paris, Gallimard, 1988, col. "Folio Essais" [*De la seducción*, Madrid, Cátedra, 1984].
- Jean Caune, *La Culture en action. De Vilar à Lang: le sens perdu*, Presses universitaires de Grenoble, 1992.
- Michel Schneider, *La Comédie de la culture*, Paris, Le Seuil, 1992.
- Marc Fumaroli, *L'État culturel. Essai sur une religion moderne*, Paris, Éditions de Fallois, 1991.
- Jeanne Laurent, 1793-1981. *L'art et l'État* (policopiado).
- Espaces publics, traditions et communautés*, Hermès 10, Paris, Éditions du CNRS, 1992.
- Daniel Schneidermann, *Où sont les caméras? Traité de la gloire médiatique*, Paris, Belfond, 1989.
- Roland Barthes, *Mythologies*, Paris, Le Seuil, 1957 [*Mitologías*, México, Siglo XXI].
- Richard Sennett, *Les Tyrannies de l'intimité*, Paris, Le Seuil, 1979.

## CAPÍTULO IV

Nicole Loraux, "Questions antiques sur l'opinion. En guise de réponse à Pierre Laborie", en *Histoire politique et sciences sociales*, París, Complexe, 1991.

Relations internationales et stratégiques, *La Politique étrangère de la France 1988*, L'Harmattan, primavera de 1993.

Jean-Marie Guéhenno, *La Fin de la démocratie*, París, Flammarion, 1993.

Michel Bongrand, *Le Marketing politique*, París, PUF, 1986.

Alain Etchegoyen, *La Démocratie malade du mensonge*, París, François Bourin, 1991.

Patrick Champagne, *Le Sens commun. Faire de l'opinion le nouveau jeu politique*, París, Éditions de Minuit, 1990.

Alain Gras (comp.), *L'Imaginaire des techniques de pointe, au doigt et à l'oeil*, París, L'Harmattan, 1990.

*Le Nouvel Espace public*, Hermès 4, París, Éditions du CNRS, 1989.

## ÍNDICE

PREFACIO	11
I. LA REVOLUCIÓN FOTOGRÁFICA	15
<i>Un temblor de Estado, 17 - La fisura indicial, 28 - La insaciable demanda de cuerpos, 34 - El índice: la curva y la carrera, 41 - Las imágenes de Estado: la excepción francesa, 46 - La pantalla-filtro o la selección natural, 50.</i>	
II. DEL ESTADO ESCRITO AL ESTADO PANTALLA	57
<i>Las tecnologías del hacer creer, 59 - El fantasma mayor, 69 - El Estado educador, 74 - El fin de la escuela, 83 - Hacia el Teleestado, 88 - Lo político humillado por la técnica, 92.</i>	
III. LAS AVENTURAS DEL ÍNDICE	99
<i>Lo cultural revisitado, 101 - Lo maravilloso humanitario, 108 - El mejor mensaje no tiene código, 121 - El Estado Duchamp: la novedad retardataria, 125 - Atracción fatal: la huella, ya, 127 - En alza: lo superfluo, 130.</i>	



## IV. EL PRECIO DE LA AUDIENCIA 135

*La regencia, 137 - El copilotaje, 142 - La marketización de la república, 147 - "Disfuncionamientos", 154 - Encantador extranjero, 162.*

## POSTFACIO 173

## BIBLIOGRAFÍA 175